

EL
DESTINO
DE NOAH

Lorraine Cocó

Semillas  Negras

EL
DESTINO
DE *NOAH*

Lorraine Cocó

©2018, El destino de Noah © 2018 Lorena Rodríguez Rubio

Serie, Semillas Negras

Corrección: Violeta Triviño

Maquetación: Valerie Miller

Diseño portada y contraportada: Nune Martínez

Web de la autora: www.lorrainecoco.com

Web diseñador: <http://galeriadenunecn.blogspot.com.es/>

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, alquiler o cesión de la misma sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora.

[Agradecimientos](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[LA PORTADORA](#)

[DAKATA](#)

[GLOSARIO DE RAZAS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

[OTRAS OBRAS DE LA AUTORA](#)

Para Noah, mi milagro.

«Y el mundo se detuvo para él...»

Agradecimientos

Antes de nada, quiero agradecer a todos mis lectores y seguidores de esta serie, la paciencia que han tenido, sin mermar las ganas, esperando el final de esta serie cuya publicación se ha dilatado demasiado en el tiempo.

También decirles que ojalá la espera haya merecido la pena.

Una vez más, gracias por leerme y compartir mis locuras y mundos imaginarios conmigo. Todo esto no tendría sentido sin vosotros.

Y mi más sincero agradecimiento a Violeta Triviño, mi correctora, por la paciencia infinita, por apoyarme siempre y por su profesionalidad. Prometo tener en cuenta esas peticiones que me has hecho. ??

A Josephine Lys, me lectora 0,0. Por su valiosa amistad, por las risas, los momentos de complicidad, por vivir mis historias con la misma pasión que yo, o más. Y por ser única.

A Marisa Gallen y Mónica Agüero, por ser las mejores lectoras cero del mundo. Por su apoyo, estando siempre para mí. ¡Y sus ojos avizores!

Y, para terminar, a mi Noah. Mi niño precioso, mi milagro y mi inspiración. Tú haces que, con cada sonrisa tuya, el mundo se detenga para mí.

CAPÍTULO 1

Allison se recolocó un mechón de cabello cobrizo detrás de la oreja y presionó los labios, inhalando lenta y profundamente. No sabía por qué repetía el gesto, pues durante la última hora no le había servido de mucho. Sus nervios seguían a flor de piel. El corazón desbocado palpitándole en la garganta era buena muestra de ello. Sintió la mano de Caleb, fuerte y cálida, posarse sobre la suya. Y cuando levantó la vista, él le sonrió. Pretendía tranquilizarla y no sabía si eso la reconfortaba o la alteraba aún más. ¿Cómo era posible que estuviese tan tranquilo cuando su vida podía estar a punto de cambiar drásticamente? Los últimos seis años, desde que descubrió que estaba embarazada de Noah, no habían sido precisamente fáciles. Y si sus sospechas se convertían en certezas, se iban a complicar aún más.

Bajó la mirada y cerró los ojos. Ojalá pudiese sentirse feliz en ese momento, pero...

—Muy bien, señores Connor, vengo con buenísimas noticias. —El doctor Dawson regresó a la consulta con una enorme sonrisa como bandera. Sus pequeños ojos azules resplandecían con entusiasmo y el corazón de Allison se saltó un latido—. Están ustedes embarazados. ¡Enhorabuena! — declaró sin ser consciente de lo que aquella noticia significaba para ella.

A su lado vio a Caleb inclinarse hacia delante para recibir la felicitación del ginecólogo, estrechándole la mano. No quería mirarlo, pero sabía que mostraba una espléndida sonrisa, tan radiante como un día de verano. Sin embargo, ella sentía que un cielo tormentoso se cernía sobre ellos, oscuro y aterrador. Maldijo su don y contuvo las ganas de llorar cuando sintió la mirada analítica del doctor sobre ella.

—Allison, ¿se encuentra bien? —le dijo este al tiempo que se levantaba de su escritorio para rodearlo e ir hacia ella.

—Sí, perfectamente. Es que ha sido... tan inesperado...

—Es comprensible. Los hijos no siempre necesitan una invitación para llegar.

—Cierto. —Forzó una sonrisa—. Noah fue toda una sorpresa también.

—Una maravillosa sorpresa —apuntó Caleb con su voz rotunda y grave.

—Es un niño muy especial —apuntó el doctor.

—De eso no hay duda —indicó ella sacudiendo la cabeza.

El doctor, que apenas había coincidido con su hijo media docena de veces desde su nacimiento, no podía imaginar cuán especial podía llegar a ser. Esa era una de las cosas que más le preocupaban. Noah necesitaba de toda su atención y ahora iba a tener otro hijo... o hija. Un nudo atenazó su garganta y volvió a sentir el corazón en la boca.

—Los niños siempre son una bendición —volvió a intervenir su marido. Y ella se limitó a asentir con una sonrisa tensa, pendida de sus labios.

El resto de la visita la vivió como en una nube. Escuchaba la voz de ambos hombres amortiguada y distorsionada en su mente. Apenas consiguió tomar las recetas de las vitaminas prenatales, los volantes para la analítica y la ecografía que debía hacerse, y que ahora tenía sobre el regazo. Al salir de la consulta, tras tomar asiento en la Ford F 150 Raptor negra de Caleb, se miró las manos con todas las cosas que le había dado el doctor, como si no fueran las suyas. Tenía la mente tan plomiza que no oyó a Caleb cuando la llamó. Solo cuando tomó su rostro, instándola a mirarlo, pudo reparar en él.

—Todo saldrá bien —le dijo clavando en ella su mirada castaña, salpicada de motas ambarinas.

Allison quiso creerle. Ojalá pudiese tomar sus palabras al pie de la letra, cerrar los ojos y limitarse a reparar en aquella nueva vida que se gestaba en

su interior. Sentir a su bebé, dejar que la embargase la felicidad de volver a ser madre, permitirse emocionarse como lo hizo la primera vez, antes de saber que se pasaría la vida huyendo de los monstruos que la acechaban. Pero sabía que no podía hacerlo. Caleb solo quería tranquilizarla y eso era imposible.

—Tienes que confiar en mí, no dejaré que nada malo os pase. Ni a Noah, ni a nuestro bebé —dijo llevando una mano hasta su vientre y posándola allí con suavidad—, ni a ti.

Sus últimas palabras estaban cargadas de dulzura, aunque eso no les restaba firmeza. Él creía de veras que podía protegerlos. Lo había hecho durante esos años, pero ella no estaba ciega, ni era tan ingenua como para no darse cuenta de que vivían en una jaula de oro.

—Caleb, mi amor —repuso posando la mano en su pecho—, ni siquiera tú podrás protegernos si es... una niña.

—Niña, niño, portadora, licántropo, o unicornio, la protegeré con mi vida, como hago contigo y con nuestro hijo.

—¿Unicornio? Creo que Noah y tú habéis visto juntos demasiadas veces *Hotel Transilvania*. Ya copias las frases de Drácula.

—Si me oyesen en la manada... Yo, todo un lobo robando las frases al más famoso de los vampiros. —La sonrisa ladeada y resplandeciente de su marido la hizo sonreír a ella también.

Caleb se quedó mirando sus labios llenos, que en ese momento dibujaban una tenue sonrisa y la besó con el mismo anhelo y devastadora pasión con la que lo había hecho desde el primer día en el que sus bocas se unieron, intentando hacerle entender que cada una de sus palabras era una promesa. Cuando sintió despertar su lobo interior y la sangre caldearle las entrañas, se separó antes de querer hacerle el amor allí mismo, en el interior de su coche. Posó la frente en la de su preciosa esposa y cerró los ojos hasta

que sus afectadas respiraciones se acompasaron.

—Todo va a ir bien. Soy feliz, el hombre más afortunado del mundo. Mi bella esposa va a hacerme padre por segunda vez. Estoy deseando darle la noticia a la familia y ver la cara de Noah cuando sepa que va a tener un hermanito.

—O hermanita —apuntó ella. Aunque en su fuero interno esperaba con ansiedad que fuese otro niño. La posibilidad de tener una niña que heredase sus dones era tan preocupante como desgarradora.

Las portadoras durante milenios habían sido cazadas, apresadas, explotadas, violadas y usadas para engendrar a los hijos más poderosos de las especies. Su don residía en purificar la sangre que durante milenios había sufrido las mezclas de las razas. El ser que procrease con una portadora conseguiría tener un vástago con unos dones sin igual. Y eso las convertía en la raza más codiciada y en peligro de todas. Por eso habían llegado a esconderse utilizando todos los medios mágicos a su alcance para ponerse a salvo de la degeneración, la avaricia, el ansia de poder y destrucción de las razas. Eran tan poderosas como frágiles, pues su poder residía en la gestación. No tenían dones activos que les ayudasen a defenderse de sus enemigos. Ella sabía bien lo que era tener que huir, y si en su vientre se gestaba la siguiente portadora que vería el mundo, ni un ejército podría protegerla si era descubierta. Comenzaría una guerra para hacerse con su hija como la más preciada posesión.

Jamás consentiría que eso sucediese.

Por nada del mundo deseaba para su niña una vida de huidas y peligros acechándola. Antes de que eso pasase sabía lo que tenía que hacer. Su madre había sacrificado la vida para hacer el hechizo de protección que la puso a salvo hasta que quedó embarazada y sus dones se vieron revelados. Y ella no dudaría en hacer lo mismo por su hija. Aunque para eso tuviese que

despedirse para siempre de todos a los que amaba. Y esa posibilidad le destrozaba el corazón.

Caleb arrancó el coche y el sonido del potente motor ahogó el de su respiración entrecortada. Ocultó el rostro de su vista, volviéndolo hacia la ventanilla. Las calles de Brawnsville pasaron ante ella, pero no pudo distinguirlas, pues a los pocos minutos se abandonó al dolor. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, y en un llanto silencioso, desahogó su angustia durante el trayecto hasta que salieron del pueblo. Por nada del mundo permitiría que Noah la viese así, rota. Y en cuanto su pequeño rostro apareció en su mente, enderezó los hombros y pasó la palma por la mejilla para borrar el rastro de su sufrimiento. Pero la sonrisa no volvió a hacer acto de presencia en su semblante hasta que llegaron al rancho Connor y las enormes y pesadas puertas que separaban las tierras de la zona privada para la familia, se abrieron para recibirlos.

Dakata se agazapó ocultándose aún más entre las hierbas y matorros del jardín trasero del rancho. En ocasiones como aquella, viéndose tirada en el suelo y masticando polvo, se preguntaba si su labor como guardiana y maestra de Noah no se parecía más a la de cualquier canguro del resto del país, a cargo de un niño de cinco años. Si bien no podían estar todo el día entrenando, ese tipo de juegos no eran una forma eficaz de ocupar ni su tiempo ni sus muchos talentos. Por suerte no tuvo ocasión de profundizar en aquel pensamiento y su diatriba mental no duró más que unos segundos, porque oyó un ruido a su izquierda que la puso en alerta.

De repente sintió que algo había cambiado. Miró a un lado y a otro. La hierba que segundos antes se mecía por la suave brisa, había dejado de hacerlo. Y una mariposa que había estado a punto de posarse en una solitaria margarita, quedó suspendida a escasos centímetros de su objetivo. Volvió a

mirar a su alrededor, esta vez sin ocultarse, y puso los ojos en blanco haciendo una mueca justo en el momento en el que Noah saltaba sobre ella, en plancha, para atraparla. Las risas del niño, que se sentía victorioso, no se hicieron esperar. Y ella, a pesar de que estaba a punto de echarle una reprimenda, no pudo evitar verse contagiada y acompañarlo.

Así era Noah, tenía un magnetismo y energía imposible de obviar. Y conseguía llevarte a su terreno sin que te diceses cuenta.

—Has hecho trampa. Así que has perdido —le dijo forzando su gesto más serio.

—¡No lo he hecho! —protestó él cruzándose de brazos.

—Has usado tus poderes.

—¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? ¡Así no se juega! Tenías que haberme localizado sin artimañas. Así no juegan los humanos.

—Yo no soy humano. No veo por qué tengo que jugar como ellos.

Dakata clavó su mirada violeta en la del niño, de un fascinante color indescifrable. Eran azules, verdes, y grises, y todo junto convertían su mirada en algo hipnótico. Su comentario había sido hecho en un tono natural, carente de soberbia o altanería. Él simplemente hacía resaltar lo evidente. Noah tenía cinco años y además de ser extremadamente inteligente, hacía un uso constante de una sinceridad aplastante. A sus padres los ponía en más de una situación comprometida. A ella, sin embargo, su incapacidad para mentir le fascinaba.

Hacía casi seis años que había salido de La Colmena, el lugar en el que fue recluida y criada hasta ser liberada por la Orden de los Guardianes para descubrir el mundo real. Una de las cosas que había averiguado desde entonces era que los humanos mentían más que hablaban. Lo hacían por los motivos más intrascendentes, pero la cosa era que no paraban de hacerlo. Era

desconcertante. Sin embargo, con Noah no había mentiras, ni falsedad, ni apariencias. Era refrescante.

—Ya sé que no eres humano. Pero el escondite es un juego de los hombres y tiene reglas que debes cumplir.

—Creo que es muy tonto que, si ni tú ni yo lo somos, juguemos a un juego con unas reglas que no nos valen. O cambiamos de juego, o de reglas.

Dakata ladeó la cabeza y encogió la mirada. Noah mantenía la postura impasible, tan seguro de su argumento que no sabía cómo desmontarlo.

—Está bien. Podríamos revisar las reglas, pero luego no te quejes cuando yo empiece a usar también mis habilidades.

La expresión granuja que le brindó el niño al salirse con la suya, la hizo sonreír.

Dakata no tuvo la oportunidad de responderle pues en ese momento oyó la llegada de un vehículo al rancho, e incorporándose, comprobó que se trataba de los padres del pequeño. Ya desde su posición, a unos veinte metros de distancia, percibió el cambio en la postura de Allison y supo que algo había pasado. Sin esperar, tomó a Noah de la mano y ambos se dirigieron a la casa en absoluto silencio.

El juego había terminado.

Uno, dos... tres... Pony tuvo que contar mentalmente varios segundos antes de forzar una sonrisa. Los brazos de su hijo, fuertes como rocas, la abrazaron y elevaron del suelo. Lo siguiente que sintió fue que la cocina daba vueltas, pero en realidad era ella la que lo hacía. Sentía el corazón de su hijo latir con fuerza y su risa sacudir su enorme pecho, haciéndolo vibrar bajo su cuerpo.

Estaba feliz. Tan feliz que las comisuras de sus labios se elevaban como nunca antes le había visto hacer. Iba a volver a ser padre y eso lo llenaba de

orgullo, pero ella temía lo peor. Llevaba semanas sufriendo la misma pesadilla, noche tras noche. Y esta siempre empezaba de la misma manera; con ella siendo rodeada por los brazos de su hijo y recibiendo la noticia de que iba a ser abuela.

Por fin, Caleb la soltó y se encontró de frente con la mirada verde y triste de Allison. Era evidente que compartía su preocupación, y en cuanto se vio liberada del abrazo de su hijo fue a reunirse con ella.

—Mi niña... ¿cómo estás? —le preguntó tomando su rostro entre las manos. Los labios de su nuera dibujaron una mueca que pretendía parecerse al gesto de su marido, pero era tan transparente que no lo consiguió. El amago de aquella sonrisa le encogió el corazón—. Tienes miedo —De sus labios escapó la afirmación sin ninguna duda.

Allison se limitó a asentir, pero al aumentar la presión de su abrazo rompió a llorar.

—¡Cariño! —La voz sorprendida e intranquila de su hijo irrumpió inmediatamente, pero antes de que pudiese acercarse a ellas lo detuvo con un gesto de su mano.

Lo oyó bufar a su espalda, pero se detuvo. Sabía que su nuera necesitaba desahogarse. No dijo nada, solo acarició su cabello cobrizo con suavidad, sintiendo su dolor.

—¡Bien! ¡Ya estáis aquí!

Una voz femenina irrumpió en la cocina desde el salón. Allison se separó de su suegra rápidamente sintiéndose avergonzada. Y vio a Casey, su cuñada, entrar con una radiante sonrisa, que quedó congelada en sus labios nada más percatarse de su llanto.

—¿Qué está pasando aquí? —Casey observó fijamente a su cuñada y cuando esta desvió la mirada, buscó respuestas en la de su hermano mayor.

—Allison está embarazada —A Allison no se le escapó el cambio en el

tono de su marido. Segundos antes estaba feliz, pletórico. Y ahora su voz era anodina e inexpresiva. Se sintió culpable inmediatamente.

—¡Pero eso es fantástico! —repuso Casey dando una palmada— ¿No? —preguntó al ver que el resto no compartía su entusiasmo—. ¡Mierda! ¿Por qué estáis así? Esto parece un velatorio. ¿Está mal el bebé?

—El bebé está bien —repuso Caleb antes de que tuviese que hacerlo su mujer.

A Casey le pareció una noticia maravillosa y comenzó a acercarse a su cuñada para felicitarla y abrazarla.

—Allison tiene miedo de que sea una niña —apuntó Pony y Casey se detuvo en seco a pocos centímetros de distancia, ya con los brazos extendidos.

—Oh... Claro, podría ser una niña. Otra portado...

—No va a pasar —sentenció Caleb colocándose finalmente junto a su esposa y pasándole un brazo sobre los hombros de forma protectora.

—Eso no lo sabes —repuso Allison.

—Sé que no será un problema. Somos una familia fuerte y no estamos solos. Nuestro bebé es una bendición. Sea cual sea su naturaleza, no habrá sitio más seguro para él o ella que junto a nosotros.

Allison levantó el rostro y recorrió a los presentes que la observaban con atención y preocupación. No podía soportar estar empañando la felicidad de su familia y terminó por sonreír.

—Tienes razón. Todo irá bien. —Encogió los hombros, pero levantó el rostro para dar seguridad a sus palabras.

Antes de que pudiese esperarlo, tanto su suegra como su cuñada se unieron a ellos fundiéndose en un gran abrazo. Caleb tenía razón, pensó, no había mejor familia en la que su retoño pudiese nacer. Amor no iban a faltarle y esperaba con sinceridad que eso fuese suficiente.

Cuando Allison levantó el rostro se encontró con los preciosos ojos de su hijo que acababa de regresar junto con Dakata, su maestra, de una de sus sesiones de entrenamiento. Parecía tranquilo, con una serenidad que le traspasaba el alma. Le sonrió sinceramente. Era la primera vez que lo hacía en toda la mañana y el niño no tardó en correr para unirse al grupo familiar. En cuanto sintió sus pequeños brazos aferrados a su pierna, algo cálido y reconfortante se apoderó de ella, devolviendo la cadencia pausada a su corazón.

CAPÍTULO 2

Dakata permaneció en la puerta reparando en el abrazo del grupo. La familia Connor estaba muy unida. Durante los años que llevaba junto a ellos había presenciado las múltiples muestras de cariño y comprensión que se profesaban. Y no solo entre ellos, los miembros de su sangre, también lo hacían con sus más allegados. Desde que ella misma se presentase como guardiana y maestra de Noah, no habían dejado de intentar que se sintiese integrada. Algo que agradecía, pero el vacío de estar separada de su hermana y de Constantine, seguía siendo una pesada carga.

Con sigilo, sin querer perturbar el momento, abandonó el salón y volvió a salir al exterior. Tras la puerta acristalada cerró los ojos e inhaló el cálido aire de aquel día. Aun así, solo sintió frío. Un frío intenso que se apoderaba de ella poco a poco, cada día, muy despacio.

Cuando aceptó la misión de proteger a Noah no imaginó que esta duraría tanto y que el coste emocional sería tan alto. Por encima de su hombro volvió a contemplar la imagen de los Connor, unidos en una piña. Si era cierto lo que le había parecido oír, sin duda la llegada de un nuevo bebé a la familia podía complicar las cosas. Ella había sido designada guardiana y protectora de Noah por lo especial que era. Como hijo de una portadora y heredero de la genética de semidiós de su abuelo, de la licántropa de la familia de su padre, y la de ninfa de su madre, era uno de los seres más poderosos del planeta. Su sangre era pura, todos los dones que había heredado eran de una potencia abrumadora. De hecho, desde el momento de su nacimiento, no había tenido problema en revelar algunos de ellos, cuando lo normal era llegar a la pubertad o madurez para que estos despertaran. Noah, con tan solo unos

minutos de vida, había conseguido detener el tiempo, dejando a todos pasmados, fascinados y por qué no reconocerlo, asustados. En las manos inadecuadas, cualquiera podría convertirlo en un arma de destrucción. Era de suma importancia que fuese encaminado y formado en unos valores que lo convirtiesen en un activo de gran peso entre los Guardianes, cuya misión era la de proteger el mundo y el equilibrio entre las razas. Y por esa razón se sentía orgullosa y honrada. Noah crecía apartado del mundo y solo unos pocos seres sobrenaturales, como ella, tenían el honor de relacionarse con él. Pero eso no era lo único que la mantenía a su lado.

Lo quería.

Los cinco años que llevaba con él habían conseguido que se hiciese un hueco en su corazón, tan grande y abrumador como para llevarla a dar la vida por él, sin planteárselo siquiera.

Volvió a mirar al frente dejando salir el aire lentamente de sus pulmones. No quería separarse de Noah, pero tampoco podía seguir estándolo de su hermana y de su prometido. Su pupilo no la necesitaba en ese momento y decidió dar una vuelta en moto que la ayudase a despejar la mente. Tenía decisiones que tomar.

Cuando llegó hasta su Ducati Monster, tomó el casco y sacudió la cabeza antes de ponérselo, ajustando el cierre después a su barbilla. Se colocó sobre el asiento y nada más arrancarla y sentir la vibración de la poderosa máquina bajo su cuerpo menudo, sus labios dibujaron una tenue sonrisa. Volvió a acelerar girando el puño y revolucionando el motor, lo que hizo que tras ella se levantase una gran polvareda. Estaba a punto de salir pitando de allí cuando la voz de su hermana irrumpió en su cabeza, dejándola en shock.

¡Dakata!

No tuvo dudas, se trataba de Dara, pero sacudió la cabeza, consciente de que solo podía tratarse de una alucinación. Soltó el manillar y dejó caer los

brazos a los costados, cerrando los ojos con fuerza.

¡Dakata! ¿Me oyes?

Se quitó el casto rápidamente y miró a un lado y a otro encogiendo los ojos. Escudriñó a su alrededor, a través de la cortina de polvo que acababa de levantar. No había nadie. ¿Se estaba volviendo loca?

—¿Dara? —la llamó a pesar de parecerle una locura que le pudiese contestar.

¡Sí, me oyes! ¡No puedo creer que lo haya conseguido! ¡Me oyes!

Dakata bajó con agilidad de la moto y volvió a girar sobre sí misma, confusa.

—¿Dónde estás? ¿Estoy enloqueciendo? —Las palabras salieron de su boca mientras sus manos recorrían su rostro, desencajado por la sorpresa.

Estoy en tu mente.

—¿En mi mente? ¿Es una broma? Mierda, parezco una chiflada ... Estaba pensando en ella y ahora estoy imaginando cosas... —dijo para sí misma.

No, no lo estás. Este es mi nuevo poder. Llevo semanas intentando comunicarme contigo. No puedo creer que lo haya conseguido. Cuando se lo diga a Dominick...

Cuando Dakata escuchó el nombre de su maestro se detuvo en seco. Mientras estuvo en la base de los Guardianes, el vampiro había sido su maestro, ayudándola a descubrir y dominar su don. Y desde que ella tuvo que abandonar la base para comenzar con su misión, este cuidaba de su hermana. Habían pasado casi seis años y Dara estaba a punto de alcanzar la mayoría de edad. Lo que suponía también el despertar de sus dones como dhampira. Pero, ¿podrían esos dones darle el poder de comunicarse con la mente a miles de kilómetros de distancia? Jamás había visto algo semejante.

El corazón de Dakata comenzó a latir con fuerza hasta zumbarle en los

oídos y confundirse con la voz excitada de su hermana, que retumbaba en su mente como un eco que lo inundaba todo.

—¡No es posible! ¿Cómo lo haces? —consiguió preguntar aferrándose las sienes con fuerza.

Mis poderes han estado despertando durante los últimos meses y Dominick me ha ayudado a controlarlos.

—¿Meses? ¿Poderes? ¿Es que hay más?

Sí, pero no quería decirte nada hasta dominarlos completamente. No quería asustarte.

Dakata sonrió, esta vez de forma tan abierta que sus ojos violetas refulgieron bajo el sol brillante de aquel día de verano.

—¿Asustarme? No creo que pudieras asustarme, aunque sí tengo que decir que me has sorprendido. ¡Es increíble! Estas en mi mente y puedes oírme...

Tus pensamientos. Oigo tus pensamientos, que, por cierto, son algo confusos.

Dakata abrió la boca y la volvió a cerrar. Hasta el momento había estado hablándole al aire. Se mordió el labio inferior y sonrió al tiempo que pensaba.

¿Siempre que quieras? ¿Puedes invadir mi mente cuando te plazca? ¿Lo puedes hacer con cualquiera?

Le preguntó esta vez con el pensamiento, para comprobar que su hermana estaba en lo cierto.

Bueno... no es tan sencillo. Puedo hablar con gente que tengo cerca y con la que mantengo contacto visual. En nuestro caso es diferente, estamos unidas por la sangre. Dominick no creía que pudiese conseguirlo, tan solo nuestro padre puede hacerlo y yo aún soy novata, no tengo los milenios de experiencia que él posee. Pero estaba segura de que conseguiría hablar contigo.

En cuanto Dakata escuchó a su hermana hablar de su progenitor, se tensó. Y la alegría inicial de saber que podía hablar con ella con libertad se vio ligeramente empañada. El Dragón, su padre, era uno de los vampiros más antiguos y legendarios sobre la faz de la tierra. Su poder era inmenso y hasta la fecha inigualable entre los de su raza. Pues no se limitaban solo al aspecto físico, como en su caso, dotándola de una gran fuerza, agilidad y dominio del combate en varias especialidades, sino que también sumaba a sus aptitudes algunas más en el campo de lo psíquico. Cuando Dominick descubrió que eran hermanas, compartió con ella su teoría de que al igual que ella había heredado los dones físicos, su hermana lo hubiese hecho con los psíquicos. Aunque nunca especificó de cuáles se trataba, argumentando que bien podría estar equivocado y que hasta que llegase el momento real en el que estos despertasen, no sabrían a qué se enfrentarían. Ahora reparaba en lo mucho que había callado su maestro.

Hermanita, esto podría ser peligroso. Tienes que hablar con Dominick. Hasta ahora nos creíamos a salvo del Dragón, —ella se negaba a llamar «padre» al ser que había acabado con la vida de sus madres y que tenía como objetivo aniquilar de igual forma a su progenie—, pero no sabemos si al igual que puedes comunicarte tú conmigo, por nuestro lazo de sangre, lo puede hacer él contigo, localizarte, de la misma manera.

El silencio en su mente le dijo que sus palabras habían calado en su hermana que no había pensado en aquella posibilidad. Antes de que pudiese llamarla, Dara se pronunció:

Lo siento. Lo siento mucho. Estaba tan emocionada con la idea de mostrarte lo que he aprendido, de poder hablar contigo que no pensé que podía estar poniéndote en peligro. Lo lamento Dak...

Nuevamente silencio.

Dakata sintió inmediatamente la desconexión en su mente, como un gran

vacío. El mismo vacío que se apoderaba cada día de ella, acechándola. La angustia la inundó y quiso gritar de alguna manera para llamar de nuevo a su hermana. Se aferró nuevamente las sienes y el oxígeno abandonó sus pulmones. Podría asegurar que sus últimas palabras estaban envueltas en el llanto. Su hermana estaba ahora sumida en el dolor y ella no podía hacer nada. Bajó las manos y apretó los puños, llena de impotencia y rabia.

Cuando cayó de rodillas sobre la tierra, se preguntó cuánto tiempo más soportaría tener dividido el corazón.

CAPÍTULO 3

Caleb apartó el cabello castaño de la frente de su hijo y admiró su respiración pausada. Dormía plácidamente, completamente ajeno a la tormenta emocional que vivía el resto de la familia. «Mejor así», pensó. Su misión era protegerlo del dolor y de cualquier peligro que pudiese acecharlo. Así lo decidió el día que descubrió que Allison, la viuda de su hermano, estaba embarazada de este. Incluso antes de darse cuenta de que se había enamorado de ella, antes de desear formar una familia con la mujer más maravillosa que había conocido, ya había jurado proteger a ese pequeño con su vida. Ser su padre durante aquellos cinco años había sido el mayor regalo que le había dado la vida, junto con su esposa. Jamás pensó que necesitase nada más, hasta ese día. Saber que iba a volver a ser padre había expandido su corazón de forma alarmante. No iba a negar que estaba tan preocupado como el resto de la familia. Pero no podía mostrar debilidad ante los demás. Su misión como cabeza de familia era ser la roca en la que todos se apoyasen. Y cuando había prometido a su mujer que protegería a su bebé, no mentía. Allison, Noah y su futuro hijo o hija, eran su vida entera. Una vida maravillosa que no dejaría que nadie le arrebatase.

Sonrió al ver cómo su hijo arrugaba la frente y la nariz en mitad del sueño. Una mueca paseó por el rostro infantil y supo que hasta en sueños, tramaba una de las suyas. Se preguntó si el resto de padres del mundo se sentía, como él, sobrepasado por la mente ingeniosa y audaz de sus hijos. Supuso que sí y volvió a sonreír. Con sigilo abandonó el cuarto infantil, contiguo al suyo. Al cerrar la puerta tras él, un movimiento en la oscuridad llamó su atención. No se sobresaltó, sabía que se trataba de Dakata. Nada

escapaba al control de la dhampira cuando se trataba de su hijo. La chica dio un paso adelante para, sin revelar su figura al completo, dejarle ver su rostro. Con una leve inclinación de cabeza, lo saludó. Y cuando él le devolvió el gesto, volvió a ocultarse mimetizándose con las sombras. Daba gracias cada día por tenerla entre ellos. Aunque en un principio pudiese verla algo siniestra; no en vano los licántropos y los vampiros y su progenie, habían mantenido luchas encarnizadas durante milenios. Pero la joven había demostrado en innumerables ocasiones no solo su dedicación a la misión de proteger a su hijo y a su mujer, sino el cariño que profesaba a ambos. Aunque no fuese dada a grandes demostraciones de afecto, no le cabía duda de que así era.

Abrió la puerta de su dormitorio y, para su sorpresa, encontró a su mujer durmiendo también. El desgaste de aquel día eterno debía haberla agotado. Con paso lento se aproximó al lecho y contuvo el aliento al admirar su belleza. Su cabello largo y sedoso bañaba la almohada con su esplendoroso color cobre. La piel fina y pálida le confería cierta fragilidad, hasta que abría los ojos y el fulgor de su mirada verde y salvaje revelaba la fuerza de la naturaleza que habitaba en su interior. Allison era una ninfa del agua, una náyade. Y entre ellas, la única portadora que se había conocido con vida en milenios. Era tan poderosa como frágil, pero su poder no había sido lo que le había hecho enamorarse de ella. También era la mujer más entregada, fuerte, decidida, generosa y luchadora que hubiese conocido jamás. En algunas ocasiones, como en aquel momento, llegaba a preguntarse qué había hecho para merecer tenerla en su vida.

Se quitó las botas sin apartar la vista de la sinuosa línea que unía su cadera con la espalda. Tenía que haberse dado cuenta del embarazo antes de que el doctor lo confirmase. Allison siempre brillaba con luz propia, pero en las últimas semanas era cierto que irradiaba una nueva energía que parecía

acariciar su piel. Se despojó de la camisa y el vaquero acompañó a la prenda en el suelo a los pocos segundos. Completamente desnudo se tumbó en la cama, junto a ella, que en sueños pareció reconocer su calor e ir a buscarlo, acoplándose a su cuerpo, de espaldas. En cuanto sus cuerpos se rozaron, cada centímetro de su anatomía despertó. No podría dejar de desearla, aunque quisiera.

Era suya, desde la primera vez que la vio.

Hundió el rostro en su cabello e inhaló el aroma a lavanda y jabón que desprendía, cerrando los ojos fue consciente de cada una de las reacciones que estaba sufriendo. Posó una mano sobre el vientre, aún plano, de su mujer y besó su hombro. La pálida piel se erizó bajo su contacto y sonrió dejando entrever su blanca y afilada dentadura. Siguió depositando pequeños besos ascendiendo en dirección a su cuello, y cuando ocultó el rostro en el hueco, bajo su mandíbula, la oyó gemir al tiempo que se apretaba aún más contra él, arqueando la espalda y haciendo que su redondeado trasero presionase su más que pletórica erección.

Dejó de pensar, sus ojos adquirieron una tonalidad ambarina y un gruñido quedó contenido en su garganta mientras su mano subía hasta atrapar uno de los pechos llenos y rebosantes de su mujer a través de la fina tela de su camisón verde agua. Su pezón erecto no tardó en exhibirse, glorioso y deseoso de una atención que estaba más que dispuesto a darle. En cuanto lo acarició con las yemas de los dedos, un nuevo y entregado jadeo escapó de los labios de su mujer. Allison giró el rostro regalándole una mirada nublada por el deseo. Al instante sus bocas se unieron en un beso feroz y hambriento. Cada vez que la besaba, con cada degustación que hacía de su boca, quedaba completamente hechizado. Sus lenguas se fundieron en un baile extasiante. Caleb solo quería oírla gemir una y otra vez y, separando sus muslos, introdujo la mano entre ellos. Bajó sus braguitas y comenzó a acariciar los

pliegues más íntimos de su sexo. Allison no tardó en demostrarle su excitación acentuando el movimiento endiablado de su cadera que presionaba sin piedad su erección haciéndola crecer hasta creer que se volvería loco antes de poder penetrarla. Cuando ella se derramó en sus dedos tras introducirlos en su interior, dejó escapar el gruñido de su garganta y sin darle tiempo a recomponerse, la penetró desde atrás poseyendo cada recóndito rincón de la cavidad húmeda y cálida que lo recibió entre espasmos de placer. Con cada embestida, el sexo de Allison abrazó su miembro rodeándolo con desesperación. A punto de liberarse en su interior, Caleb giró de nuevo el rostro de su mujer para perderse en su mirada mientras sentía cómo sus almas y sus cuerpos se fundían en uno, llevados por el clímax.

—Te amo —fue su declaración posando la frente en la suya. Aunque cada poro de su piel, cada latido de su corazón, cada aliento compartido, ya lo había proclamado. En ese momento y cada noche que pasaba a su lado.

CAPÍTULO 4

Cuando Dara llegó a la sala de control de la base de los Guardianes, la encontró a rebosar de seres que iban y venían en todas direcciones. Muchos de ellos, refugiados que buscaban auxilio y seguridad tras los últimos asaltos sufridos por el sanguinario grupo de vampiros dirigidos por el Mando.

Habían pasado seis años desde su liberación de La Colmena, la base en la que Raynard y Kendrick, los dirigentes del Mando, la habían mantenido recluida, como al resto de dhampiros a los que tenían sometidos y custodiados para usarlos como ejército a sus órdenes. Ella entonces solo tenía doce años, pero su mente infantil no había conseguido borrar un solo día de los transcurridos allí. Ahora, libre y segura, protegida en la base de los Guardianes, recordaba cada aterrador momento de los que había permanecido en La Colmena como una pesadilla. Sabía lo que eran capaces de hacer esos seres, y por eso reconocía tan bien el terror en los rostros de los refugiados.

Se quedó observando a una ninfa preciosa que, sentada en el suelo, intentaba calmar a su cría arropándola bajo su brazo. Los enormes ojos de ambas parpadeaban a gran velocidad, envueltos en lágrimas que descendían como pequeños diamantes por sus mejillas de piel pálida y fina. Eran criaturas hermosas y frágiles y de no ser por la labor que hacían allí, habrían desaparecido, como muchos otros lo habían hecho a manos de aquellos terribles asesinos.

No podía negar que se sentía un poco inútil. La Orden de los Guardianes estaba formada por un ejército y un consejo formado por representantes de todas las razas que habitaban los distintos planos terrenales. Y entre todos aseguraban la paz y el equilibrio entre ellas, algo que durante milenios había

sido prácticamente imposible. Aunque la Orden se creó hacía casi cuatro siglos, en relación a los milenios de guerras que habían sufrido, era relativamente joven. El dolor, el atormentado pasado y el miedo habían gobernado las vidas de muchas de aquellas razas, pero allí todo eso desaparecía. Estaban a salvo.

En aquella base había tantos e inimaginables poderes que ella, con su reciente e inútil don para la lucha, se sentía pequeña e inepta. No era una gran guerrera como su hermana. Dakata era el espejo en el que siempre había querido mirarse. Tan fuerte y decidida, valiente y leal, que había dedicado cada día de los años que llevaban separadas a entrenarse, aprender y soñar con acercarse a sus dones. Pero hacía un par de meses había descubierto que nunca sería como ella.

Dakata había heredado las destrezas para la lucha que poseía su padre. Era letal, la guerrera más peligrosa que había conocido. En poco tiempo se había convertido en una leyenda como luchadora, tanto en el combate cuerpo a cuerpo como en el dominio de las armas, especialmente con su espada Draka, a la que podía invocar en mitad de la batalla. Era temida y admirada. Pero ella, como hija menor del Dragón, había heredado los poderes psíquicos de este. La telepatía era curiosa y hasta alucinante para los humanos, pero ella no le veía ningún aliciente a meterse en la mente de los demás. Mucho más cuando se había dado cuenta de la cantidad de ocasiones en las que estas estaban pobladas de pensamientos sucios e inapropiados. Por aquella razón pasaba más tiempo entrenando su pantalla protectora que la aislase de la locura que la rodeaba que intentando ampliar sus dones. Salvo por haber intentado en secreto, cada día, ponerse en contacto con su hermana.

Dakata y ella pasaban semanas sin poder comunicarse hasta conseguir una línea y momento seguro que no las pusiese en riesgo a ninguna de las dos. Y la añoraba, la echaba tanto de menos que muchas noches se quedaba

dormida llorando, abrazada a su almohada. Su hermana y Constantine eran toda la familia que tenía, y este último tuvo que marcharse pocos días después de que Dakata abandonase la base. Su papel en aquella guerra era sumamente valioso y también debía entender la importancia de su separación, pero no hacía que fuese más fácil.

Por eso había entrenado cada día, con la esperanza de poder contactar con ambos con más frecuencia, saber cómo estaban, o incluso poder servir a la Orden para comunicarse con ambos en caso de ser necesario. Pero no solo no había conseguido ayudar, sino que los había puesto en peligro. Si Dakata tenía razón, las vidas de todos los presentes podían estarlo.

¿Y si el Dragón podía localizarla?

Aquella pregunta llevaba dando vueltas en su mente todo el día. No había podido hablar con Dominick, su maestro y el representante de los vampiros dentro de la Orden, pues este estaba participando en el salvamento y traslado de los supervivientes del último ataque a manos del Mando. Y ahora que el ejército regresaba con las víctimas y tenía que encontrarlo entre la muchedumbre, el corazón parecía a punto de estallarle en el pecho, mortificado por la culpa.

Serpenteó entre algunos de los soldados, todos vestidos de negro, y estuvo a punto de chocar con Nyree, una de las jefas de escuadrón, cuando una mano la tomó con fuerza por el brazo deteniéndola abruptamente.

—Dara, ¿qué haces aquí? Te he dicho mil veces que no quiero que estés aquí cuando traemos a los nuevos visitantes. En principio son víctimas, pero no podemos asegurarlo hasta haberlos investigado a todos. No quiero que estés expuesta...

—Lo sé, lo sé. No quieres que nadie me vea —interrumpió a Dominick levantando ambas manos.

—No es eso. No quiero mantenerte oculta, solo a salvo. ¿Tanto te cuesta

entenderlo? —El gesto iracundo de su maestro y sus ojos teñidos de un incandescente color carmesí, le decían que estaba furioso y haciendo un gran esfuerzo por controlarse—. Le hice una promesa a tu hermana.

Dara sintió que un nudo se aposentaba en su garganta, como una masa espinosa que le impedía tragar.

—Por ella he venido a buscarte. Creo que he metido la pata —dijo bajando el tono, aunque sabía que el extraordinario oído de su maestro había captado cada sílaba. Cuando la mirada enfadada de Dominick centelleó de forma peligrosa, se mordió el labio inferior y bajó el rostro.

—¿Qué pasa con Dakata?

Dara se sorprendió al ver a Nyree a su lado, mirándola con gesto interrogante y ceño fruncido. Nyree era la hija de Dominick y la mejor amiga de Dakata. Siempre la había tratado como a una hermana y su culpa aumentó sabiendo que lo que tenía que decir también la enfadaría a ella.

—Vamos, creo que esta es una conversación para tener en privado —dijo Dominick tras resoplar tan enérgicamente que hasta las aletas de su nariz se dilataron como las de un dragón.

Dara se limitó a asentir y caminar tras él, seguida por Nyree muy de cerca. No levantó el rostro ni una vez, pero la sensación de estar siendo observada no la abandonó durante todo el trayecto hasta que, cruzando el entramado de pasillos de las secciones privadas, llegaron a la sala de entrenamiento; los dominios de su maestro.

—¿Es eso posible? —La primera en pronunciarse tras contar lo que había hecho fue Nyree.

Interrogó directamente a su padre, clavando en él sus hermosos ojos verdes. Estos contrastaban con su piel del color de la canela, dándole una apariencia gatuna. Su físico exquisito y exótico podía dar la falsa impresión a

sus contrincantes, en la lucha, de que era inofensiva. Nada más lejos de la realidad. Había sido bien entrenada por su padre, además de haber heredado de él sus capacidades para el combate.

Dominick miró alternativamente a su hija y a Dara, tomó aire lentamente y asintió.

—En principio, solo en principio, habría una posibilidad de que así fuese. ¿Por qué no me habías dicho que estuviste intentando contactar con Dakata? Es increíble que puedas hacerlo. —En su tono se evidenció cierta admiración que sorprendió a ambas chicas.

Dara vio a Nyree sacudir la cabeza a su lado, antes de intervenir.

—¿Entonces estamos en peligro? Debemos trasladar a todo el mundo inmediatamente.

—No creo que sea necesario...

—Pero has dicho...

Nyree se detuvo al ver la mano alzada de su padre ordenándola que se detuviese. La guerrera bufó como era habitual en las conversaciones que tenía con su progenitor. Los dhampiros y sus ascendentes mantenían una natural rivalidad que en el caso de la pareja habían conseguido apaciguar con los años, pero no eliminar por completo.

—He dicho que en principio es posible. Pero con sinceridad creo que no es el caso. Estoy convencido de que el Dragón desconoce no solo tu paradero, sino también tu misma existencia. De saberlo ya te habría buscado —alegó Dominick dándole la espalda. Y restando importancia al temor de ambas, se dirigió de nuevo a Dara—: ¿Cómo lo has hecho? —le preguntó con curiosidad.

—¿Qué cómo lo ha hecho? ¡No puedes estar tan seguro! —volvió a intervenir Nyree, interponiéndose entre Dominick y Dara cuyos ojos rasgados mostraban claramente lo mortificada y a la vez confusa que se sentía. No

quería aumentar su angustia, pero la actitud despreocupada de su padre le parecía de lo más extraña, sabiendo lo sobreprotector que había sido hasta la fecha con la chica.

—Nyree, ¡basta! —El tono firme y enérgico del vampiro hizo que su hija diese un paso atrás y ladease la cabeza entrecerrando los ojos—. Creo que los siglos que llevo en la Orden avalan mi criterio sobradamente. Y he dejado clara mi postura. —Las últimas frases las pronunció en un susurro electrificante tan imponente como su exabrupto anterior.

Dara vio a Nyree apretar las mandíbulas y su mirada verde adquirió la fuerza de un ciclón. El nudo aposentado en su garganta se hizo doloroso temiendo que el enfrentamiento se volviese más violento. Solo cuando vio a la dhampira salir de la sala, sin mirar atrás, volvió a respirar.

—Bien. Y ahora, cuéntamelo todo. Si has conseguido comunicarte con tu hermana, esta es solo una muestra de lo que serás capaz de hacer, pequeña.

Los ojos de Dara brillaron por la sorpresa.

—Una pequeña muestra de tus dones. Y estoy ansioso por averiguar hasta dónde puedes desarrollarlos.

Dara sonrió y por primera vez sintió que podía tener un papel en la lucha que estaban librando y en la gran batalla que sin duda se avecinaba.

CAPÍTULO 5

La electricidad atravesó el cuerpo de Constantine con la fuerza de un rayo. Y lo sacudió con tanta brutalidad que sus extremidades rígidas y agarrotadas parecieron a punto de quebrarse, separándose de su cuerpo. Cuando la corriente cesó, cayó flácido sobre la camilla. Sus pulmones se llenaron de oxígeno, pero el ejercicio de respirar era tan doloroso como extenuante. Giró el rostro a un lado y escupió la sangre acumulada en su boca, tras morderse el interior de la mejilla durante la descarga.

—Creo que deberíamos dejarlo por hoy. —La voz masculina salió de entre las sombras y la mirada de Constantine se posó inmediatamente en las cuencas negras de los ojos de su torturador.

—No. Aún la noto en mí. No podemos parar —repuso entre dientes. La contracción de los músculos maxilares durante la electrocución le hacía doloroso hasta hablar.

—Constantine, tal vez no lo consigamos nunca. Llevamos cinco meses con esto. Es agónico para ti y para mí.

Constantine alzó una ceja mientras dejaba que el demonio le desatase las cinchas de cuero que lo mantenían sujeto a la camilla, por muñecas y tobillos.

—No me mires así. ¿Crees que esto es agradable? No me gusta el olor de la carne chamuscada. —Aiden sonrió de medio lado, dejando que los hoyuelos apareciesen en sus mejillas y dulcificasen un rostro que, a todas luces, en plena transformación, era aterrador. Le ofreció la mano y lo ayudó a incorporarse para que su amigo quedase sentado.

El demonio cruzó sus poderosos brazos frente a él y ladeó la cabeza. La sombra que proyectaban sus enormes cuernos sobre su semblante enrojecido

le conferían una apariencia siniestra. Pero Constantine lo conocía bien, y sabía que cuanto decía era verdad. Aiden hacía muchos siglos que había dejado que su lado diabólico lo poseyese hasta tomar el control de su consciencia. Si estaba allí era porque se lo había pedido, casi rogado. Durante los últimos años había pasado por un calvario de pruebas y experimentos con el fin de entender y aislar el poder que habitaba en su interior. Y si había acudido a él era llevado por la desesperación. Sentía que podía estar ante su última salida. La única opción que le quedaba. Dejó caer la cabeza hasta que la barbilla tocó su pecho desnudo, sintiéndose exhausto.

—La luz forma parte de ti. No creo que podamos destruirla sin hacer que un fragmento tuyo también desaparezca —le dijo su amigo—. ¿Estás dispuesto a desvanecerte? ¿A ser engullido por la oscuridad?

El rostro de Dakata se abrió paso en la mente del dhampiro. Su mirada violeta, dulce y decidida, se clavó en él, como el día en que se prometieron amor eterno. Y tan solo pudo aferrarse al filo de la camilla con ambas manos hasta que sus nudillos quedaron blancos y la visión comenzó a nublársele a causa del desaliento. Llevaban separados cinco agónicos años. Y cada día afrontaba una nueva jornada de experimentos y torturas con la única esperanza de volver a verla. Ella alimentaba la fuerza que lo llevaba a cumplir con su misión, pero se sentía agotado. La necesitaba tanto que cada minuto sin ella se había convertido en un agónico tormento.

—Tal vez sea lo único que puedo hacer para mantenerlos a salvo. A todos —dijo finalmente elevando el rostro para volver a perderse en la mirada negra, como la noche más aterradora, de su amigo.

—Creo que cargas con demasiado peso a tus espaldas. No es responsabilidad tuya salvar al mundo.

—Sí que lo es. Raynard está atacando y masacrando a cuantos cree que pueden estar ocultándome o tienen alguna información sobre mi paradero.

—No eres culpable de los delitos de tu padre —insistió el demonio.

—Tampoco soy inocente si dejo que siga asesinando para conseguirme.

—Evitar que te capture es lo que nos mantiene a salvo. ¿No eres capaz de verlo ya? No puedes perder de vista el objetivo.

—Que no es otro que impedir que obtenga mi luz.

—Que no es otro que mantenernos a salvo. ¿De veras crees que tu padre se detendría en su ansia de poder y destrucción, en su enfermizo sueño de dominar nuestro mundo, si murieras? Buscaría otra forma de hacerlo. Jamás dejará de intentarlo. No ha hecho otra cosa durante milenios.

—Pero nunca antes ha sido tan poderoso como ahora —repuso Constantine con pesar.

—Ha sabido hacer alianzas. A veces solo hace falta el miedo, la codicia o la venganza para despertar lo peor de las razas. Lo sé bien —apuntó Aiden dando un paso atrás. Suspiró profundamente al ver sumergida su mente en los recuerdos y su gran pecho se elevó y volvió a bajar, como si soportase una pesada carga. Pero ahora no podía dejarse llevar por esos pensamientos. Estaba allí para ayudar a su amigo. Y desechando de su mente sus propios demonios, continuó hablando—: Nunca antes hemos presenciado poderes tan tentadores como los que nos rodean en este momento.

Constantine sacudió la cabeza y se levantó de la camilla. El dolor había menguado gracias a su capacidad de regeneración. Fue hasta el perchero colgado en la pared y tomó su camiseta para cubrirse el torso. Aiden tenía razón, nunca antes los vampiros habían estado tan cerca de conseguir caminar bajo el sol, lo que exterminaría la única posibilidad de defenderse y huir de sus víctimas. Tampoco antes habían tenido entre ellos a una portadora, o al hijo de esta. Por lo que le había contado el Consejo de la Orden de los Guardianes, los poderes de Noah, aunque no se habían desarrollado por completo, prometían ser los mayores que se hubiesen visto jamás. Dakata se

había consagrado a la tarea de protegerlo y él debía hacer lo mismo, intentando impedir que sus enemigos lograsen de él lo que más ansiaban.

Los escasos dhampiros que nacían, como él, solían ser hijos de un vampiro y una humana. Pero su caso había sido diferente. Su padre era Raynard, uno de los vampiros más ambiciosos, sanguinarios y terroríficos de cuantos habían vivido sobre la tierra, pero su madre no era una humana que hubiese perdido la vida al nacer él. Michela había conseguido sobrevivir a su gestación y nacimiento por ser una ninfa. Y no una cualquiera. Perteneecía al linaje real de las ninfas de la luz. Su sangre estaba fraguada bajo la luz y fuerza del sol. Sus dones eran hermosos, pero se limitaban a ayudar a la naturaleza en busca del equilibrio, sanándola cuando esta era más maltratada por la acción de los hombres. No eran guerreras, solo habitaban en paz y armonía. Solo tenían una forma de protegerse de otras criaturas. La sangre de una ninfa era deliciosa, mas solo duraba en el paladar de su atacante unos segundos, pues su devastador poder hacía estallar el cuerpo del agresor al poco de haber ingerido su sangre. Este hecho había hecho desistir a aquellos que las habían codiciado a lo largo de la historia.

Pero él era diferente. En su interior habitaba la luz de su madre. Una luz intensa y poderosa, pero también mezclada con la de un vampiro. Y eso lo convertía en un vial andante con la única fórmula capaz de concederles el don de caminar bajo el sol. Si los vampiros consiguiesen hacerse con su sangre, ya no habría nada que les impidiese cometer sus atrocidades a plena luz del día. El mundo sucumbiría al caos, la destrucción y la masacre más absoluta.

Desde que se separó de Dakata, se había sometido primero a experimentos con la intención de estudiar el poder de su sangre para después intentar neutralizarlo. Pero nada de lo que habían probado había surtido efecto. Ahora, empezaba a pensar que la única solución era morir. Su último recurso había sido intentar destruir la luz de su interior, a pesar de correr el

riesgo, como bien le había alertado Aiden, de que una parte de sí mismo desapareciese para siempre. Si la oscuridad se apoderaba de él, no sabía cuánto podría transformarse. Pero hasta ese riesgo que estaba dispuesto a correr, se resistía. Su luz era demasiado poderosa y ni el poder aniquilador de Aiden era capaz de terminar con ella. Por lo que, muy a su pesar, la única vía que le quedaba era la de acabar con su vida definitivamente.

—Tu silencio no augura nada bueno —intervino el demonio, sacándolo de sus pensamientos.

—Solo divagaba —mintió dándose la vuelta.

Al hacerlo, Constantine reparó en que su amigo se había transformado, retomando su apariencia humana. Desde hacía tiempo se sentía mucho más cómodo con esa forma y tan solo mutaba para usar sus poderes de destrucción. Aunque esta apariencia le permitía mimetizarse entre los humanos, no lograba pasar desapercibido.

Aiden era tan alto como él, pero más corpulento. Tan fuerte como una roca y su energía diabólica era imposible de obviar. Sobre todo, entre las mujeres. En la base de los Guardianes lo llamaban el diablo irlandés, y según había oído tenía una buena corte de féminas dispuestas a descubrir sus múltiples destrezas. En la actualidad mantenía un coqueteo con Nyree, otra dhampir. No solo amiga, sino su segunda al mando mientras había sido jefe de escuadrón en los Guardianes.

—¿Y en qué pensabas? Si puede saberse... —Los ojos ligeramente rasgados de Aiden lo miraban de forma analítica. Cuando no estaba transformado seguían siendo tan oscuros como la noche, pero no ocupaban la totalidad de sus cuencas oculares, y brillaban de forma insolente.

—Recordaba los buenos tiempos en los que mi única misión era dirigir mi escuadrón de soldados de la guardia. Echo de menos la acción en la calle, la adrenalina, la caza...

Aiden sonrió y los hoyuelos volvieron a sus mejillas. Constantine estaba seguro de que su expresión granuja era uno de sus mayores encantos. Con la transformación, su piel había recuperado su tono natural y no quedaba atisbo de su enorme cornamenta. Nadie habría podido imaginar la naturaleza satánica que moraba en su interior.

—Esos tiempos volverán. Sé que no es consuelo, pero Nyree está haciendo un buen trabajo sustituyéndote.

Un brillo lujurioso se paseó por la mirada del demonio, que Constantine decidió obviar. Sabía que Aiden llevaba tiempo interesado en Nyree. No le extrañaba, era una guerrera implacable y admirable. Él no podía verla como mujer, pues era como una hermana para él, pero no estaba ciego y sabía que era una belleza. Una muy salvaje y rebelde que le iba a poner las cosas muy difíciles. Tal vez por esa razón había supuesto un reto para su amigo.

—Estoy seguro de que sigues muy de cerca los progresos de mi escuadrón —dijo imitando el gesto socarrón del diablo—. Pero te advierto que tanto interés puede hacer que llegues a quemarte.

La risa grave de Aiden inundó la sala.

—Amigo mío, soy un demonio. El fuego es mi elemento —le dijo antes de que ambos salieran de la sala, dando por concluida la sesión de tortura del día.

CAPÍTULO 6

—Noah, ¡tienes que concentrarte! —reprendió Dakata al niño que se movía de forma inquieta en mitad del ejercicio.

—¡Puff! No puedo...

—¿Estás intranquilo? ¿Algo te preocupa? —Dakata se aproximó a él e inclinándose dejó su mirada a la altura del rostro del pequeño, que mostraba un mohín compungido.

No era de extrañar que las tensiones que se percibían en el rancho durante las dos últimas semanas le estuvieran afectando. Los Connor se esmeraban porque no se les notase, pero para ella, que los había estudiado y vigilado durante tanto tiempo, era imposible. Y Noah era muy observador, además de un gran lector de energías.

—Me hago pis —dijo él sin embargo, haciendo que ella abriese mucho los ojos, sorprendida.

—¿Eso es lo que te pasa? —preguntó frunciendo el ceño.

Él se limitó a asentir, y en su rostro se mezcló la mueca con una sonrisa traviesa.

—¿No te tengo dicho que se va al baño antes del entrenamiento? No podemos estar interrumpiéndolo cada dos por tres, no es efectivo.

—Tú también tendrías que ir al baño si te hubiesen hinchado a zumo de frutas esta mañana. La abuela está empeñada en hacerme tomar todas las vitaminas del mundo.

—Tu abuela te quiere con locura y sabe que los entrenamientos son extenuantes. Al menos cuando los hacemos —repuso ella cruzándose de brazos—. Anda, corre al baño. Te espero aquí. No tardes, que tenemos

mucho que hacer.

—Claro, maestra —dijo el niño inclinándose ante ella. Y con una mezcla de carrera y baile descoordinado salió de allí disparado hacia el interior del rancho. Cuando desapareció de su vista, Dakata sonrió. Noah tenía ese efecto en ella.

Sacudió la cabeza y se dispuso a preparar el siguiente ejercicio. No tenían tiempo que perder. Noah avanzaba a pasos agigantados, pero temía que no fuese suficientemente rápido. El peligro acechaba. Las cosas estaban cambiando demasiado deprisa. Antes recibía noticias de los Guardianes cada pocos meses, pero ahora lo hacía casi cada semana.

Raynard y Kendrick estaban consiguiendo poderosos aliados entre las razas descontentas con las normas de los Guardianes. Siempre había quien pensaba que sus poderes no debían ser castrados en favor de la paz. O que merecían más que los demás. A todos aquellos que no abogaban por la paz se les denominaba insurrectos. Y los había de muchas más especies de las que habían podido imaginar.

Por otro lado, la búsqueda de Constantine se hacía cada vez más feroz. Las víctimas aumentaban y con ello el miedo y la desconfianza. Ella temía cada segundo por su vida y rezaba a los dioses por las vidas de los que estaban muriendo protegiéndolo.

Una parte de ella se sentía terriblemente culpable por no poder estar entre los que lo salvaguardaban. Pero sabía que su labor con Noah era sumamente importante. Para muchos, el pequeño niño a su cargo era la clave para conseguir paz. El salvador, el elegido, la revelación de unos poderes inimaginables con anterioridad, pues nadie en milenios había esperado el surgimiento de una nueva portadora en la tierra. El problema era que se trataba de un niño, un niño pequeño cuyos poderes prometían ser magníficos, insólitos y de un alcance jamás imaginable, en un futuro. Y por mucho que él

progresase con sus dones, ¿cómo iban a hacerlo luchar contra unos monstruos? Ella jamás lo consentiría.

Su labor era protegerlo. Daría la vida por él antes de que nadie le pusiese un dedo encima. Solo imaginarlo en manos del Mando la ponía enferma y algo oscuro la poseía, despertando su lado más salvaje.

La furia hizo que el color violeta de sus ojos tornase incandescente, eléctrico. El cosquilleo se hizo patente en las palmas de sus manos y la energía se apoderó de su ser, recorriéndola como una agradable descarga que solo anunciaba el despertar letal de su máximo poder; la invocación de la katana Draka.

Un grito desgarrador llegó a sus oídos proveniente del interior de la casa y la electricidad se esfumó con la misma rapidez con la que ella corrió hacia la construcción. Abrió la puerta con malla metálica y un nuevo grito la llevó a subir las escaleras, de dos en dos, hacia la segunda planta. Allí no dudó en entrar en el dormitorio de Allison y Caleb y después en el baño privado de ambos, pero se detuvo paralizada en la puerta, sin saber qué hacer al observar la escena.

Allison estaba dentro de la enorme bañera, con el cuerpo, desnudo, sumergido en el agua. Tumbada boca arriba. El largo cabello flotaba encuadrando su rostro pálido. Y sus cuencas oculares se mostraban teñidas de negro, por completo. Entre los poderes de las náyades estaba el de la visión de sucesos pasados, presentes o futuros. El agua era su elemento y la fuente de su poder, por lo que la visión debía haberla sorprendido mientras se daba un baño. Y la visión tenía que haberla dejado aterrada pues, aunque el vapor que emanaba del agua señalaba que estaba muy caliente, su cuerpo temblaba de frío.

—Allison... —la llamó sin saber si debía acercarse o no, en ese momento. No le contestó y cuando los temblores aumentaron, pensó en

acercarse.

No tuvo tiempo de reaccionar. Noah entró en el baño en ese momento y fue directamente hacia la bañera. Sin pensarlo entró en ella, con ropa y todo, y tomó con sus manitas el rostro pálido de su madre.

—Mami, vuelve conmigo —le dijo en tono suave y pausado.

Dakata abrió los ojos, sorprendida. La templanza de Noah era abrumadora. Tragó saliva y dio un paso hacia la bañera.

Noah, como si le leyera la mente, se giró para mirarla y negó con la cabeza, deteniéndola. Después volvió su atención hacia su madre.

—Mami, respira. Estoy aquí, vuelve conmigo. —La voz infantil llenó el espacio y su profundidad irradió calma. Una paz envolvente que la rodeó incluso a ella a varios pasos de distancia. Cuando vio que la oscuridad abandonaba los ojos de Allison y recuperaba el verde salvaje de su mirada, ella recobró la respiración.

Allison se incorporó en el agua, sobresaltada, y tras mirar a un lado y a otro reconociendo dónde se encontraba, tomó a su hijo entre sus brazos y lo abrazó con fuerza, como si temiese que se le fuera a escapar de entre los brazos.

—Noah... mi pequeño. Estás aquí. ¡Dios mío, estás aquí!

El cuerpo de Dakata se tensó al instante. ¿Qué había visto en su visión? ¿Estaba Noah en peligro? Necesitaba interrogar a Allison, pero sabía que nada la separaría en ese momento de Noah, al que seguía aferrando con fuerza, con los ojos cerrados y besando su frente. El niño se dejó abrazar sin protestar por la fuerza ejercida por su madre.

Minutos más tarde Allison pareció recuperar el control y darse cuenta de la situación.

—Cariño, ¿te he asustado? —preguntó a su hijo separándolo ligeramente de ella para leer la respuesta en sus ojos.

Noah negó con la cabeza. Y Dakata pensó que ojalá ella pudiese decir lo mismo.

—Bien. Eres un chico grande. Mami está muy orgullosa de ti. Solo ha sido una visión, pero ya estoy recuperada —le dijo tomando el pequeño rostro entre las manos y perdiéndose en su fascinante mirada.

Noah asintió, pero no llegó a pronunciarse, algo raro en él, que siempre tenía un comentario para todo.

—Será mejor que dejemos a tu madre salir del baño tranquila —intervino Dakata acercándose y tomando a Noah en brazos para sacarlo del agua.

—Gracias —le dijo Allison, en un tono que pretendía ser neutro, pero cuando sus miradas se cruzaron vio el terror y la preocupación aún tiñéndolos—. Y, ¿puedes llamar a mi marido y el resto de la familia, por favor? Tenemos que hablar.

Dakata asintió impasible, a pesar de la tempestad que se generaba en su interior. No tenía dudas, la tormenta que tanto temía acechaba implacable sobre sus cabezas.

CAPÍTULO 7

Raynard subió los escalones dorados del templo, aparentando no estar impresionado con la fastuosidad de la enorme sala que advertía ante él. Pero era difícil no hacerlo cuando nunca antes había presenciado semejante nivel de riqueza y opulencia. Tuvo que hacer un esfuerzo para no detenerse a contemplar cuanto le rodeaba en lugar de seguir al hombre que le había abierto las pesadas puertas de acceso y que, tras recibirlo, lo llevaba en presencia del Dragón. Cuando llegó al gran salón lo primero que pensó era que la puesta en escena del poderoso vampiro no podía ser más imponente, sentado en un gran trono negro con la forma de la cabeza de un dragón milenario cuyo asiento se ubicaba entre los inmensos colmillos del animal. Era tan descomunal que, para enlazar la mirada con la suya, se veía obligado a inclinar la cabeza hacia arriba hasta un ángulo bastante incómodo. Aunque se preguntó cuántos se atreverían a posar la vista siquiera en él. Su leyenda era terrorífica, más sanguinaria incluso que la suya. No en vano, aquel ser residía en la tierra desde hacía casi cuatro mil años.

Tragó saliva inconscientemente y después se maldijo mentalmente por ello. No debía mostrar debilidad ni flaqueza ante él. Lo quería como aliado, un igual en la lucha contra sus enemigos. Aunque la jerarquía entre los de su especie fuera diferente, pues el Dragón le superaba con mucho en edad. Él hacía muchos siglos que había decidido no someterse ante nadie. Aquella guerra era suya y la preciada recompensa también. Corría un gran riesgo al depositar su confianza e información en aquel ser de mirada tan carmesí como la sangre más pura, pero sabía que con él como aliado no tendría rival. Y contaba con que la información que tenía que ofrecerle fuese suficiente

aliciente para él.

—¿Y cuál es esa información? —La rotunda voz del Dragón consiguió sobresaltarlo. Más aún cuando fue consciente de que este estaba dentro de sus pensamientos, lo que no hacía más que corroborar las historias que se contaban sobre su leyenda—. No tengo todo el día.

Volvió a tragar saliva, pero esta vez dejó asomar sus largos colmillos al mostrar una siniestra sonrisa que pretendía disimular su nerviosismo.

—Por supuesto. No es mi intención hacérselo perder. También considero mi tiempo algo valioso. Y no me habría molestado en viajar hasta aquí si no creyese que lo que tengo que contarle es de sumo interés para usted.

—Eso debo decidirlo yo. Es consciente de lo difícil que es conseguir audiencia conmigo. No desaproveche los minutos que le restan.

Raynard apretó los dientes. Estaba claro que el Dragón quería dejar definida la supremacía de su rango y posición en cada palabra.

—Vengo en busca de un aliado.

El gesto del otro vampiro no mutó un ápice y supo que esa información tampoco le era desconocida. No se molestó en comunicarse con palabras.

Está a punto de librarse una batalla. Una dura y sangrienta lucha en la que pretendo obtener...

—Creía que había entendido que la retórica me había en extremo. Tanto como sus ansias de poder. —La interrupción del Dragón resonó por todo el salón.

—¿E información sobre su descendencia? ¿Le aburre ese tema también? —apuntó Raynard consciente de que si no daba un golpe de efecto en pocos segundos se vería de patitas en la calle.

—De tener descendencia, lo sabría.

El milenario vampiro se levantó de su trono dando la conversación por

finalizada. Y pudo apreciar su gran altura. Su atuendo era completamente negro, a juego con su trono. Todo en él era oscuro, desde el abrigo de cuello Mao que le cubría hasta los pies, hasta la larga cabellera que caía hasta el final de su espalda en una cascada lacia. Las únicas notas de color eran su piel, extremadamente pálida, y sus ojos escarlata que dejaron de mirarlo para ignorarlo mientras le daba la espalda. Lo vio hacer un pequeño gesto al hombre que lo había guiado hasta la sala, con el mensaje implícito de deshacerse de él.

—No podía saberlo, pues durante años, ambas...

Y ese fue el momento en el que el Dragón se detuvo. No se volvió, se limitó a mirarlo por encima de su hombro.

—...fueron más.

El siguiente movimiento pilló completamente desprevenido a Raynard, que en una centésima de segundo se vio en el suelo, aturdido, dolorido y brutalmente golpeado. Cuando abrió los ojos vio que en su pecho se clavaba una de las botas del Dragón. El golpe había quebrado el suelo de piedra a su espalda. Apretó los dientes e intentó incorporarse, golpeando con los puños la piedra de sus costados, pero no consiguió moverse un centímetro. El Dragón le brindó una mirada ladeada e indescifrable.

—¿Con qué derecho crees que puedes arrebatarme lo que es mío? —Su tono siseante contenía apenas una furia que sí revelaban sus ojos, ya incandescentes.

—Cuando me fueron entregadas no sabía que eran sus hijas. De hecho, no lo supe hasta hace seis años, cuando me las arrebataron —dijo tras escupir la sangre acumulada en su boca y limpiarse con el dorso de su mano.

El Dragón se agachó y tomó su cráneo con ambas manos, elevándolo del suelo mientras lo presionaba con fuerza. Aunque algo le decía que, de querer quebrárselo, para él sería como si se tratase de la cascara de un huevo.

Dejándolo en el aire, inmóvil e incapaz de defenderse por primera vez en su existencia, el vampiro cerró los ojos y bajó el rostro unos centímetros.

Lo siguiente que sintió Raynard fue cómo se vaciaba su mente. Incapaz de impedirlo, vio pasar ante él cada uno de los recuerdos concernientes a las dos dhampiras. Como si de archivos se tratase, el Dragón fue inspeccionando su mente desechando aquello que no era de su interés, y deteniéndose en el momento en el que Dominick, el vampiro que entonces trabajaba para él como encargado de llevarle a todos los dhampiros de los que se conocía su existencia, le hacía entrega de las dos niñas. Algo insólito y poco frecuente ya que en muy raras ocasiones una humana era capaz de llevar a término la gestación de un bebé engendrado por uno de su especie. Y todas ellas sucumbían a la muerte al dar a luz. En ese momento de indefensión, las criaturas eran tomadas por Dominick y llevadas a las instalaciones de la Colmena, el complejo en el que él, durante años, había convertido a la mayor amenaza de su especie en esclavos y soldados. Los dhampiros eran criados bajo un estricto régimen disciplinario, ajenos a cuanto había en el mundo exterior, no conociendo ni su propia raza y origen, lo que evitaba que hiciesen uso de sus dones para volverse contra sus progenitores como era su naturaleza. Él los había convertido en guerreros a sus órdenes, aprovechando sus múltiples habilidades. Y había sacado buen provecho de ellos hasta que su propio hijo, Constantine, aliado con los Guardianes de las Razas, había destruido todo lo que él había erigido y le había arrebatado a su ejército.

Durante los últimos años se había estado recomponiendo de aquella batalla. Y había estado buscando a su vástago, por múltiples y valiosas razones. Por suerte para él, el Dragón seguía más interesado en sacudir su mente en busca de la información solo concerniente a sus hijas. Su gesto tornó sorprendido al dar con imágenes de Dakata durmiendo en su camastro mientras era vigilada por las cámaras de La Colmena, y una oscuridad

indescifrable lo envolvió al verla luchar en la arena; lugar en el que se celebraban los combates a muerte que decidían quién pasaría a formar parte de su Ejército Oscuro y quién terminaría en la mesa de otro de sus empleados, el mutilador, para ser desangrado y degustado. Su rostro volvió a suavizarse esta vez al observar la pequeña figura de Dara, su hija menor. Ambas eran muy diferentes. Dakata poseía una fuerza y determinación salvajes en su mirada violeta que ya anunciaban su fiereza en la lucha. Era letal y fascinante. Se vio a sí mismo tentado a degustarla antes de que sus dones despertasen. Y conteniéndose, sabiendo que tendría que utilizarla como cebo para atrapar a su hijo. Dara sin embargo era pequeña y frágil. Recordaba perfectamente el momento en el que fue llevada a la Colmena. Nunca puso grandes esperanzas en ella. Ni siquiera sabía que ambas chicas eran hermanas. Solo la mantuvo con vida en espera de ver qué dones podría tener. Ahora que sabía quién era su progenitor se daba cuenta de cuán equivocado había estado.

Cuando el Dragón hubo satisfecho su curiosidad, lo dejó caer sobre las losas sin miramientos. Sintió la mente embotada y sumida en una nebulosa espesa. Sacudió la cabeza y clavó una rodilla en el suelo para intentar levantarse, aunque no lo consiguió al primer intento, pues su cuerpo aún no era capaz de responder con normalidad.

—Dices buscar un aliado, pero no tienes nada que ofrecerme. Ya no están en tu poder —dijo en tono indescifrable.

—Pero sé dónde están —aseguró con firmeza, poniéndose en pie finalmente.

Raynard vio encogerse aún más la mirada rasgada del otro vampiro.

—Mentirme conlleva una muerte lenta y extremadamente dolorosa.

—No lo dudo.

—Si estuviese en posesión de dicha información, yo lo sabría.

—¿Cree que, siendo consciente de sus muchos dones, habría venido hasta aquí sin guardar un as bajo la manga? Tengo a mi alcance la información de sus paraderos, pero no la he visto personalmente. No sería prudente viniendo a ver a un lector de mentes.

Y el Dragón supo que decía la verdad.

Desde que había dejado entrar a aquel vampiro a su templo había sabido que su presencia no le agradaría. Olía a inmundicia, sordidez y degeneración. Él llevaba siglos apartado del mundo. Sus incursiones en él eran muy escasas. Todo cuanto quería o necesitaba le era llevado al templo, incluyendo las mujeres. Todo vampiro sabía que su mayor enemigo residía en su descendencia. Los dhampiros crecían alimentados por el odio a sus progenitores. Los culpaban de la muerte de sus madres, la mayor parte de las veces engañadas, sometidas o forzadas a tener relaciones con una bestia que en ocasiones la dejaba encinta sentenciándola a la muerte. Su odio era ciego y voraz y habiendo heredado los dones de su padre, pero ninguna de sus debilidades, pues eran capaces de caminar bajo el sol, eran los cazadores perfectos para dar con ellos y acabar con sus vidas. Durante siglos los humanos los habían contratado para capturar a los vampiros que acechaban y exterminaban uno a uno a los miembros de sus poblados para satisfacer sus más bajos instintos y necesidades.

No era estúpido y sabía el riesgo que corría teniendo dos hijas. Ni el patán que tenía ante él, ni el vampiro que esperaba fuera de su templo y que no lo había acompañado hasta su morada, ni un centenar de ellos era adversario contra él, pero su primogénita sería una digna contrincante. La había visto luchar contra el vampiro invocando su espada Draka, y eso evidenciaba que había heredado su don para la lucha. No era descabellado pensar que la menor heredaría sus dones psíquicos. Juntas serían una combinación letal.

Bajó el rostro y caminó hacia su trono consciente de la mirada expectante de su visita.

—Está bien. Seré su aliado en la lucha, con una única condición: son mías. Nadie las tocará, salvo yo —le informó tras tomar de nuevo asiento entre los grandes colmillos de obsidiana de su trono.

Raynard asintió y una repulsiva y soberbia sonrisa se dibujó en sus labios. Ya estaba en marcha su plan.

CAPÍTULO 8

Caleb elevó el rostro, escondiendo su sorpresa de las miradas atentas del Consejo de ancianos de los licántropos y del resto de participantes en la asamblea de las manadas. Como jefe de la suya estaba obligado a asistir, aunque su mente no estuviese allí, sino en su familia. Había salido de casa dejando a su esposa sumida en la angustia. Allison intentaba disimular, pero era evidente que no podía eliminar de su mente las preocupaciones que le acarreaba el embarazo, y sobre todo la posibilidad de que su futuro hijo fuese una niña que heredase sus dones.

Las noches se habían convertido, desde que habían recibido la noticia del embarazo, en una sucesión de pesadillas cada vez más aterradoras que no la dejaban descansar. Se sentía impotente ante su sufrimiento y no sabía qué hacer. Había estado a punto de no asistir a la asamblea y solo lo había hecho ante el recordatorio de su esposa de que debía cumplir con sus obligaciones con la manada. Muchos dependían de él y su representación en la asamblea era de suma importancia. Más cuando esta era una reunión extraordinaria que congregaba a los jefes de todas las manadas del país y el Consejo supremo de ancianos.

Casi toda la reunión se había centrado en los ataques sufridos a manos de vampiros hacia algunas especies. Los licántropos no habían sido atacados. Eran una de las razas más fuertes físicamente, y eso los había mantenido en una igualada batalla durante siglos. Pero lo más preocupante había sido descubrir que los supervivientes de los ataques declaraban haber visto a los de su especie luchando en alianza con los sanguinarios vampiros.

La noticia los había desconcertado a todos hasta tal punto que en

cuestión de minutos dejaron de centrarse en la información para determinar la necesidad de nombrar un nuevo rey que los representase a todos y los posicionase como fuerza de poder entre las razas. El anterior rey había muerto debido a la edad hacía tan solo un par de semanas. Aún no habían finalizado los ritos de devolución a la tierra que como muestra de respeto se celebraban tras el fallecimiento. La elección del nuevo regente duraría meses durante los cuales se valoraría a los candidatos por su fuerza, valor, honor, lealtad, la valía de su estirpe familiar y su trayectoria como líder.

Él admiraba a algunos de los jefes de manada allí presentes, y dejándose guiar por todas aquellas premisas, había tomado su decisión.

Era un momento importante e insólito en la historia de su especie y, aun así, mientras se realizaba la votación en la que cada jefe introducía el colmillo de su manada en la casilla del postulante elegido, su mente divagó volviendo junto a su esposa. Algo le decía que las cosas no iban bien en casa y la sensación de desasosiego lo invadió hasta que escuchó su nombre y cargo en boca del representante de los ancianos.

Cuando fijó la mirada en los presentes se dio cuenta de que, desde sus sitios, todos habían inclinado la cabeza hacia él en señal de respeto. El silencio sepulcral de la asamblea era sobrecogedor, y contuvo el aliento al darse cuenta de la trascendencia de aquel momento.

Acababa de ser elegido como el nuevo rey de los licántropos en todo el país.

Se sintió abrumado al reconocer el respeto que demostraban cada uno de los presentes. En ningún momento había llegado a valorar realmente que fuese uno de los candidatos a tener en cuenta. Siempre le habían dicho lo contrario, pero los pactos de sangre formaban parte de sus leyes más sagradas, y tanto su madre como él habían fallado a dicha ley al no casarse con las personas indicadas por sus familias para la perpetuación de la especie.

Su madre casándose con su padre, un semidiós. Y él tomando como esposa a la viuda de su hermano, la primera Portadora conocida sobre la faz de la tierra, en milenios.

Se alzó para devolver el gesto, aún abrumado. Y estaba a punto de pronunciarse cuando de las pesadas sillas talladas con los símbolos de las manadas se levantaron varios de los presentes, armando un gran estruendo. No tardó en reconocer al que dirigía al grupo encolerizado; se trataba de Keller, el padre de Anakar, la que había sido su prometida hasta que conoció a Allison. En la Asamblea en la que el Consejo le permitió romper su pacto de sangre con ella y contraer matrimonio con su mujer, ya habían dejado claro que jamás lo habían considerado digno de ser siquiera jefe de la manada. Mucho menos esperaba que lo respetasen como rey.

—¿Qué broma es esta? ¿Caleb Connor el nuevo rey de los licántropos? ¿Un sangre sucia que no ha demostrado respetar ni nuestras leyes más sagradas?

—Mide tus palabras, Keller, estás hablando de tu nuevo rey — interrumpió uno de los ancianos.

—Él jamás... —dijo escupiendo las palabras con cara de asco— será mi rey. Ni de ninguno de nosotros —añadió señalando a los que se habían alzado con él. No eran más de media docena de hombres. El único cabeza de manada era Keller, acompañado del cobarde de su hijo Asher. Ya se había enfrentado a él en el pasado, cuando osó atacar a su hermana Casey. Ninguno le merecían el más mínimo respeto. Por lo que la animadversión era mutua.

Vio que otros jefes se levantaban para posicionarse tras él, esta vez para demostrarle su apoyo. Y el brillo arrogante de Keller se paseó por sus ojos.

—Ninguno será obligado a seguir a un rey al que no respeta. Sois libres de abandonar vuestras manadas y nuestra comunidad. Seréis tratados como proscritos y lobos solitarios. No contaréis con la protección del resto de las

manadas. ¿Es eso lo que queréis para vosotros, para vuestras familias?

Asher miró a su padre, inquieto. Pero Caleb no desvió la mirada, clavada en la de Keller, en ningún momento. Acababa de ser nombrado rey. Ni siquiera él era capaz de asumir su nuevo papel, pero ya debería ejercer como tal y ante todo no mostrar debilidad.

Keller escupió el suelo sagrado de la asamblea y la mirada de Caleb tornó incandescente. El gruñido gutural, poderoso e imponente de su garganta vibró por toda la sala. Y dio un paso adelante, con ambos brazos a los costados dispuesto a demostrar todo lo que lo había convertido en rey.

Keller se transformó ante él y rápidamente el resto de su grupo lo hizo a su lado. En ese momento debía acercarse a su nuevo rey, lamer de su mano y demostrar sumisión. Sin embargo, tras un pequeño gruñido, los seis abandonaron la sala, dejando la manada. Y ese sería el primero de los muchos problemas que tendría que solucionar, ahora como Gran Rey de los Licántropos.

CAPÍTULO 9

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó Pony a Allison mientras le entregaba un vaso de limonada que ella tomó con manos temblorosas.

Asintió antes de llevarse el vaso helado a los labios, pero el temblor no pasó desapercibido ni para su suegra ni para su cuñada. Las vio mirarse entre ellas, sus gestos mostraban una gran preocupación. Se sentía mortificada por ello, pero al mismo tiempo no podía borrar de su mente las imágenes que la torturaban desde aquella mañana, cuando sufrió la visión en la bañera. Había enviado a Noah con Dakata a la planta superior, pues cada vez que posaba la mirada en su hijo rompía a llorar y no quería preocuparlo. Pero ni Casey ni su suegra habían consentido dejarla sola un solo minuto. Las horas se habían hecho eternas aquel tortuoso día y solo aguardaba impaciente la llegada de su marido para abrazarlo y contarle lo que había visto. Entre los dos debían decidir lo que hacer para proteger a su hijo.

Por eso, en cuanto oyó abrirse la puerta principal fue corriendo a recibirlo, esperando poder fundirse con él en un abrazo. La sorpresa fue mayúscula al ver que no estaba solo y que antes que él, entraban otros dos hombres, desconocidos para ella, que comenzaron a inspeccionar el interior como si de guardaespaldas se trataran. Se quedó petrificada en el sitio hasta que la mirada ambarina de Caleb se cruzó con la suya. No le gustó lo que vio en ella; tensión.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Quiénes son estos hombres? —preguntó Pony tras ella, y fue a acercarse a su hijo hasta que uno de los hombres alzó una mano impidiéndoselo—. ¡Por todos los dioses! ¿Qué cree usted que está haciendo? ¡Esta es mi casa!

—Solo hago mi trabajo señora, protejo a nuestro rey —le dijo el hombre, impecablemente vestido de negro.

Casey, que acababa de llegar a la entrada se unió a las miradas estupefactas de su madre y cuñada. Caleb, sinceramente abochornado se pasó la mano por la nuca, con una sonrisa que a Pony le recordó a la que ponía de niño cuando lo pillaba haciendo una trastada.

—¿Bromean? —preguntó Casey contagiada de la sonrisa de su hermano.

—No, no lo hacen. En la asamblea de hoy se han tomado medidas especiales para afrontar la situación respecto a los ataques. Y lo primero era nombrar un sucesor.

—Y ese eres tú... —El brillo en los ojos de Pony evidenciaba el orgullo de madre que la invadía en ese momento.

Caleb se limitó a asentir.

—¿Y podemos abrazarte y felicitarte al nuevo rey? —preguntó Allison mordiéndose el labio inferior.

Caleb se perdió en el gesto de su mujer. El día había sido eterno sin poder estar a su lado y ahora solo pensaba en besar esos labios que tanto lo tentaban.

—Claro que sí —dijo abriendo los brazos e invitando a las tres mujeres de su vida a unirse a él.

Los guardaespaldas se vieron obligados a retroceder y mantenerse atrás, mientras ellas lo abrazaban con fuerza.

—Si mi hermano es un rey, ¿eso me convierte en una princesa? —preguntó Casey finalmente tras largos minutos. Su rostro mostró una sonrisa pícaro y coqueta y puso las manos sobre su cabeza haciendo que portaba una corona.

—Tú siempre has sido una princesa —dijo Jake, su marido, llegando

desde la cocina.

Jake llevaba años siendo capataz en el rancho Connor y durante los últimos cinco, y tras casarse con Casey, había asumido muchas más responsabilidades en el manejo del mismo para que Caleb pudiese centrarse en sus obligaciones como jefe de la manada y en la protección de su familia. Él era un simple mortal, pero hacía cuanto podía para ayudar y cumplir con su papel. Imaginaba que el nuevo ascenso a la realeza de su cuñado también le proporcionaría a él un aumento en sus responsabilidades en el rancho, pero no le suponía ningún problema. Así se sentía mucho más útil en una familia llena de habilidades sobrenaturales. Sabía cuál era su lugar y se sentía afortunado.

—Enhorabuena... ¿Cómo debo llamarte? ¿«Mi rey»? —preguntó alzando una ceja.

Caleb rió, dejando que su contundente voz llenase el espacio.

—No si quieres que te conteste. Llámame Caleb, como siempre —repuso él recibiendo el fuerte apretón de manos de su cuñado como felicitación.

Caleb vio de reojo el gesto molesto de uno de sus hombres. Estaba claro que su antecesor en el trono tenía formas distintas de ostentar su cargo. Pero él no iba a dirigir a su pueblo desde un trono, sino en la tierra, con ellos. Y era algo que debían entender cuanto antes.

—Señores, necesito unos minutos a solas con mi familia. Espérenme fuera —ordenó sin apartar la mirada de la de su mujer. Desde que entró por la puerta, había leído la angustia en sus preciosos ojos verdes y estaba seguro de que algo había pasado en su ausencia.

Por suerte su orden fue bien recibida y no tuvo que ser más contundente. Sus hombres salieron y en cuanto la puerta se cerró tras él, fue directamente a rodear el rostro de Allison con las manos.

—Creo que ha llegado el momento de dejar al rey y la reina a solas — dijo Casey tirando de su marido por el brazo para marcharse.

—¡Oh, claro, claro! —respondió Jake, tomando a Casey de la cintura y saliendo con ella.

Pony los miró una última vez, en silencio, antes de imitarlos y salir de allí. No podía imaginar cómo se tomaría Caleb la noticia que iba a recibir después de haber tenido uno de los días más abrumadores de su vida. Y aunque como madre le gustaría estar para apoyarlo e incluso, protegerlo de su dolor, sabía que aquella conversación la debían tener a solas. Allison había tenido la más aterradora de las visiones y las predicciones de una Portadora no eran algo que pudiera tomarse a la ligera. Su nieto estaba en peligro y mucho temía que la solución traería mucho dolor a su familia.

Caleb se apoderó de la boca de Allison en cuanto estuvieron solos. Se fundió con ella en un beso devastador, llevado por la necesidad de ella que había acumulado durante todo el día. Ansiaba su sabor, la dulzura de su boca, la suavidad eléctrica de su lengua y las mil sensaciones que ella le provocaba con cada caricia íntima de la misma. La unión de sus cuerpos, de cualquier forma posible, era puro éxtasis para él, y la necesitaba como jamás había necesitado nada en su vida. Aun así, cuando sintió vibrar el cuerpo menudo de su esposa entre sus brazos, la separó con pereza de él, lo suficiente para perderse en su mirada y comprobar lo que ya sabía; tenía algo que contarle.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿El bebé...? —soltó las preguntas una tras otra.

—Es Noah... —dijo ella en un susurro apenas audible.

Caleb la soltó y se dirigió a gran velocidad hacia la escalera por la que se subía a los dormitorios.

—Caleb, ¡no! Ahora está en su cuarto, duerme plácidamente. ¡No lo

despiertes! —le dijo deteniéndolo por el brazo.

—No entiendo nada. Has dicho que pasaba algo con él.

—Sí, pero no hoy. Lo he visto. Lo he visto esta mañana, en el agua —
repuso ella con la voz cada vez más quebrada.

—¿Qué has visto? —Caleb la tomó por los hombros y vio que sus ojos
se llenaban de lágrimas y angustia.

—Van a venir. He visto a esos monstruos, los mismos que persiguieron
a mi madre el día que me trajo a la tierra para esconderme, venir y llevárselo.
He visto sangre, cuerpos mutilados, destrucción y muerte. Y se lo llevaban,
se llevaban a mi pequeño y no podía hacer nada por evitarlo. Lo arrancaban
de mis manos yertas...

—¡Eso no va a pasar! —dijo él tomando el cuerpo tembloroso de su
mujer entre los brazos y haciendo que posase la cabeza sobre su pecho, que
se alzaba a causa de la violenta respiración.

—Lo he visto... lo he visto... Y ya sabes lo que eso significa.

—Solo que tenemos una oportunidad de salvarlo si actuamos antes. —
Caleb intentó imprimir a su tono la confianza y seguridad que precisaba su
mujer, pero lo cierto era que en su interior se sentía enfermo. La sangre le
bullía como lava hirviendo por las venas y estaba a punto de desatarse la fiera
que habitaba en su interior.

Jamás consentiría que su familia sufriera daño alguno. Nadie le
arrebataría a su mujer y a sus hijos.

—Encontraremos un lugar seguro para los dos, para los tres —dijo
posando una mano sobre el vientre de Allison. Esta, aún con la mirada
nublada por las lágrimas, asintió distraídamente.

Caleb volvió a apretarla contra su pecho y mesó su cabello con dulzura.

—¿Se lo has contado a Dakata? —preguntó él segundos después.

—Por supuesto, es su guardiana.

—Bien —dijo él—. Necesito hablar con ella. ¿Dónde está?

—Aquí —repuso la dhampira bajando por las escaleras, como si hubiese oído cada palabra de la conversación privada que mantenían.

Caleb no se molestó en preguntar si lo había hecho. Hacía tiempo que sabía que nada de lo que pasaba en aquella casa pasaba desapercibido para la chica. Y no le importaba si con ello conseguía mantener a salvo a su hijo.

—Necesito tu ayuda, y no te lo pediría si no fuera...

Dakata levantó la barbilla sabiendo lo que estaba a punto de solicitarle el nuevo rey de los licántropos. En aquella casa no se guardaban secretos, ni siquiera ella lo hacía, y unos días antes cuando entró en comunicación con su hermana, lo primero que hizo fue contárselo a la familia. Todos debían saber que podían haber sido expuestos. Y por la mirada temeraria que recibía ahora mismo del gran lobo sabía que quería que lo volviese a hacer.

—Necesito hablar con los Guardianes y no se me ocurre forma más rápida y efectiva de hacerlo —apuntó él.

—No sé si Dara podría oír mi llamada. No he querido intentarlo siquiera desde que fue ella la que me contactó.

—La sangre es la sangre, no hay nada más poderoso.

—Lo sé —repuso ella.

—¡No puedes ponerla en peligro a ella también! —dijo Allison entendiendo la conversación entre ambos.

—Lo haré —interrumpió Dakata—. Yo daría la vida por Noah.

—En mi sueño no te vi perecer...

—Entonces no estaba haciendo bien mi trabajo —repuso la joven dejándola petrificada.

Allison siempre había sabido que Dakata estaba totalmente entregada a su papel de maestra y protectora, pero la vehemencia de la chica al decir que lo sacrificaría todo por él, la dejó sin palabras. Fue realmente consciente,

entonces, de lo que su hijo significaba para ella.

No pudo más que asentir mientras tragaba una saliva inexistente. Solo esperaba no estar poniendo a más personas en peligro.

CAPÍTULO 10

—¡No puedo hacerlo! No sé lo que pasa. No sé cómo funciona. Lo intento, ¡juro que lo estoy intentando! —Las palabras de Dakata, siempre fría e impertérrita sonaron cargadas de ansiedad.

Llevaban cerca de tres horas intentando contactar con Dara pero por más que se concentraba, no oía nada. La alternativa era un viaje de casi dos días a la base de los Guardianes y no sabían si sería demasiado tarde para todos. Durante aquellas tres horas, Caleb había puesto en marcha todos los protocolos de seguridad del rancho y las inmediaciones al pueblo. Pero la visión de Allison no dejaba lugar a dudas.

—Tranquila, haces todo lo que puedes —le dijo Allison posando una mano sobre la suya.

—No es suficiente...

—No es culpa tuya. Y sé que lo conseguirás —volvió a apuntar Allison con una sonrisa tranquilizadora.

Dakata agradeció sus palabras y tono alentador. Sabía lo mucho que debía costarle mostrar tanto temple cuando estaban tratando de evitar el secuestro de su hijo. Asintió, aunque la impotencia la estaba torturando.

De repente una idea pasó por su mente, sacudiéndola.

—No hay nada más poderoso que la sangre —dijo Dakata con la mirada perdida.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Caleb girándose para encararla.

—Lo ha dicho antes, no hay nada más poderoso que la sangre. Tal vez haya que derramar un poco para que Dara me sienta.

—¿Derramar sangre? ¿Tu sangre? ¡De ninguna manera! —exclamó

Allison yendo hasta su marido para protestar.

—Ya es tarde —repuso él señalado a la chica. Allison giró sobre sus talones y vio que esta había sacado una daga de entre las armas que llevaba adheridas a su mono de cuero, y se apuntaba a sí misma cerca del oído. Antes de que pudiese decir una palabra que la persuadiese, la vio clavarse ella misma la daga.

Un segundo después Dakata gritaba por el dolor, cayendo al suelo de rodillas.

Allison y Caleb corrieron hacia ella. Este la tomó antes de que su cabeza impactase contra el suelo. Allison sujetó sus manos.

—¿Por qué... por qué lo ha hecho?

—Cree que si Dara siente su sufrimiento se pondrá en contacto con ella —repuso Caleb sin apartar la vista de las contracciones de dolor de la chica.

—¿Cómo podría hacerlo? —preguntó Allison apartando el cabello de Dakata de su frente.

—Dara no solo lee la mente, lee las ondas cerebrales, la que recogen todas las sensaciones que percibimos, incluido el dolor. Si está en conexión con su hermana, el dolor de esta al haberse seccionado el nervio trigémino debería hacerla conectar con ella.

—¿Y si no es así? —preguntó mortificada por el estado de la chica, que rechinaba los dientes entre gemidos apagados.

—Sufrirá durante un buen rato para nada.

Allison resopló con fuerza.

—Es impresionante —dijo admirando a la dhampira.

—Sin duda lo es. Sobre todo por lo mucho que quiere a nuestro hijo.

Dakata en el suelo, con la cabeza sujeta entre las manos de Caleb, no era capaz de escuchar una palabra. Tan solo un zumbido ensordecedor y delirantemente doloroso atravesaba su cabeza, tensando los nervios y

músculos del lado derecho del rostro. Sin embargo, ni un solo segundo dejó de invocar a su hermana con la mente. Cuando esta apareció convirtiendo el ruido en un rumor que no llegaba a comprender, intentó incorporarse. Sus músculos faciales no respondían y no conseguía pronunciar una sola palabra. Su capacidad de regeneración se lo estaba tomando con calma, pero recordó que no necesitaba la voz para comunicarse con ella.

Dakata, ¿qué te pasa? ¿Estás bien? Siento tu dolor... Es terrible. Tan fuerte...

Lo siento, hermanita. Necesitaba hablar contigo, pero no sabía cómo llamar tu atención.

No puedo creer que hayas hecho esto para comunicarte conmigo.

Es muy importante. Estamos en peligro. Necesito que me hagas de enlace con el Consejo de la Orden de los Guardianes.

Durante unos segundos Dakata no escuchó a su hermana y temió haber perdido la comunicación. ¿Era eso posible? No tardó en averiguar que se estaba equivocando.

Ya estamos todos reunidos. Habla.

Dakata se dio cuenta de que el dolor iba menguando levemente al tiempo que la voz de su hermana se hacía más fuerte y nítida en su mente. Ladeó la cabeza y se incorporó en el suelo. La elección de las palabras sería determinante en ese momento.

Estamos en peligro, Noah y Allison lo están. Esta mañana ha tenido una visión de proporciones catastróficas. Se producía una matanza y Raynard y sus aliados conseguían apoderarse de Noah.

¡No puede ser! ¡Por todos los dioses, tenemos que hacer algo! ¡Si Noah cae en las manos inadecuadas...!

Las voces se acumularon en su mente, como si de repente se encontrase en medio de la sala de juntas de los Guardianes y pudiese a oír a cada uno de

los asistentes. La mente de Dara estaba actuando como un amplificador que hacía que los escuchase a todos. Era fascinante y sorprendente que hubiese mejorado tanto en tan poco tiempo.

Tienen que viajar al otro lado.

Una voz femenina, muy dulce pero con un fondo áspero, se hizo oír entre las demás. Y el resto quedó silenciado.

Te refieres al... ¿otro lado? ¿Quieres enviar a la Portadora y su hijo al plano mágico?

Esta vez Dakata reconoció la voz como la de Timoleón, el representante semidiós del Consejo.

Así es. Ellos los protegerán, volvió a intervenir la voz femenina.

¡No puedes hablar en serio! No sería la primera vez que Raynard viaja al otro lado para apoderarse de alguien, ya lo hizo con la misma Allison cuando era un bebé. ¿Qué nos garantiza que no lo hará esta vez? Tienen que venir a la base. Este es el lugar más seguro para ellos.

De ninguna manera. La base está llena de refugiados. Víctimas que han sufrido los ataques de esos monstruos. No podemos exponer a la Portadora y su hijo a las masas. Además, Noah es...

¡Calla! ¡No puedes seguir con esa absurda teoría!

Aquel era el grito de Timoleón.

Los elfos no bromeamos. Ya deberías saberlo.

Por el tono, Dakata supo que la tensión en la sala estaba aumentando.

Raynard consiguió entrar en el plano mágico gracias a la ayuda de una ninfa, y desde entonces muchas cosas se han cambiado para que eso no vuelva a suceder. Y ellos los protegerán.

Ellos no intervienen, jamás.

Perdonad que os interrumpa, pero ¿quiénes son ellos?, preguntó Dakata viendo que la discusión no avanzaba.

Los elementales, intervino la voz femenina.

Los creadores del cielo y de la tierra. Los padres de todos nosotros. Habitan en el plano mágico y no se pronuncian desde la creación. Los poderes de todos los seres sobrenaturales vienen de ellos.

¿Y por qué crees que unos seres tan poderosos que no intervienen jamás, van a proteger a Noah y su madre en estos momentos?

No puedo explicar por qué, pero sé que lo harán. ¿Y acaso hay otra opción?

Dakata se pasó la mano por la frente. Realmente ella no veía ninguna.

¿Cómo se pasa al otro lado?, preguntó finalmente a los presentes.

La Portadora sabe cómo hacerlo. Ya traspasó la puerta una vez. Solo debe recordar.

Y tal y como había comenzado la comunicación, esta se rompió instaurándose en su mente un nuevo e inquietante silencio.

CAPÍTULO 11

—¿Al otro lado? ¿Cómo que al otro lado? —preguntó Caleb consternado paseando arriba y abajo por el salón.

—Eso es lo que han dicho —repuso Dakata encogiéndose de hombros —, dicen que allí serán protegidos.

—¿Protegidos por quién? ¿Quién iba a protegerlos mejor que nosotros o los propios Guardianes?

—No lo sé. Han hablado de unos seres llamados... elementales. Jamás había oído hablar de ellos.

—Yo sí —intervino Pony.

Tras la comunicación con su hermana, Caleb había hecho reunir a la familia en el salón, como cada vez que era necesario tomar decisiones importantes. Pony era sin duda la más sabia de todos los presentes. Conocía todas las razas, las magias, poderes e historia. Como antigua chamán de su tribu, su misión había sido la de transmitir dichas historias y conocimientos.

—¿Quiénes son, madre? —preguntó Caleb.

—Para muchas razas son los verdaderos dioses. Para otras son solo leyendas, viejas historias que se cuentan. Nunca se han presentado ante las razas ni intervenido durante la historia.

—Entonces, ¿cómo están tan seguros de que ellos pueden ayudarnos? —preguntó Allison con desesperación.

—Los elfos, al igual que las ninfas, las hadas, los trolls, y muchas otras razas que en su mayoría viven en el otro lado, creen fervientemente en ellos. Creen que son la fuerza que lo impulsa todo. El origen de nuestros poderes. Y de alguna forma, tiene sentido. ¿Acaso no son las náyades hijas del agua? —

preguntó Pony tomando la mano de su nuera que se había sentado a su lado —. ¿No somos los licántropos hijos de la tierra? ¿Las sirenas hijas del mar? ¿Los elfos seres del viento?

—Bueno, sí tiene sentido. Pero aun existiendo, no sabemos si intervendrían en esta ocasión para ayudarnos. ¿Por qué tendrían que hacerlo? —preguntó Caleb.

—No me han dado más datos. No sé qué decir. Pero no estarán solos, yo cruzaré con ellos —dijo Dakata poniéndose de pie. Ya estaba completamente recuperada.

—Y yo —apuntó Casey colocándose junto a la dhampira.

—Lo haremos todos —dijo Caleb.

—Me temo que eso es imposible. En realidad, ninguno de nosotros puede hacerlo, salvo Allison y Noah. Nosotros no somos seres del otro plano. Hemos nacido en el plano terrenal. No podemos atravesar la puerta. Allison nació allí y Noah lleva su sangre, ninguno más podrá hacerlo.

—¡No los dejaré solos! —bramó Caleb que se daba cuenta de que la situación se le escapaba de las manos.

—Mi amor, tú debes quedarte y ocupar tu puesto como rey. Tú raza depende de ti. Y no podrás hacerlo preocupándote por nosotros todo el tiempo.

—Tampoco si no estoy seguro de que estáis a salvo —repuso él posando una mano sobre la pálida mejilla de su esposa.

—Lo estaremos. Es la única opción que nos queda. Y debemos hacerlo pronto. La oscuridad se cierne sobre nosotros a gran velocidad.

—¿Y cómo llegaréis hasta allí? ¿Cómo se pasa al otro lado?

—Cuando mi madre quiso ponerme a salvo lo hizo desde Irlanda. Saltando desde el Árbol de la Vida.

—Viajar a Irlanda en este momento puede ser incluso más peligroso que

quedarse aquí. Demasiadas variables y frentes que cubrir y proteger.

—¡Y para eso estoy yo! —exclamó, apareciendo de repente en el salón de los Connor una chica pequeña, con el cabello a mechones teñido de rosa y turquesa, y gafitas de pasta ocupando casi por completo su pequeño rostro.

Los gruñidos no se hicieron esperar. Caleb, Casey y Pony se pusieron en alerta ante lo que parecía la amenaza de una intrusa, hasta que vieron a Dakata ir hacia ella lentamente, con gesto pasmado.

—¿Aubrey? —preguntó parpadeando a gran velocidad— ¡Aubrey! ¿Qué haces aquí? —preguntó tomándola del suelo y abrazándola.

—¡Por todos los dioses! ¿Desde cuándo eres tan efusiva? —preguntó la enana, alucinando.

Dakata se limitó a depositarla en el suelo nuevamente y encogerse de hombros con una sonrisa. Hacía casi seis años que no tenía contacto directo con ningún otro miembro de la Orden de los Guardianes y se había alegrado más de lo esperado, sorprendiéndose incluso a sí misma. Se dio cuenta de que el resto de presentes las miraban, impacientándose y elevando las manos, los tranquilizó.

—Aubrey forma parte de la Orden de los Guardianes. Trabaja para ellos como analista e informática.

—¿Y en qué nos va a ayudar a nosotros una informática? —preguntó Casey.

—También soy enana. Y mi poder es flashear.

—¿Flashear? —preguntó Allison, alucinada.

—Se transporta de un lugar a otro— aclaró Dakata.

—¡Exactamente! —afirmó la pequeña chica levantando las manos, acompañando el gesto con una gran sonrisa—. Y puedo llevaros donde queráis en un pestañeo.

—¿Te han enviado los Guardianes? —preguntó Caleb, aún sorprendido

con la noticia—. Perdona, pero no te he visto en la base las veces que la he visitado.

—No me lo tomaré como algo personal, señor Connor. Suelo pasar desapercibida entre los seres que se congregan allí. Yo, por supuesto, sí que le visto a usted. Y no, no me envía el Consejo. Yo me entero de todo lo que pasa en la base, y al saber el problema que tienen pensé que podían necesitarme. Puse al corriente tanto a Dara como a Nyree, y ambas estuvieron de acuerdo. —Hizo este último comentario mirando directamente a Dakata, mientras se deslizaba las gafas por el puente de la nariz para colocarlas en su sitio—. Cuando estén a salvo, yo misma haré correr el rumor de que ni la Portadora ni Noah siguen aquí. Y nadie vendrá a buscarlos. Todos estarán a salvo.

Los suspiros aliviados llenaron el salón.

—Gracias, Aubrey. Sin duda eres nuestra mejor opción —dijo Dakata fijando su mirada violeta en ella.

—Muchas, muchas gracias —repitió Allison acercándose a la chica y abrazándola con fuerza.

—¡Vaya! Nunca me habían abrazado tanto —exclamó sorprendida.

—Así somos los Connor, con el tiempo te acostumbras.

La voz infantil sorprendió a todos los presentes, que se giraron hacia la entrada y vieron a Noah allí parado. Con su pijama de cohetes espaciales y bajo el brazo su peluche favorito; un conejito gris al que llamaba *Chiflado*.

—¿Es hora de irnos? —dijo Noah—. Antes de que vengan los monstruos.

CAPÍTULO 12

—¡Hola, preciosa! Sabía que tarde o temprano no podrías resistirte a mis encantos.

Nyree, que aún no podía creer que estuviese llamando a Aiden, puso los ojos en blanco y suspiró con fuerza. No es que le molestase oír la voz sexy y grave del demonio, pero si se había decidido a llamarlo no era para caer por fin en sus redes de seducción, sino para hablar con Constantine. Noah estaba en peligro, el Consejo estaba en guardia, las cosas se estaban acelerando y complicando y su amigo y antiguo jefe debía saber lo que estaba pasando. El Consejo había prohibido expresamente la comunicación con Constantine, pero tampoco era la primera vez que desobedecía una orden directa, ¿verdad?

—Lo siento, guapo, pero no he llamado para hablar contigo —le dijo en tono meloso.

No lo iba a negar, le gustaba jugar con fuego demoníaco, pero sin quemarse. No tenía intención de que le chamuscasen el corazón.

—Este es mi número.

—Lo sé, pero es con Constantine con quien quiero hablar —repuso con seguridad.

—No sé nada de Constantine —respondió el demonio, intentando utilizar su tono más firme. Sabía que Nyree era leal a su amigo. No dudaba de ella, pero no sabía si estaba siendo coaccionada. Constantine también era su amigo y había jurado protegerlo.

—Sé cómo funciona su mente. Lleva años luchando y cuando desapareciste, supe que estaba quemando su último cartucho. No me hagas rogártelo, de veras necesito hablar con él. Es cuestión de vida o muerte.

Las últimas palabras de la chica casi le helaron la sangre en las venas.

—¿Más a vida o muerte de lo que lo han estado los últimos años?

—Definitivamente. El momento que hemos estado temiendo durante tanto tiempo ha llegado.

Aiden asintió, a pesar de que sabía que Nyree no podía adivinar su gesto. Tragó saliva y se pasó la mano por la barbilla, encuadrada por una molesta barba de varios días. Y dejando salir el aire lentamente de los pulmones, decidió aceptar.

—Un momento, preciosa —terminó por decirle. Y fue derecho a los aposentos de su amigo, en el otro lado del monasterio.

Cuando Constantine abrió la puerta de su celda, lo último que esperaba encontrar era un teléfono móvil frente a su rostro. En un lugar como aquel, tan austero como espartano, lo primero que había hecho a su llegada era deshacerse de todo dispositivo que pudiese ser rastreado. Para comunicarse con la base usaba métodos tan arcaicos como palomas mensajeras. Y se sorprendió tanto que dio un paso atrás. Aiden aprovechó la duda para dar un paso al frente y autoinvitarse a entrar. Cerró la puerta tras él y dejó el aparato sobre el escritorio de madera del cuarto.

—Es Nyree, dice que tiene noticias importantes. Ha insistido mucho, creo que deberías hablar con ella.

—Ya lo creo que debería, si no soy capaz de ir a por él y... —La voz de la chica quedó amortiguada por la palma de la mano de Aiden, que tapó el micrófono.

—¿Cómo te ha convencido para que me la pases? ¡Esto es peligroso para ella, lo es para todos! —dijo Constantine a su amigo.

—Las palabras «vida o muerte» han tenido bastante que ver. Lo siento, amigo, pero parece que el tiempo de dudar ha terminado. La batalla final nos

espera.

El rostro habitualmente pálido de Constantine perdió absolutamente todo el color. Puso ambas manos, entrelazadas, en la nuca y bajó la cabeza sintiendo cómo aumentaba el peso que cargaba a sus espaldas. Su siguiente pensamiento fue para Dakata, y cogió el teléfono, temiendo cada palabra que escucharía a continuación.

CAPÍTULO 13

Allison, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada, acompasó el ritmo de su corazón a la respiración profunda y pausada. No fue difícil conectar con la parte mágica de su esencia, mucho menos frente al Árbol Sagrado de la Vida. Nada más llegar, los primeros minutos fueron para contemplar el gran esplendor del ejemplar milenario que, en medio del bosque, se elevaba majestuoso. Si no hubiesen ido hasta allí para tener que dividir a su familia, con la angustia que aquello conllevaba, podrían haberse pasado días solo admirando la forma en que las hermosas hojas que cubrían las ramas tornaban de verde a dorado y volvían a teñirse del verde más fascinante. Además, si uno estaba el suficiente tiempo analizando sus ramas, podía apreciar cómo estas cambiaban de posición y forma mientras el quejido suave de la madera formaba un murmullo que se iba con el viento. Era sencillamente sublime.

Pero no estaban allí para deleitarse con semejante espectáculo, Allison debía recordar cómo atravesar el portal que los llevaría a ella y a su hijo al otro lado, a salvo. De repente sintió la mano de Caleb tomar la suya y sus dedos entrelazándose en una unión cálida e íntima que la hizo sentir protegida. Y entonces su mente se llenó de imágenes; las de la noche en la que su madre, huyendo de Raynard y sus secuaces, traspasó con ella en brazos el portal para llevarla al lado terrenal. Cuando en su mente, su madre escaló el gran árbol con gran facilidad, frunció el ceño. No sabía si ella sería capaz de hacer algo así. Y entonces, sobre las ramas altas y con sus perseguidores en la base, saltó al vacío. A medio camino, sus cuerpos desaparecieron. Confusa, parpadeó varias veces y abrió los ojos.

—No podemos esperar más. Hay que hacerlo ya. Si Raynard está usando rastreadores... —dijo Aubrey mirando a un lado y a otro temiendo que los fuesen a encontrar.

Caleb asintió y abrazó a Allison y a su hijo con fuerza, recogiéndolos a ambos entre sus brazos. Se le partía el corazón teniendo que dejarlos partir. Desde que Allison y él se casaron no habían vuelto a separarse más de dos días. Y esta separación era indefinida. Noah tiró de su camisa e intentando aparentar una seguridad que no sentía se agachó ante él.

—Papá, todo va a ir bien —le dijo su hijo posando una mano sobre su pecho, como un gran hombrecito. Uno con mucha más entereza que la suya. Admiró la paz que reflejaban sus preciosos ojos de color indescifrable y no pudo menos que sonreír llevado por el orgullo.

—Claro, hijo. Todo irá bien. Y muy pronto volveremos a estar juntos.

El niño rodeó su cuello con ambos brazos y lo abrazó con fuerza, apoyando la mejilla en su hombro. El corazón de Caleb se llenó del amor que le profesaba.

—Tienes que ser un chico grande y cuidar de mamá —le dijo Caleb levantándose y tomándolo de la barbilla.

—No puedo hacerlo, papá. Mamá no puede venir.

Allison, Caleb, Aubrey y Dakata lo miraron con estupefacción.

—¿Qué dices, hijo mío? —Esta vez fue Allison la que se agachó y lo tomó de las manos para mirarlo fijamente a los ojos.

—Como el bebé está dentro de ti no es seguro que vengas conmigo. No podrás cruzar.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Dakata.

Noah se encogió de hombros.

—Solo lo sé. No podrás cruzar, mamá.

Por alguna razón, Allison supo que su hijo no estaba equivocado.

Colocó una mano sobre su vientre y la otra fue a sus labios, donde ahogó un sollozo. La separación de Caleb era dolorosa, pero el padecimiento de apartarse de Noah era imposible de soportar. No podía hacerlo, no podía dejar que su niño fuese al otro lado, completamente solo.

En un acto desesperado, Allison se acercó al gran tronco del árbol y posó la mano sobre él para calcular la mejor forma de escalar por sus ramas. Pero la corteza le dio una descarga que recorrió su brazo dejándolo agarrotado. Caleb corrió hacia ella cuando gritó por el dolor.

Noah fue hasta el tronco e imitó el gesto de su madre, aprovechando que todos estaban centrados en atenderla. Para cuando fueron conscientes de las intenciones del niño, él ya había tocado el tronco y una luz azulada rodeaba su mano y su brazo. Giró el rostro y sonrió al resto.

—Es agradable. Quiere que vaya con él.

—¡Nooooo! ¡No voy a dejar que vayas solo! —gritó Allison desesperada.

—No podemos esperar más —dijo Dakata. No quería apresurar a la familia, pero su prioridad era Noah. Deseaba que Allison estuviese a salvo, pero no tenía tiempo para divagar.

Mientras los adultos seguían debatiéndose, Noah elevó una pierna y una de las ramas se inclinó para servirle como escalón. En pocos segundos las siguientes ramas fueron colocándose ante sus pies y manos haciendo que escalase con suma facilidad.

—¡Noah! —El grito de Allison con los brazos en alto estaba cargado de desesperación. Veía alejarse a su pequeño sin poder hacer nada por evitarlo.

Caleb la sujetó con fuerza por la cintura, impidiendo que volviese a tocar el tronco, sin apartar la mirada de su hijo que seguía escalando con una facilidad asombrosa el gran tronco del árbol.

—¡No puede ir solo! ¡No sabemos qué hay al otro lado! Es muy pequeño... —Las frases se iban agolpando en los labios de Allison,

reproduciendo lo que todos pensaban, pero no se atrevían a verbalizar.

Dakata miró a la Portadora, en el suelo, destrozada ante la separación de su retoño. Caleb sintiéndose completamente roto e impotente, y Aubrey sumida en la confusión.

Y supo lo que tenía que hacer.

Tal vez moriría en el intento, pero lo haría por él. A ella tampoco le hacía gracia, como guardiana, abandonar a su protegido.

El niño casi había llegado a la parte más alta del árbol y ella, tras mirar a los Connor, saltó sobre el tronco para intentar alcanzarlo. Nada más posar las manos sobre la superficie áspera y rugosa, la descarga la atravesó con fuerza, agarrotando sus brazos e inmovilizándola. Oyó el grito de Allison al tiempo que el dolor atravesaba sus extremidades. Y con un gruñido, miró hacia arriba, para ver a Noah a algunos metros. Nada iba a conseguir detenerla y utilizando cada ápice de fuerza en su interior, separó unos centímetros la mano derecha, cuya piel quedó pegada al tronco, y la colocó un poco más arriba. El dolor lacerante de las heridas en carne viva era terrorífico, pero no se detuvo. Apretó las mandíbulas y separó la otra mano para repetir la operación. Con cada pequeño ascenso, perdía parte de la masa de las partes de su cuerpo en contacto con el árbol, que se negaba a dejarla avanzar.

No se detuvo, había jurado dar la vida por él. Y lo haría, aunque fuese lenta y agónicamente, como en ese momento. Unos pasos más y volvió a mirar a Noah. Este se había detenido y apenas los separaban un par de metros de distancia. Volvió a estirar el brazo, y entonces lo vio lanzarse al vacío, sobre ella. No tuvo tiempo de reaccionar. Lo siguiente que sintió fue el cuerpecito del niño caer sobre ella a gran velocidad. El golpe fue seco y lo abrazó, temiendo que se hubiese dañado. Ambos se precipitaban contra el suelo y cuando esperó que llegara el impacto, cerró los ojos. Tras un par de segundos, sintió que algo había cambiado. El aire que los rodeaba era más

frío. Abrió los ojos y la luz la cegó por un momento. Cayeron en el suelo, sobre un manto de hojas que los recibió como una mullida cama.

—¿Estás bien? —preguntó al niño, inmediatamente, intentando controlar la respiración. Aún no podía creer que lo hubiesen conseguido.

—¡Sí! ¿Has visto? ¡Este sitio es una pasada! —dijo él levantándose y elevando los brazos para intentar atrapar entre sus manos las pequeñas hojas doradas que caían del árbol, como pequeñas y volátiles joyas.

Dakata miró al cielo y se quedó sin respiración. Era como ver los ojos de Noah, con su infinidad de tonalidades cubriéndolo todo. Los dorados, verdes, azules, turquesas, grises... todos se mezclaban en hebras de colores y multitud de destellos blancos y azules flotaban en el aire. No había duda de que habían cruzado al otro lado.

Sangrando aún por manos, codos y rodillas se incorporó para levantarse, sin poder evitar que una mueca de dolor asomara a sus labios. Sacudió la cabeza para apartarse el cabello de la cara y entonces, como salidos de la nada, los vio: cuatro seres altos y espigados la apuntaban con lanzas doradas, rodeándola. Eran tan blancos como la nieve, y sus cuerpos parecían hechos de ramas entrelazadas. Las muescas de la madera dibujaban unos rostros de rictus impertérrito. Lo primero que pensó fue que aquellos seres la separaban de Noah, que ahora estaba indefenso.

No se lo pensó, y sin hacer caso al dolor de las heridas invocó su katana Draka. Tomando una postura de ataque, la elevó para dejar claro que estaba dispuesta a luchar.

—¡Noaaaahhh! No te muevas de donde estás. ¡Quieto! —El niño se dio la vuelta para descubrir la escena.

Para sorpresa de Dakata, él obedeció.

—No he venido a haceros daño. Buscamos refugio, protección para él —dijo señalando al niño.

Las criaturas ni se inmutaron. Solo tenían la vista fija en ella, como si Noah no existiera. Estaba claro que, para ellos, ella era la intrusa, la amenaza. Aquel no era su mundo. No tenía sangre de alguna de las razas del plano mágico. Respiró con alivio. Si Noah no era una amenaza no le atacarían. Desactivó su espada y adoptó una postura más sumisa, bajando los hombros y la cabeza, en señal de respeto.

—Maestra... —la voz de un hombre llegó hasta ella y levantó el rostro.

La mirada violeta de Dakata se entornó hasta convertirse en dos líneas suspicaces, clavadas en el recién llegado. Cuando este posó una mano sobre el hombro de Noah y ambos se miraron sonrientes, se quedó sin aire en los pulmones.

CAPÍTULO 14

Un leve movimiento de la mano del hombre joven que tenía ante ella hizo que las enormes criaturas que la custodiaban se apartasen, dejándola en libertad. Aún así, no consiguió moverse un centímetro. En su interior una voz le gritaba que se trataba de él, pero no podía creerlo. Deslizó la mirada por el cuerpo del hombre. Era joven, debía ser poco mayor que ella, que contaba veintitrés años. Era alto y atlético. De espaldas anchas, cintura estrecha y largas piernas enfundadas en un vaquero azul desgastado. En medio de la confusión mental consiguió preguntarse si era habitual vestir con vaqueros en el plano mágico. Frunció los labios y siguió con la inspección. El hombre llevaba una camisa blanca que contrastaba con su tez ligeramente bronceada. La enorme sonrisa resplandecía en un rostro bello y masculino. Tenía la mandíbula marcada, labios carnosos y unos ojos que habría podido reconocer en cualquier lugar.

—Sí, soy yo —dijo él con una aterciopelada voz que le caldeó el corazón.

—No puede ser... —se limitó a responder ella bajando la vista hasta *su* Noah. Su pequeño y dulce Noah.

El niño le sonrió, como siempre lo hacía, con esa mezcla de inocencia y picardía que la hacía sonreír a ella también. Y cuando el hombre repitió el gesto idéntico, ella también lo hizo, incrédula y nerviosa.

—Eres tú. Realmente eres tú —dijo dando un paso más hacia él.

—Sí, lo soy —dijo el niño.

Y el Noah adulto fue hasta ella y la rodeó con sus brazos, recogéndola entre ellos. Como esa misma mañana había hecho ella con el niño. Se sentía

extraña al ser rodeada por su alumno, pero la sensación que abrigó su corazón fue exactamente la misma. Era él, no había dudas. Pero ahora las preguntas se agolpaban en su mente por decenas. Cerró los ojos e inhaló lentamente antes de separarse de él para encararlo.

—Bien, como truco de magia no tiene precio. Pero necesito saber qué está pasando. ¿Cómo es posible que estés aquí, así? —preguntó señalándolo de arriba abajo.

—Tranquila, todo quedará claro ahora mismo. Seguidme. Os estábamos esperando —apuntó el Noah adulto comenzando a caminar.

Dakata llegó hasta su pupilo, lo tomó de la manita y siguió al mayor, sin dejar de apreciar la belleza de cuanto les rodeaba. El sendero por el que los conducía estaba poblado de vegetación y las más hermosas y extrañas flores que ella hubiese visto jamás. Los colores eran tan radiantes que se le hacía imposible no detenerse a observar cada espécimen. Alargó la mano para acariciar la superficie en apariencia acristalada de una flor y cuando estaba a punto de hacerlo, esta se abrió de repente y de su interior comenzaron a salir, brotando por decenas, flores más pequeñas de aspecto frágil y consistencia semitransparente. Cuando tuvo una a la altura de su rostro, se dio cuenta de que no era una flor, sino una criatura del tamaño total de una de sus uñas. Apartó el rostro hacia atrás, y la risa burbujeante de Noah se hizo notar en mitad del silencio.

—Cuidado, la mordedura de las Doxys duele durante días —les dijo el Noah adulto y ambos dejaron de sonreír y apresuraron el paso, con cuidado de no entrar en contacto con ninguna de las hermosas criaturas, que parecían seguirlos con sus miradas rasgadas tan negras como la noche.

El resto del corto camino lo hicieron en silencio, sin dejar de observar cada pequeño cambio que se producía en el entorno a su paso. Cruzaron entre dos árboles de color azul, cuyo tronco estaba cubierto de una especie de

pelusa rosácea, y de repente la oscuridad se cernió sobre ellos. Dakata acercó a Noah a su cuerpo, pegándolo a su costado y protegiéndolo bajo su brazo. A los pocos segundos, la visión de ambos se acostumbró a la oscuridad y pudieron ver la puerta a la que se dirigía su guía. Al atravesarla, entraron en la nada más absoluta.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Dakata y su voz sonó acompañada por un eco lejano.

—Es el lugar donde confluyen el espacio, el tiempo y el pensamiento —dijo el Noah adulto.

—Pero... si no hay... nada —apuntó ella mirando en torno a ellos. Todo era tan blanco y radiante que no entendía cómo sus ojos eran capaces de asimilar tanta luz.

—En realidad estamos sumidos en el todo —volvió a contestar Noah.

—Pues no lo entiendo.

—Es lógico. No es un concepto fácil de asimilar. Tan solo debes saber que este es el sitio más seguro que existe. Tan solo se puede entrar en el todo acompañado de uno de nosotros.

—¿Vosotros? —preguntó Dakata.

—Uno de los elementales. Los creadores de la vida y los regidores de los mundos.

—¿Soy un elemental? —esta vez fue el Noah niño el que se pronunció con gesto fascinado.

—Lo serás, cuando alcances todo tu potencial.

Dakata escuchó la afirmación alucinada, pero fue incapaz de preguntar cuando vio a cuatro seres aproximarse a ellos, cada uno desde una dirección. Caminaban sobre la nada, como flotando sobre ella y sus apariencias eran tan dispares como sorprendentes. Aun así, y sin haberlos visto jamás, Dakata no tuvo duda de que aquella cuya piel mutaba como lo hacía el océano azotado

por la tormenta, o bajo la calma de un día sosegado, era el elemental del agua. Los ojos llameantes y piel carbonizada llena de vetas incandescentes, era el elemental del fuego. El elemental de la tierra olía como lo hacía el campo tras un día de lluvia, y su piel salpicada de musgo verde, relucía como si estuviese bañada por el rocío. El elemental del aire era sencillamente sobrecogedor. La bruma que formaba su cuerpo cambiaba de forma elevándose y girando en ángulos imposibles. Tan pronto se convertía en una torre inmensa como se encogía en una esfera que parecía atesorar una energía devastadora.

—Yo soy el elemental del tiempo —dijo Noah, respondiendo a la pregunta que se formulaba en su mente desde que él mismo se incluyó en aquel pequeño pero poderoso grupo—, manipulo el tiempo, las distintas capas y planos temporales y mantengo su equilibrio, entre otras cosas...

—Como si eso solo, de por sí, no fuera suficiente —ironizó Dakata con la boca abierta.

El Noah adulto sonrió.

—Por eso sabía que vendrías. He regresado de mi plano temporal para recibirlos —aclaró.

—¿Voy a quedarme aquí? —preguntó el Noah niño.

—Solo por un tiempo. Aquí estarás a salvo. Nada ni nadie puede dañarte. —Dakata se quedó de piedra al percibir el mensaje que venía de la elemental del agua.

—Pero tú tendrás que marcharte. No perteneces a este mundo. Te hemos dejado llegar hasta aquí y vivir solo porque apreciamos tu valor, entrega y sacrificio. —Esta vez quien se pronunció fue el elemental de la tierra, dirigiéndose a ella.

—Pero yo regresaré contigo —anunció el Noah adulto dejándola pasmada—. Aunque los elementales no intervenimos en la tierra, el equilibrio corre peligro como nunca antes lo ha hecho. Y debo garantizar que

permanezca indemne.

Dakata no supo qué responder. No sabía cuáles serían los poderes del Noah desarrollado, pero el solo hecho de estar allí, hablando con él, ya le hacía sentir que había esperanza.

—Sí es así, deberíamos marcharnos ya. No sé cuánto tiempo llevamos aquí, pero tu madre y muchas otras personas están en serio peligro en este momento.

Noah, el elemental, asintió sin menguar la sonrisa. Y ella se agachó para arrodillarse a la altura de su pequeño pupilo. Apoyó la frente en la suya durante un segundo y finalmente lo besó. Cuando estaba a punto de levantarse, el niño la rodeó con sus brazos, apoyando la cabeza en su hombro.

—Volveré a por ti —dijo ella guardándose la emoción del momento.

—Te estaré esperando —repuso el niño con voz suave.

Dakata se incorporó y en un gesto rápido y disimulado, limpió la lágrima que imprudentemente surcaba su mejilla. Después se colocó junto al Noah adulto. Lo vio despedirse con la mano de su versión infantil y ambos se sonrieron.

Estaba contemplando esa sonrisa cuando sintió la mano del Noah adulto aferrarse a la suya. Después todo se volvió negro, y se sintió caer al vacío. Un pestañeo más tarde, el entorno volvía a ser familiar para ella y sus pies tocaban el suelo del bosque en Irlanda en el que se habían separado de los Connor.

Agazapada de cuclillas elevó el rostro y los vio allí, con los rostros desencajados por el dolor y el llanto de la separación. Como si todo lo vivido desde su marcha hubiese sido producto de su imaginación.

—No has conseguido pasar con él... —dijo Allison en tono quedo.

—¿Dónde está mi hijo? Habéis desaparecido y pensábamos que lo habíais logrado los dos, pero has vuelto a aparecer —dijo Caleb, lleno de

confusión acercándose a ella.

—Y lo he hecho, he cruzado con él al otro lado —apuntó ella.

—No es posible. Solo has desaparecido un segundo y has caído — repitió él, sin entender nada.

Allison volvió a llorar con desesperación, y Dakata miró a un lado y a otro en busca de una explicación. Y entonces el Noah adulto cayó junto a ella, y la sorpresa dio lugar a la estupefacción. Aún más cuando pronunció sus primeras palabras.

—Mamá, papá... He vuelto.

CAPÍTULO 15

Raynard lanzó el cuerpo del elfo por los aires, haciendo que impactara contra uno de los puestos del mercadillo medieval que celebraban en la aldea y que este quedara destrozado por la colisión. Los asistentes corrían aterrorizados a esconderse. Él sonrió, pasándose el dorso de la mano por la boca para limpiar el reguero de sangre que descendía por su barbilla después de haber destrozado el cuello del elfo, desgarrándole la carótida. Le encantaba ver correr a las víctimas. La adrenalina en su sangre hacía que estuviesen aún más deliciosos. Era como poner un estimulante en la bebida.

Aquel había sido otro ataque fallido. Le habían dicho que el jefe de aquella pequeña comunidad afincada en la Provenza francesa tenía información sobre el paradero de su hijo, pero tras torturarlo descubrió que no era más que otra pista falsa. Aun así, no iba a dejar que el viaje fuera una auténtica pérdida de tiempo y decidió que se darían un festín. La sangre de elfo no tenía nada de especial, pero en su interior, la rabia de haber sido humillado por el Dragón le hacía necesitar algo con lo que desfogarse. Aquellos seres de orejas ligeramente puntiagudas y miradas huidizas no representaban una gran amenaza y mucho menos presentaban una batalla digna siquiera de considerarla un calentamiento, pero ver correr la sangre siempre le arrancaba una sonrisa.

Los años habían aplacado su lado más sanguinario, mucho más que el de su amigo Kendrick, pero esa noche necesitaba resarcirse. La furia lo había poseído y no se saciaría hasta ver convertida en cenizas toda la aldea. Caminó por la calle principal del mercadillo de alegre colorido con ambos brazos alzados, llenándose de la energía electrizante que provocaba el terror. Esta sí

que no había cambiado a lo largo de los siglos. Habían sido muchas las batallas enfrentadas y muchas las incursiones devastadoras que había hecho hasta la fecha, y podía decir que esta era la parte que más disfrutaba. Le parecía hasta poético atesorar en la retina los últimos segundos de vida de las víctimas. Sencillamente orgásmico.

Por aquella razón, y porque sabía que no había nada mejor que una matanza para tener contentos a los aliados sedientos de sangre, iba a disfrutar de cada muerte que se produjera aquella noche.

—Y dime, ¿por qué no está nuestro nuevo amigo disfrutando con nosotros de la fiesta? —le preguntó Kendrick tras deshacerse del cuerpo de una mujer a la que acababa de desangrar y desechar como el que tira una lata de refresco tras apurar la última gota.

El recuerdo del Dragón hizo que Raynard apretase las mandíbulas y que agarrase a una joven que no debía superar la pubertad, aferrándola por el cuello. No le había contado a Kendrick lo ocurrido en el templo del milenario vampiro. No iba a airear la humillación a la que había sido sometido, ni minar de esta manera la autoridad que ejercía sobre los demás. Estrujó el cuello de la joven sintiendo cada uno de los huesos quebrarse en su mano y la lanzó como a un despojo. Acababa de perder el apetito, pero su ansia de destrucción habría crecido exponencialmente.

—Dice que tiene sus propios métodos para conseguir los objetivos — señaló con voz hueca de emoción.

—Mientras nos acompañe en la batalla final, no hay problema. — Raynard no se pronunció esta vez—. Y él se lo pierde, estoy seguro de que sus métodos no son tan divertidos como los nuestros.

El hecho de que el Dragón no hubiese mostrado interés en participar en los ataques, en un primer momento le pareció un insulto. Una muestra más de la superioridad que creía disfrutar sobre él. Pero en ese momento sentía hasta

alivio. De la misma manera que él desechaba los cuerpos de aquellos insignificantes elfos, el Dragón lo había lanzado sobre el suelo, violado su mente y despedido con una frialdad desdeñosa. Pero, aunque la humillación había sido un duro golpe, lo peor era no saber qué estaría haciendo en realidad. ¿Cuánto habría leído de su mente que él desconocía? Le había ocultado la información que tenía sobre el paradero de sus hijas, pero no había podido ocultar el interés que tenía en encontrar a su hijo, y la posibilidad de que el milenario vampiro se le adelantara después de los años que había dedicado a planificar esa guerra, era algo que sí conseguía enfurecerlo hasta querer arrasar el maldito planeta.

Por eso, nada más salir del templo del Dragón, había tomado una decisión; Necesitaba un golpe de efecto para dominar a su nuevo aliado y ese era hacerse con una de sus hijas. La información que había conseguido revelaba que Dara seguía bajo la protección de los Guardianes y eso hacía que el acceso a ella fuera prácticamente imposible en ese momento. Pero Dakata estaba con los Connor, y estos habían convertido su hogar en una fortaleza en apariencia inquebrantable.

Otra sonrisa paseó por sus labios. Justo antes de comenzar aquella pequeña incursión en busca de pistas sobre el paradero de su hijo había sido informado de que Caleb Connor acababa de ser nombrado rey de los licántropos, algo que molestaba a algunos miembros de su raza al no considerarlo digno de semejante cargo. Y si alguien era experto en sacar provecho del descontento y las inmundicias de los demás, ese era él. En los últimos meses había conseguido aliarse con algunos de los insurrectos entre los licántropos. Y este era el momento de utilizarlos. Los usaría para atacar el rancho de los Connor por sorpresa. Mataría al nuevo rey y tomaría a la Portadora, su vástago y a Dakata como rehenes.

El Dragón se lo pensaría dos veces antes de volver a vejarlo. Solo había

un líder en aquella guerra, y era él.

—Se acabó la fiesta. Suelta a los perros, no quiero que quede nada de este maldito poblado. Cuando terminen de alimentarse, quémalo hasta los cimientos —dijo perdiendo cualquier tipo de interés en aquella sangría. Ya solo podía pensar en sus siguientes víctimas.

CAPÍTULO 16

Constantine admiró por última vez el paisaje montañoso que rodeaba el monasterio español en el que se había estado escondiendo los últimos cinco años. Había escogido aquel emplazamiento solitario de la provincia de Burgos por su paz y quietud. Que estuviese aislado del mundo haciendo que solo una decena de personas hubiesen estado en contacto con él durante aquel tiempo, también había sido determinante. Podía decir que los últimos años allí habían sido los más duros de su existencia. Ni siquiera los que pasó en La Colmena, donde su vida pendía de un hilo cada día, se podían comparar. Pues durante aquellos años de adiestramiento había tenido a Dakata. Se había perdido en su mirada violeta a diario, había buscado cualquier pequeño contacto con ella, que era lo que le daba sentido a su existencia. Allí, sin embargo, tan solo su recuerdo había hecho que no perdiera la cabeza. La esperanza de recuperar su vida, de encontrar una solución y volver a su lado, habían conseguido mantenerlo con vida.

Pero ya no le quedaba nada.

No había esperanza, la batalla final acechaba y él seguía siendo el mayor peligro para la humanidad.

Tras la conversación con Nyree había quedado destrozado. Sabía que su amiga solo quería avisarlo y hacer que volviese a la base de los Guardianes, pero no podía hacerlo. No podía exponer a sus ocupantes a más muerte y devastación. De hecho, no había sido consciente del alcance de la destrucción que habían sufrido los pueblos hasta que Nyree se lo había contado todo. Los Guardianes lo habían mantenido informado, o al menos eso había creído. Sabía que había habido mucho ataques y víctimas, pero no había sido

consciente de la envergadura de los mismos hasta que Nyree le dio la cifra de muertos y le explicó que el siguiente ataque de su progenitor iba dirigido al rancho de los Connor. La única explicación que encontraba para que hubiese decidido hacerlo ahora era que se había cansado de esperar y buscaba a su prometida para dar con él.

Ante Nyree se había mostrado más entero de lo que se sentía en realidad. Había mantenido esa fachada incluso con Aiden. Al despedirse de él, había llegado a revelar una pequeña sonrisa a su amigo, pero en su interior estaba tan roto y destrozado que no podía soportarlo más.

Se sentó frente al austero escritorio de su celda y tomó todo el aire que pudieron atesorar sus pulmones antes de coger la pluma y el folio en el que iba a vaciar su corazón. Una voz en su interior le advertía del dolor que aquella carta iba a infligir en las personas que más quería. Y pensar en ello aún desgarraba más su corazón. Había evitado ese momento a toda costa, pero seguir adelante y volver a la base de los guardianes le parecía la salida más cobarde. No podía dejar que nadie más sufriese por su culpa. No solo estaba la vida de Dakata en juego, sino la del pequeño Noah, la de la Portadora y las de todos los que estuviesen con ellos. Si Aiden siguiese allí con él insistiría en el hecho de que no eran sus manos las que estaban diezmando vidas inocentes. Y efectivamente entendía que no había más culpable que su progenitor. Aún así, ninguna de aquellas atrocidades se habría llegado a perpetrar de no ser porque lo estaba buscando a él.

Se pasó la mano por el cabello, algo más largo de lo normal y luego por su rostro antes de escribir las primeras palabras. «Mi amada Dakata». Tres palabras que no conseguirían jamás expresar lo que ella significaba para él. Su precioso rostro inundó su mente y perderse en el recuerdo de cada pequeño detalle de su fisonomía hizo volar la pluma sobre el papel, trazando en palabras los sentimientos más desgarradores que albergaba en su corazón.

Con cada frase escrita sentía que una parte de él lo abandonaba para siempre. Cuando el dolor en su pecho se hizo tan insoportable como para dejarlo sin aliento, se detuvo, sintiendo cómo este atravesaba todo su cuerpo y recorría sus manos llegando a latir finalmente en las yemas de sus dedos. Apretó los puños con fuerza. Aunque miraba el papel, no consiguió distinguir las líneas de su caligrafía sobre él, pues la visión se le nubló a causa de las lágrimas. En aquel pedazo de papel había mensajes para su madre, para Dara, para Nyree y definitivamente para Dakata, su eterno amor.

Se levantó del escritorio y caminó por la pequeña celda hasta llegar a la pared de piedra, junto a su camastro. La rabia y la impotencia le hicieron golpear con fuerza la roca y un gruñido escapó de su garganta. Ninguna merecía una despedida como aquella. Unas frases en un papel que apenas conseguían expresar lo que significaban para él, y sin embargo, aquella maldita carta era cuanto tenía para ofrecerles. Aquella carta, y su vida. En cuanto su muerte llegase a oídos de Raynard, este dejaría de buscarlo. Si no perdía tiempo, todos estarían a salvo.

Con los puños ensangrentados, volvió al escritorio. No había nada que pensar. Aquella era su última opción.

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus oscuros pensamientos. Imaginó que alguno de los sacerdotes había acudido, intrigado por los ruidos, y fue hasta la puerta para asegurarle que todo estaba bien. No tuvo oportunidad de coger el pomo siguiera, pues antes de hacerlo la madera estalló en pedazos sobre él. Sacudió la cabeza, conmocionado, y entonces vio al intruso que se adentraba en su celda con la energía de un huracán. Sus ojos del rojo más carmesí le anunciaron que se trataba de un vampiro. Era tan alto como él y su piel era tan pálida como la nieve. Esta contrastaba con el cabello largo y negro, y la túnica del mismo color que vestía ondeaba movida por la energía devastadora que lo rodeaba. Sin darle tiempo a reaccionar, el recién

llegado lo tomó por el cuello y lo estampó contra la pared que minutos antes había golpeado con los puños. Sintiendo que el aire dejaba de llenar sus pulmones, forcejeó, intentando soltarse del férreo agarre de su captor, pero le fue absolutamente imposible.

Lo vio ladear la cabeza y fijar la mirada en sus ojos. Al instante, su mente se vio invadida por el intruso y no le cupo duda de quién se trataba: el Dragón. Solo había una razón para que aquel vampiro hubiese ido a por él y era que estaba buscando a sus hijas. Cerró los ojos e intentó expulsarlo de su mente, llevado por la rabia.

—Constantine, Constantine..., no luches. No puedes hacer nada para librarte de mí.

La voz grave del Dragón resonó al tiempo en sus oídos y en su mente.

Forcejeó con piernas y brazos, desesperado por soltarse, pero tal como le había advertido el vampiro, no consiguió aflojar la presión ni un ápice.

—¿Así que es cierto? Tú puedes llevarme hasta ella... Mi primogénita.

Incapaz de pronunciar un solo sonido debido al agarre, gritó en su mente con toda la furia que sentía.

¡Nunca!

—La amas —dijo el vampiro como si la información le sorprendiese.

¡Y por eso, mientras viva, jamás será tuya!

La risa del Dragón inundó la celda, helándole la sangre. Sin soltarlo, lo vio girar el rostro para fijar la vista en el folio sobre el escritorio. Sus ojos recorrieron el papel y su rictus soberbio cambió radicalmente.

—Al parecer, por tu carta de despedida, no tendré que esperar mucho, entonces —dijo en un tono que no supo descifrar.

Volvió a centrar la atención en él como si buscase un nuevo dato que se le había escapado. A los pocos segundos su sonrisa entre sorprendida y satisfecha le dijo a Constantine que había encontrado lo que buscaba.

—Vaya, vaya. Tu padre no me dijo que eras tan valioso.

No te lo tomes como algo personal, no se le da bien compartir.

Repuso él con altanería, aunque en su mente lo único que era capaz de pensar era que con aquel poderoso vampiro como aliado, su padre no tendría rival.

La angustia se apoderó de él.

—No se lo reprocho. A mí tampoco —fueron las palabras del aterrador vampiro. Y las últimas que llegó a oír Constantine antes de ser fulminado por el haz de luz azul que le lanzó el Dragón sin miramientos.

CAPÍTULO 17

—No puede ser... —dijo Allison en un tomo apenas audible.

—Mamá, soy yo —aseguró Noah yendo hasta ella y deteniéndose a solo un paso de distancia.

Noah miró a sus padres, que no terminaban de asimilar su vuelta, o más bien su cambio.

Se agachó para tomar la mano de su madre y posarla sobre su pecho. En cuanto ella le sonrió, él le devolvió el gesto.

—¡Hijo mío! ¡Mi niño! —exclamó ella abrazándolo. Noah la rodeó con los suyos, sintiendo sus lágrimas.

La emoción que poseyó a Allison era idéntica a la que su pequeño despertaba en ella cada vez que lo tenía en sus brazos. Su cuerpo y su alma lo reconocieron como su precioso hijo. No sabía cómo sentirse ni qué pensar, pero la sensación de calidez y paz que él siempre le proporcionaba la llenó inmediatamente.

—¿Cómo es posible? Hace solo unos minutos eras un niño... —apuntó Caleb sin palabras.

—Y sigo siendo un niño, padre, pero en el otro lado.

Allison, Caleb y Aubrey miraron a Dakata buscando confirmación a sus palabras.

—Así es, Noah..., el pequeño Noah se ha quedado en el otro lado, custodiado por el resto de elementales. Está a salvo, os lo aseguro —dijo con una sonrisa.

—¿El resto de los elementales? —preguntó Caleb, confuso.

—Imagino que es demasiada información para asimilar, pero no

tenemos tiempo —comenzó a explicar Noah—. Mis dones me han convertido en un elemental también.

—No puede ser, los elementales son los creadores del cielo y de la tierra —intervino Aubrey que hasta el momento se había mantenido al margen.

—Hola, Aubrey —la saludó Noah con una sonrisa amigable.

—¿Me conoces? —preguntó alucinada.

—Por supuesto. ¿Cómo no hacerlo? —adujo él con gesto enigmático—, pero esa es una conversación para otro momento. Ahora solo puedo contaros que soy algo así como un quinto elemento. Efectivamente, yo no formé parte de la creación y eso me convierte en un elemental un tanto especial. Entre mis dones están los de manipular los distintos planos temporales. Y los uso para mantener el equilibrio como el resto de elementos. Mi fascinación y lazos por la tierra me mantienen mucho tiempo en ella, al contrario que a mis iguales, que no abandonan el plano mágico.

—¿Y es tu don el que te ha permitido venir desde el futuro?

—Así es. Para ayudaros. Huelga decir que tanto la humanidad como la totalidad de las razas sobrenaturales corren peligro. No podía dejar de acudir en vuestra ayuda. Y eso me recuerda que no nos queda tiempo. Tenemos que volver a casa inmediatamente, Raynard acaba de descubrir lo de tu nombramiento —dijo dirigiéndose a su padre, pero las miradas sorprendidas del grupo se clavaron en él.

Noah entendía el asombro de los presentes y lo complicado que era explicar su presencia allí. Tampoco podía revelar toda la información que tenía sobre el presente y el futuro, pues compartir demasiado pondría en peligro el equilibrio. Cada uno de ellos tenía una misión y papel que cumplir. Pero en ese momento debía ser él el que cumpliera su parte.

—Ha puesto en su punto de mira el rancho y pretende atacarlo en las próximas horas. Debemos regresar. Puedo evitarlo —apuntó Noah, ocultando

que el objetivo principal de Raynard era Dakata. Obviando la consternación de todos, estiró el brazo, ofreciendo su mano a Aubrey.

Esta no lo dudó y fue hasta él, al tiempo que todos se daban las manos. En un pestañeo, el grupo regresó al rancho, en mitad de la noche.

—Aubrey, debes volver con los guardianes. Necesito que les anuncies que muy pronto estaré allí —dijo acercándose a ella y, pasando un brazo sobre sus hombros, la alejó del resto del grupo para terminar de darle sus indicaciones—. También necesito que hagas correr la voz de que Dakata se ha marchado en busca de Constantine.

Aubrey abrió mucho los ojos ante esta última petición.

—Es muy importante que todos crean que ya no está con los Connor. Por su seguridad y la del resto de mi familia —le dijo en un susurro.

—Claro, por supuesto—repuso la pequeña chica asintiendo vigorosamente, con una sonrisa complaciente.

Estaba igual de sorprendida que los demás sobre todo lo ocurrido esa noche, por las indicaciones que estaba recibiendo de Noah y sobre todo, por el trato cordial y amistoso que le brindaba el elemental. Cuando dijo que solía pasar desapercibida no mentía, así era en la base. Siempre había mucho jaleo y nadie reparaba en la pequeña chica que iba y veía con información, flasheando de un lado a otro. Pero él lo había hecho, y eso hizo que le brindase una cálida sonrisa. Despidiéndose de los presentes con un gesto de su mano, flasheó, desapareciendo ante sus ojos.

Las luces de la cocina guiaron al resto hacia allí.

A Noah se le aceleró el corazón al ver a su abuela, justo como la recordaba durante sus años de infancia, haciendo galletas. Solía hacerlas con frecuencia, pero en ese momento no dudaba de que se trataba de una estrategia de distracción. Tenía que haber sido muy duro para ella dejar marchar a su hijo, su nuera y su nieto, sin saber qué les depararía el viaje. Y

aunque lo único que deseaba era abalanzarse sobre ella y abrazarla, tuvo que contenerse para no sobresaltarla.

—Madre, ya estamos de vuelta. —Su padre fue el primero en pronunciarse, y dejó que él comenzase con las explicaciones.

—¡Caleb! ¡Hijo mío! ¡Ya estáis aquí! —gritó ella corriendo hacia él, pero antes de poder abrazarlo, reparó en que Allison estaba tras él—. ¡Allison! ¿Qué haces aquí? Tenías que estar con...

—Tranquila, madre. Es complicado de explicar. Será mejor que te sientes —oyó decir a su padre en tono suave.

—No pienso sentarme, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está mi nieto? —preguntó ella exaltada, viendo que habían regresado todos excepto él.

—Pony, de veras será mejor que te sientes... —intervino su madre.

—¡No me tratéis como a una vieja inútil!

—Nadie podría hacerlo, abuela —apuntó él con una sonrisa dando un paso hacia ella al ver que aumentaba su alteración.

Nadie se pronunció, se hizo un silencio denso en la cocina esperando la reacción de la anciana. Todos los miraban, impacientes y expectantes. Noah se mantuvo en su sitio y Pony clavó su mirada en la de él, como si con esta pudiese leerle el alma.

Y entonces ella rompió a llorar.

Noah la recogió entre sus brazos y la dejó liberar todas las emociones que la embargaban. Por delante quedaban horas intensas de explicaciones y sentimientos a flor de piel. Y saber lo que sabía del futuro no iba a facilitarle el trago. Al menos, sabía que en cuanto Aubrey siguiese sus indicaciones, todos estarían a salvo.

Por el momento.

CAPÍTULO 18

Nyree, con la oreja apoyada en la puerta, agudizó el oído cuanto pudo para intentar captar lo que se decía en el interior de la sala del Consejo. Pero ni su oído de dhampira conseguía descifrar una palabra. Parecía que se habían tomado muy en serio lo de mantener en secreto la información con la que había vuelto Aubrey porque habitualmente no le costaba tanto entender lo que decían cuando se proponía espiar.

Colocó ambas manos sobre la puerta y pegó la otra oreja. Resopló al darse cuenta de que no lograba resultados.

—Espiendo detrás de las puertas... ¡qué cosa tan fea! —le dijo una voz masculina demasiado cerca, haciendo que diese un bote.

Igualmente avergonzada y furiosa por la interrupción, se volvió para enfrentarse al tipo, colocando ambas manos sobre las caderas, al tiempo que achicaba sus preciosos ojos verdes de gata.

—¡Maldito diablo! —dijo al toparse con la sonrisa granuja de Aiden.

—Suelen decírmelo con frecuencia. Pero en tus labios suena decididamente más... estimulante —repuso el demonio dando un paso hacia ella.

Nyree torció el gesto y se cruzó de brazos en posición defensiva. No iba a negar que coquetear con aquel guaperas le producía un placer especial y cierta diversión. Pero sabía de qué palo iba. Su lista de conquistas era tan grande como su arrogancia, y ella estaba curada de espanto con el sexo masculino. Ángeles o demonios, ambos estaban fuera de su lista.

—¿Qué diría tu padre si supiese que su princesa va por ahí escuchando tras las puertas? —preguntó él, provocándola, con una de sus irresistibles

sonrisas.

—Ni me ve como una princesa, ni mucho menos creo que se sorprendiera, la verdad. Sabe que lo mío no es cumplir órdenes ni quedarme de brazos cruzados cuando algo se está cocinando.

—Lo sé, y lo entiendo. Yo tengo el mismo problema —aseguró él sin menguar la sonrisa. Aiden apoyó una de sus grandes manos sobre la puerta, mirándola durante un segundo antes de volver a fijar la vista en ella.

—La diferencia es que a ti te contarán todo lo que traman ahí dentro, y yo para obtener información tendré que esperar a que terminen e interrogar nada sutilmente a Aubrey —dijo Nyree mordiéndose el labio inferior siendo ella la que miraba esta vez hacia la sala.

La llegada de la enana había causado un gran revuelo y, teniendo en cuenta que su marcha había sido para ir a ver a Dakata, estaba de los nervios intentando averiguar qué había pasado. Tenía que ser muy gordo para que el Consejo al completo se hubiese reunido de manera extraordinaria.

—¿Y tú qué haces aquí? Estabas con Constantine... ¿Ha venido contigo? —preguntó cayendo en la cuenta. En cuanto la posibilidad de que su amigo hubiese vuelto a la base se abrió paso en su mente, todo su cuerpo se puso en alerta.

—No, no ha venido...

El rostro de Nyree mostró decepción de manera inmediata.

—Después de hablar contigo me pidió que me marchara. Decía tener decisiones que tomar.

—¿Qué decisiones? No debía decidir nada. ¡Lo llamé para que volviese!

—¿Qué quieres que te diga? Es muy cabezota.

—Lo es, pero ese no es el tema. Está desesperado. Si cree que tiene una decisión que tomar puede que haya optado por...

Aiden cambió su expresión socarrona de inmediato. No se lo había

planteado. Ciertamente, Constantine había dejado caer en alguna ocasión durante su estancia en el monasterio que su muerte sería la solución definitiva, pero era un hombre luchador y al finalizar sus muchas conversaciones sobre el tema, nunca le dio la impresión de que fuese a abandonar dicha lucha para sacrificar su vida.

En el momento en el que pensó fríamente en la posibilidad se dio cuenta de que sí era una realidad posible. Él no habría obrado un sacrificio semejante, pues tampoco sentía por nadie lo que sentía él por Dakata y su familia. Pero Constantine no era como él. Si pensaba que con su muerte salvaría la vida de muchos inocentes, incluidas las de la mujer a la que amaba, no lo dudaría.

En ese momento se sintió tan estúpido como temeroso de lo que podía haber decidido su amigo. No lo pensó y, dando un gran golpe con su pétreo puño, abrió la puerta de la sala del Consejo. Fuese lo que fuese lo que estuviesen dilucidando allí, saber que Constantine podía haber decidido dejarlos para siempre era una prioridad.

Nyree se quedó allí, con la boca abierta durante algunos minutos, tras los cuales decidió que ya era hora de dejar clara su importancia en la base. Era la jefa del mejor escuadrón que tenía el Ejército. Y no pensaba quedarse allí a esperar que le filtrasen la información que creyesen conveniente. Estaban hablando de sus mejores amigos y se sentía responsable de lo que hubiese hecho Constantine, pues la decisión la había tomado tras hablar con ella. Empujó la puerta, decidida a enfrentarse al Consejo si hacía falta. Tenía la cabeza despejada y la lengua suelta para responder a cada una de las protestas, pero cuanto había en su mente la abandonó al ver la escena que se producía en el interior.

Michela, la madre de Constantine, lloraba destrozada por el dolor y sus peores pesadillas tomaron forma en su mente. «Lo ha hecho», pensó.

Constantine lo había hecho. Nada más justificaría que Michela estuviese así. Era la mujer con más temple que hubiese conocido jamás. Siempre un ejemplo de serenidad y entereza.

—Constantine ha sido capturado —la informó Aiden al ver su gesto de horror.

—¿Capturado? ¿Por Raynard? —De ser así la noticia era tan mala como la de su muerte.

—No. Ha sido mi padre —apuntó Dara saliendo de las sombras con gesto roto—. Acaban de informarnos desde el monasterio. El Dragón se lo ha llevado.

—¿Por qué? ¿Con qué fin? —preguntó sintiendo que cada palabra le desgarraba la garganta.

—No lo sabemos. Tal vez trabaje con Raynard —apuntó Timoleón—. Podría ser uno de sus nuevos aliados.

—De ser así, estaríamos perdidos. El Dragón es demasiado poderoso —añadió Aiden apoyando ambas manos sobre la mesa.

—La otra explicación no es mejor... —dejó caer Dominick casi en un susurro.

—¿Qué explicación? —preguntó Nyree, preguntándose si realmente quería saber la respuesta.

—Que haya sabido de nuestra existencia y lo esté utilizando para dar con Dakata y conmigo —dijo Dara sin cambiar su gesto grave.

Nyree dio un paso atrás, sintiendo que el corazón se le desbocaba en la garganta dolorosamente.

—Tal vez Noah pueda ayudarnos. Es muy poderoso —señaló Aubrey. Nyree ni había reparado en ella desde que entró en la sala y parpadeó a toda velocidad al escuchar sus incomprensibles palabras. Noah era un niño, ¿cómo podría él enfrentarse a los vampiros más poderosos y sanguinarios sobre la

faz de la tierra?

No tuvo oportunidad de formular la pregunta en voz alta, pues en ese momento, un gran revuelo procedente del exterior llegó hasta ellos, poniendo en alerta a los presentes. Temiendo que se tratase de una incursión, Nyree salió disparada de allí, seguida por el resto de los presentes. Sin embargo, al llegar a la sala de control de la base, sus pies se negaron a seguir moviéndose. El corazón se le detuvo en seco y creyó haber perdido el poco juicio que le restaba al ver quiénes acababan de entrar.

—¡Diablos! —La exclamación de Aiden, a su lado, no consiguió que despegase los ojos de uno de los recién llegados. Cada célula de su ser le ordenaba que se diese la vuelta y se marchase de allí, mas su cuerpo era incapaz de responder.

Como en uno de sus sueños, Nyree vio a Shinué caminar hacia ellos con paso enérgico e hipnótico. Iba acompañado de su compañera, Gabriel, pero Nyree no podía apartar la vista del rostro de ébano cuyos ojos grises se clavaban en ese momento en ella. La última vez que esos ojos la habían mirado así, él estaba sobre ella, fundiéndose con su cuerpo en una entrega absolutamente deliciosa. Tan solo el recuerdo de la noche en la que decidió entregarse al único hombre al que había amado en su vida, hizo que cada poro de su piel se erizase y una energía abrumadora la atravesase hasta anidarse en su vientre. Había recordado cada noche de aquellos últimos cuatro años los labios de Shinué degustando, succionando y estremeciendo cada recóndito rincón de su piel mientras ella clavaba los dedos en su espalda y se arqueaba buscando la unión más absoluta con su cuerpo. Solo él había conseguido que se sintiese de esa manera; frágil y fuerte, vulnerable y poderosa, dispuesta a entregarse a algo mayor que cualquiera de los dos. Se había sentido amada.

Pero había sido un espejismo.

Él se había marchado sin despedirse, sin mirar atrás, sin valorar su entrega, desechándola como si en realidad lo que habían compartido no hubiese sido nada. Y durante los últimos cuatro años, no había vuelto a saber nada sobre él.

—¿Son...? —quiso preguntar Aiden sin despegar la vista de la espectacular entrada de ambos seres, rodeados por una energía plateada que los hacía resplandecer de forma hipnótica. Todos a su paso se apartaban, sobrecogidos con su imponente presencia.

—Ángeles —respondió por él, recobrando la capacidad de hablar.

Bajó la mirada, rompiendo el hechizo que el recién llegado ejercía sobre ella. Se giró con la intención de obedecer a su voz interior y alejarse del aquel que le había roto el corazón, y de repente, sin darse tiempo a pensarlo dos veces, posó una mano sobre el gran pecho de Aiden y clavó su mirada verde en él de forma sugerente.

—Cuando termines aquí, búscame. Creo que ha llegado el momento de que tú y yo pasemos un buen rato.

Aiden la miró sorprendido. Llevaba bastante tiempo intentando conquistar a la bella dhampira sin obtener muchos resultados, y de repente era ella la que tomaba la iniciativa. La pregunta de por qué habría cambiado de opinión tan repentinamente cruzó su mente de manera fugaz, pero desechó su curiosidad. No iba a desperdiciar la oportunidad de perderse en aquel cuerpo hecho para el pecado.

—Por supuesto —dijo tomándola por la nuca. Y antes de que ella pudiese prever su siguiente movimiento, hizo descender su rostro para posar los labios sobre los de la chica en un beso íntimo y delicioso que dejó una impronta de fuego en ambos.

Cuando los labios de Aiden dejaron los suyos, Nyree, confusa, dio un paso atrás y se mordió el labio inferior consciente de que acababa de jugar

con fuego y estaba más en peligro que nunca de quemarse. Cuando sintió la mirada eléctrica de Shinué sobre ella, sin embargo, a pesar de la turbación, regaló una sonrisa al demonio y con paso resuelto se marchó de allí, antes de que las piernas le fallasen y cayese de bruces ante el ángel que le había robado el corazón y el demonio que con su beso prometía hacerla consumir por completo.

CAPÍTULO 19

—¿¡Cómo que ya no está con los Connor!?! —El bramido de Raynard retumbó por toda la estancia.

—En realidad, señor —dijo Keller inclinando la cabeza con temor—, ninguno de ellos está ya allí. Me lo acaban de decir los hombres que tengo en el rancho. Se han marchado.

—¿Todos? ¿Cómo es posible? ¡Me aseguraste que jamás salían del rancho!

—Y así es. Nunca antes lo habían abandonado. No sé qué decir —expuso el lobo temiendo lo que sus palabras estaban provocando en el vampiro.

Raynard dio un golpe en la mesa de metal con el puño, llevado por la furia y él contuvo el impulso de dar un paso atrás. Cuando elevó el rostro, el vampiro había desplegado los colmillos y le brindaba una mirada incendiaria. Su amigo Kendrick, sin embargo, se relamía mientras lo observaba allí agazapado. Y un escalofrío recorrió su cuerpo.

Se había aliado hacía algunos meses con aquel chupasangre sabiendo que ambos tenían como enemigo a Caleb Connor y que este podría ayudarle a deshacerse del que ahora era, para su vergüenza y frustración, el nuevo rey de los licántropos. Connor era el responsable de la muerte de su hija, su única hija, su orgullo. Su esposa le había dado dos hijos; Anakar y Asher. Este último era un espécimen mediocre, jamás había cumplido sus expectativas como padre, sin embargo, Anakar había sido su orgullo desde el día de su nacimiento. Cuando la prometieron con Caleb Connor pensó que, aunque este no fuese un pura sangre, su hija podía llegar a ser reina junto a él y tan solo

con ese pensamiento aceptó el compromiso. Pero cuando este rompió su ley más sagrada, el pacto de sangre, y se negó a casarse con ella para desposarse con la Portadora, la rabia se apoderó de él. No estaba en su mano dar el castigo que el desgraciado debía haber recibido, pues su decisión fue apoyada por el Consejo de Ancianos. Y que quedara impune de la humillación a la que había sido sometida volvió loca a su hija que, en un arranque de ira, había atacado a la Portadora en su propia casa. En aquella lucha Anakar pereció luchando contra Caleb. Y ahora pretendían los suyos que rindiese pleitesía al asesino. ¡Eso jamás iba a pasar! ¡Lo vería muerto antes que arrodillarse ante él!

La decisión de unirse a los vampiros no había sido fácil. Habían sido los enemigos naturales de su raza durante milenios, pero hubiese vendido su alma al diablo con tal de poder vengarse. Ahora, sin embargo, se daba cuenta de lo frágil que era la alianza con el vampiro que tenía enfrente. Junto a él estaba a un paso de la muerte, cualquier enfado o capricho de aquella criatura cruel e inmundada podía acabar con su vida antes de que tuviese la oportunidad de vengarse.

—¡No es una respuesta aceptable! —repuso Raynard con los dientes apretados—. Necesito a la dhampira, ¡ahora! Quiero saber dónde está esta misma noche, o de lo contrario, nuestra asociación se verá rota antes de lo previsto.

De repente Kendrick llegó hasta él a gran velocidad y lo cogió por la nuca, como si fuese un cachorro. Apretó tanto con su mano que el dolor recorrió su cuello y espalda, agarrotándolo.

—¿Entiendes lo que eso significará para ti? —le preguntó Raynard inclinándose a su altura.

Apenas pudo mover la cabeza para asentir mientras su rostro se cubría de rojo por el dolor. Raynard hizo un gesto a Kendrick y este lo soltó. Keller

se levantó inmediatamente, frotándose la zona dolorida mientras daba algunos pasos hacia atrás.

—Esta noche. Es tu última oportunidad —dictó y sacudió la mano para decirle que se marchara en un gesto displicente.

Keller no lo pensó y salió de allí corriendo. Cuando llegó definitivamente a la calle y vio los primeros rayos del alba iluminar el cielo, la promesa del día le devolvió el resuello. Aquellos endemoniados seres no eran un peligro mientras tuvieran que esconderse como ratas de la luz del sol. Los odiaba casi tanto como a Caleb Connor, y por eso se preguntaba si había sido inteligente aliarse con aquellas sabandijas sin ningún respeto por la vida.

Durante los primeros meses de alianza había sido hasta divertido. Había participado en algunos ataques con ellos. Raynard estaba obsesionado, no sabía por qué, por encontrar a su hijo y eso les había brindado algunas cacerías interesantes. Pero con el paso de las semanas y los días, el vampiro estaba perdiendo la paciencia y ponía en peligro a quien estuviese a su lado.

Sacudió la cabeza y volvió a pasarse la mano por el cuello enrojecido. Si alguno de los miembros de su familia, de su manada, lo hubiese visto humillado ante aquellos chupasangres, el poco poder y respeto que le restaba entre los de su especie quedaría reducido a cenizas. Y para colmo veía cómo su ansiada venganza, que por fin le había parecido tan cercana que casi podía acariciarla con los dedos, volvía a escapársele de las manos. No sabía los motivos que habían llevado a la familia a desaparecer, pero eso retrasaba sus planes y aumentaba su frustración. Y para solucionar todo aquel desastre y dar de nuevo con el paradero de la chica solo tenía doce horas. No podía perder un minuto, y salió de allí movido tan solo por la idea de tener al fin la cabeza del nuevo rey en una bandeja.

Constantine despertó sintiendo su mente sumida en un murmullo

molesto. Tenía la cabeza tan entumecida como el resto del cuerpo, que ahora era consciente de que tenía inmovilizado por ataduras que lo mantenían en posición vertical contra una pared. Miró a un lado y a otro, pero la nula iluminación del espacio en el que se encontraba no le proporcionó más pistas. En su mente una idea se abrió paso entre la neblina y recordó que había sido capturado por el Dragón.

Su siguiente pensamiento fue para Dakata.

Tenía que escapar de allí, ir a por ella y ponerla a salvo. Si el Dragón había conseguido leer cada resquicio de su mente, ahora sabía que se encontraba con los Connor. Apretó los dientes y gruñó su furia. Si daba con ella sería por su culpa. Se retorció con fuerza, pero las ataduras no aflojaron un centímetro.

No debía extrañarle, si había algo que le había quedado claro en su breve encuentro con el vampiro había sido que era concienzudo y tan peligroso como proclamaba su leyenda.

De improviso se abrió ante él una puerta estrecha a varios metros de distancia. La luz dorada que entraba por ella dibujó un camino en el suelo que se dirigía directamente a él. Y un segundo después la figura del Dragón ocupó gran parte de la abertura. Contuvo el aliento cuando lo vio comenzar a acercarse parsimoniosamente, sin prisa. A su paso, la estancia se fue iluminando y vio que se encontraba en una especie de cuarto cuyos muros, suelo y techo eran de piedra de apariencia rugosa y ligeramente dorada. Lo único que desentonaba en aquel ambiente eran las maderas y grandes argollas de hierro que lo mantenían atado a la pared, con los brazos en cruz y las piernas ligeramente abiertas. Como si lo estuviese exhibiendo igual que un cuadro.

—No eres una obra de arte. Aunque muchos podrían considerar lo contrario —le dijo el Dragón, una vez más haciendo alarde de su poder.

Constantine, con la cabeza medio inclinada y los dientes apretados, lo miró a través de la cortina de su propio cabello, que caía sobre su rostro. De manera inexplicable un recuerdo llegó a su mente, el de él mismo diciéndoles a Dara y Dakata en la Colmena que debían imaginar una pantalla blanca cuando sus miradas se cruzasen con las del Hombre Tortuga, el carcelero que hacía inspección cada noche por los pasillos de la instalación. Se rumoreaba que aquel era también un lector de mentes. Lo habían visto matar a más de un chico de los que allí crecían y no quería que sus chicas, su familia, sufrieran el mismo destino.

Inmediatamente se dio cuenta de que el Dragón estaría accediendo a dichos recuerdos también y sacudió la cabeza con frustración. ¿Por qué lo tenía allí? Se miró el cuerpo. Llevaba puestos los pantalones negros, pero tenía el torso desnudo. Lo más sorprendente fue comprobar que no tenía orificios. No lo había desangrado y obtenido aquello que tanto ansiaba su padre de él. ¿Por qué?

—He disfrutado de una larga y placentera vida durante cuatro mil años en las sombras. No tengo ningún interés en hacerlo bajo el sol.

—Todos los vampiros ansían caminar bajo el sol —repuso sin creer una palabra.

—Yo no soy «todos los vampiros».

Se hizo un silencio entre los dos. Era cierto, pero, ¿cómo era posible que no ansiase lo mismo que todos los demás?

—¿Te suena el término «cáncer de piel»? —repuso el Dragón con cierta sorna, aunque su gesto indolente no cambió un ápice.

—Está bien, no ansía mi poder. Pero me tiene aquí retenido, ¿por qué? ¿Va a entregarme a Raynard? ¿Sabe lo que hará él con mi don?

—Puedo hacerme una idea. Pero no es entregarte lo que tengo en mente.

—¿Y entonces?

—Mi progenie. Nadie ha estado tan unido a ambas como tú. Me llevarás hasta ellas.

—¡Nunca! ¡Jamás lo haré! —dijo desafiándolo con la mirada y un pensamiento pasó por su mente. Tal vez incluso ya era tarde para Dakata, al menos. Si Raynard había conseguido su objetivo, si no habían conseguido detener el ataque que su progenitor tenía programado...

La expresión del Dragón se convirtió en piedra. Sus ojos llamearon con una energía capaz de devastar ciudades. Lo vio cerrar los puños a su costado y batiendo la túnica negra que vestía, desapareció de su vista, saliendo de la sala como una exhalación.

CAPÍTULO 20

Allison entró por primera vez en la base de la Orden de los Guardianes, tomando la mano de su marido. Y no pudo quedar más impresionada. Lo que en apariencia parecía una antigua fábrica a las afueras de Chicago, era el nuevo emplazamiento de la base tras la destrucción de la primera. Y por dentro en realidad se trataba de una moderna instalación de apariencia sobrecogedora por sus enormes proporciones. Las paredes y el suelo eran de cemento pulido en color oscuro y el mobiliario, de líneas rectas y minimalistas, en el mismo color. Las luces de las pantallas y monitores sobre los que se reflejaba información concerniente a la labor de los escuadrones del ejército iban cambiando de tonalidades doradas a rojas o azules.

Frente a algunos de los puestos vio filas de personas de diversas razas esperando a ser atendidas, otras permanecían sentadas en asientos a los costados del espacio central de la nave, y el movimiento del personal que allí trabajaba parecía incesante. Le sorprendió la cantidad de especies que buscaban refugio o convivían en aquel ambiente, el colorido, la mezcla. Pero cuando apenas habían caminado entre la masa unos pocos metros, se hizo el silencio. Un silencio que la puso en alerta y erizó hasta el vello de su nuca.

Miró los rostros que los rodeaban y se dio cuenta de que todos dirigían su atención a ellos. El primero en postrarse de rodillas fue un hombre a menos de un metro de distancia. Y a este lo siguieron muchos más que, con una reverencia, mostraban su respeto al nuevo rey de su raza. Cada uno de los licántropos allí presentes se inclinó con sumisión, y fue la primera vez que fue consciente del nuevo cargo que ostentaba su esposo. Hasta ese momento los acontecimientos vividos apenas le habían dado la oportunidad de volver a

pensar en ello, pero ahí estaba.

Lo miró y vio que este devolvía el gesto con una leve inclinación de su cabeza y con un movimiento de su mano los invitaba a levantarse. Sin embargo, nada más comenzar de nuevo a caminar un murmullo empezó a correr por la gran sala y sintió que algo había cambiado nuevamente. Apretó la mano de Caleb y ambos se giraron al darse cuenta de que el foco de atención había cambiado. Ahora los presentes susurraban y miraban alucinados a Dakata y Noah, que caminaba a su lado, tras ellos.

—Está claro que no podemos pasar desapercibidos —dijo en un susurro cargado de preocupación.

—La verdad es que no contaba con esto —repuso él en el mismo tono.

Ante sus ojos, algunos seres se acercaron llenos de curiosidad a su hijo. Allison solo pudo reconocer a un elfo y una ninfa, entre ellos, pero poco a poco el círculo en torno a él fue creciendo. La primera reacción de Dakata fue la de colocarse delante de Noah y mostrar la luz incandescente y azul que emanaba de sus manos como una advertencia. Pero él posó una mano sobre su hombro y la instó a detenerse. Durante unos segundos ambos se mantuvieron las miradas y finalmente la dhampira asintió y, dejando extinguir la luz, se volvió a colocar a su lado. Noah extendió el brazo para saludar al primero de los seres.

La sorpresa más absoluta se reveló en los rostros de Allison y Caleb al ver a su hijo hablar con cuantos se acercaban en sus lenguas natales. La energía pacificadora que emanaba de él los atraía como las polillas a la luz, y cada vez más de ellos se iban acercando a mostrarle sus respetos.

—Esto va a ser imposible de contener. Todo el mundo sabrá que estás aquí en pocas horas. No me gusta —le dijo Dakata al oído.

—No debes preocuparte por eso —fue la respuesta de Noah sin menguar su gesto.

Dakata entornó los párpados. Si no era por él, ¿por quién demonios debía preocuparse?

—Se te olvida que ese es mi trabajo. Además, ¿cómo saben quién eres?

—Relájate, maestra. No lo saben. Lo intuyen. Ninguno de los presentes va a hacerme daño.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó con el ceño fruncido mientras era empujada por un gigante que se abría paso para llegar hasta él. Lo reconoció como Orrin, lo había visto durante su estancia en la antigua base hacía cinco años.

Cuando Noah le devolvió una sonrisa de las suyas, supo que había hecho una pregunta estúpida. El elemental del tiempo estaba en posesión de una información y conocimiento que a ella se le escapaba. Se cruzó de brazos hasta que vio que entre saludos a la masa que lo rodeaba, Noah le hacía un gesto a ella señalándole un punto de la sala. Cuando miró en dicha dirección, su corazón se saltó un latido.

—Dara...

Su hermana no podía verla entre la muchedumbre que se congregaba en torno a ellos, pero ella pudo reconocerla con claridad, a pesar de los años, y de lo mucho que había crecido. Sus hermosos ojos rasgados y su gesto dulce la llamaron, hipnotizándola. Echó un último vistazo a Noah y cuando este asintió leyendo su petición, saltó por encima de la multitud que sabía que tardaría demasiado tiempo en sortear y cayó frente a ella, a escasos dos metros de distancia. Cuando se incorporó y sus miradas se cruzaron, supo que había regresado a su casa, a su hogar.

—¡Dakata! ¡Oh! ¡Por todos los dioses! Eres tú...—dijo su hermana con los ojos llenos de lágrimas. Y no esperó más para fundirse en un abrazo con ella. El tiempo se detuvo para las dos y la felicidad que Dakata sintió en su corazón estuvo a punto de hacerla estallar. Sus corazones se acompañaron y

todo el dolor de la separación vivida durante tantos años, desapareció como si se tratase de humo. Minutos más tarde, Dakata se apartó de ella lo justo para tomar su rostro con las manos y perderse en sus facciones tan cambiadas, y tan familiares a la vez.

—Eres una mujer —dijo con una sonrisa nerviosa—. Toda una mujer. Has cambiado tanto, me he perdido tanto...

—Soy la misma, hermana, te lo puedo asegurar. Solo que un poquito más poderosa, y más alta —repuso su hermana con una sonrisa orgullosa.

—¿Ah, sí? ¿Más poderosa? —le preguntó riendo.

—Un poquito más —repuso Dara acompañando sus palabras de un gesto de su mano en el que unía índice y pulgar para mostrar la medida.

Dakata rió y la rodeó con su brazo por los hombros, aunque para ello tuvo que casi ponerse de puntillas, pues podría asegurar que Dara la superaba en altura por unos pocos centímetros. Se la quedó mirando maravillada, hasta que oyó la voz de Nyree gritando mientras corría hasta ella. Antes de verla siquiera, esta impactó con sus cuerpos para abrazarlas a ambas. Las tres rompieron en carcajadas.

A cierta distancia, Dominick y Michela miraron a las chicas, envueltas en la felicidad del reencuentro, con una sensación agri dulce en el corazón.

—Ahora son tan felices... Ojalá no tuviese que darle la noticia de la captura de Constantine —dijo Michela sintiendo que las lágrimas volvían a su rostro.

Dominick la tomó de la mano intentando reconfortarla.

—Es inevitable. No quiero imaginar lo que va a ser para ella. Al igual que lo está siendo para ti.

—Habrà que contenerla, es capaz de hacer una locura —apuntó Michela sin dejar de observar a la joven a la que su hijo había entregado el corazón.

Dakata era una guerrera admirable, la más letal que había visto en su

vida. Vida que debía agradecerle, pues la última vez que lucharon contra Raynard, la dhampira la había salvado de caer en sus garras. Y por la gratitud y aprecio que le tenía y el amor que su hijo le profesaba, debía protegerla, aunque fuese de ella misma.

—Sin duda. Cuando sepa que su padre tiene a Constantine, perderá el juicio —estuvo de acuerdo Dominick.

—Los ángeles pueden sernos de ayuda —dijo Michela, aunque recordaba la última vez que uno de ellos, Gabriel, había reducido a la dhampira con una de sus pulsiones de energía.

—Tal vez no haga falta. Creo que Noah será mucho más útil y menos doloroso que ellos —repuso el vampiro mirando al recién llegado, que parecía un nuevo mesías entre las masas.

—De momento, démosles unos minutos para saborear el reencuentro. Todas se lo merecen —dijo Michela mirando a las tres chicas sonrientes. Tras lo cual se marchó en dirección a su cuarto donde deseaba descargar su dolor a solas.

Noah, rodeado de seres del plano mágico, elevó el rostro percibiendo una energía que habría reconocido en los confines del mundo. Cuando sus ojos se cruzaron con los de Gabriel, ella pareció confusa y él sonrió, gesto que la turbó aún más. No pudo evitarlo y despidiéndose de los que lo rodeaban, se abrió paso entre ellos para ir hacia ella. Cuando el ángel se dio cuenta de que era su objetivo frunció el ceño y cambio de postura, sintiéndose incómoda.

Gabriel no sabía lo que le pasaba. Desde que el recién llegado había entrado en la base, se había sentido intrigada por él. Apostada en una esquina, manteniendo la distancia con los demás, no tardó en darse cuenta de que no

era la única afectada. Pues como si de un dios se tratase, otros muchos seres fueron a su encuentro buscando hablar con él. Le sorprendió que se comunicase con ellos en sus lenguas natales, sin duda era una señal de respeto. También la cantidad de lenguas que manejaba y el dominio que tenía de la masa. A ella nunca le había gustado estar rodeada de gente, y esa era una de las cosas que más agradecía de su naturaleza. Los ángeles eran temidos, admirados en la distancia. Cuando ellos caminaban la gente se apartaba, temiendo entrar en contacto con ellos. Era una existencia solitaria, y hasta la fecha no había tenido problema con ese hecho. Por eso cuando él se abrió paso entre los presentes para ir hacia ella, por primera vez, no supo cómo actuar. Se sintió incómoda y hasta un poco insegura, pues en su mirada no lograba adivinar sus intenciones. Tampoco le gustó que le sonriese, como si no la temiese. Algo imposible, si sabía quién era ella.

Tomó aire llenando sus pulmones y preparándose para aquello que tuviese intención de decirle él, pero su habitual lengua ácida y suelta quedó enmudecida cuando oyó cómo la saludaba.

—Hola, rubita —le dijo con voz melosa, mostrando una sonrisa que hizo brillar su fascinante mirada de color indescifrable. Se quedó tan perpleja que lo único que consiguió hacer fue parpadear frenéticamente, sin poder creer que se hubiese dirigido a ella con ese apelativo tan poco respetuoso.

Pero su estupor fue mayúsculo cuando él osó tomarla por la barbilla y, antes de que tuviese capacidad de reacción, se inclinó sobre ella y la besó en los labios.

—¡Oh... Dios... mío...! ¿Qué está haciendo nuestro hijo? —preguntó Allison a su marido completamente alucinada con la escena. Recordaba perfectamente a la letal y peligrosa ángel de cuando la escoltó hacía seis años y cuando la vio luchar contra Raynard y su Ejército Oscuro. Y se quedó

petrificada al ver que su hijo, su niño, acababa de apoderarse de su boca sin el menor miramiento.

—Creo que... ¿está confraternizando íntimamente con un ángel? — preguntó Caleb con una mueca que mezclaba sorpresa y desconcierto.

—Muy íntimamente, diría yo —repuso Allison, que a pesar de no querer verlo no podía dejar de mirar—. ¿Querrá eso decir que en el futuro ellos dos son...? —preguntó abriendo mucho los ojos al pensar en aquella posibilidad.

—No lo sé, cariño. Pero creo que ahora mismo sobramos. Vayamos mejor con los miembros del Consejo —repuso Caleb tomando a su esposa por los hombros y haciéndola girar para dirigirse hacia el interior de las instalaciones. Pero un segundo antes de desaparecer por completo miró por última vez a su hijo, y sonrió.

Gabriel, completamente consternada con la invasión que había sufrido su boca, y fascinada por las reacciones completamente nuevas que su cuerpo estaba experimentando con ello, quiso separarse del cuerpo masculino, pero cuando él posó una mano al final de su espalda atrayéndola aún más hacia sí, una descarga de deseo atravesó su sexo haciéndolo latir de manera alarmanamente deliciosa. La boca de aquel ser era endemoniadamente dulce y osada a la vez. Una mezcla explosiva que llenó sus papilas e hizo desvanecer cuanto la rodeaba todo el tiempo que él deseó poseerla. Cuando finalmente él decidió separarse de su rostro y abandonar su boca, durante una centésima de segundo la turbación no la dejó reaccionar, más cuando vio la sonrisa canalla que se paseó por sus labios, de manera mecánica elevó una mano dispuesta a fulminarlo con una pulsión de su energía más devastadora.

—¿Qué...? ¿Cómo...?

Las palabras quedaron congeladas en el aire cuando él aferró su muñeca, deteniéndola. Abrió mucho los ojos al ver que su energía no le afectaba lo

más mínimo. Cuando otros estarían retorciéndose de dolor hasta perder el conocimiento, él solo se molestó en alzar una ceja con gesto divertido. Su sorpresa alcanzó el grado de conmoción al ver que en lugar de alejarse él se acercaba a su oído y le susurraba con voz seductora antes de marcharse:

—Es que no es la primera vez que lo intentas. O pensándolo bien, tal vez sí.

Gabriel se quedó petrificada en el sitio. Él se había ido tras hacer añicos sus defensas. ¿Quién diablos era? ¿Qué había querido decir? ¿Por qué no había conseguido reducirlo? ¿Qué era todo eso que había sentido su cuerpo?

Las preguntas quedaron amontonadas en su mente cuando al elevar el rostro vio que Dakata, Dara y Nyree la miraban con la boca abierta y diversión en los ojos. Se sintió furiosa al haberse convertido en un espectáculo poco digno de su naturaleza y se marchó, dejando un reguero de chispas de su devastadora energía.

CAPÍTULO 21

La sala del consejo de la Orden de los Guardianes nunca antes había estado más concurrida. Además de los habituales representantes de las razas y miembros del consejo, también estaban Caleb, Allison, Dakata, Dara, Nyree, Aiden, Gabriel, Shinué y Noah. Siendo este último el centro de todas las miradas, desde las de admiración de los representantes de las razas procedentes del lado mágico, a las de curiosidad del resto de presentes, a la encolerizada y apenas contenida de Gabriel que parecía estar a punto de fulminarlo. Sin embargo, él no parecía sentirse afectado por ninguna de ellas, mostrando una actitud calmada y afable.

—Antes de nada, queremos daros la bienvenida a la base —empezó Timoleón, inclinando la cabeza hacia Allison y Noah, que nunca antes habían estado allí.

Noah vio que su madre devolvía el gesto con una sonrisa e idéntica inclinación y decidió tomar la palabra.

—Gracias a todos por el recibimiento. —No tuvo que girarse para sentir que Gabriel apretaba los dientes y amplió la sonrisa—. Es un placer estar aquí de nuevo, aunque sea en estas circunstancias y sin que ninguno de vosotros me recordéis.

—No podemos negar que es desconcertante. Aubrey apenas nos ha comentado nada, pero lo que nos ha dicho parece...—volvió a intervenir Timoleón.

—Increíble, me hago cargo. Imagino que tendréis muchas preguntas.

—¿Quién eres? —Gabriel, que había preferido permanecer de pie, lanzó la pregunta caminando hasta colocarse frente a él en la mesa.

Todos los presentes clavaron sus miradas en la rubia menuda que lo miraba desafiante, y después volvieron su interés a Noah que se limitaba a mirarla sin menguar la sonrisa.

—Soy Noah Connor. En mi sangre confluyen tres razas, lo que me hace ser el único tríbrido de sangre pura, al ser mi madre la única Portadora conocida en milenios. Mis habilidades son amplias e inigualables, entre ellas el dominio del tiempo y los distintos planos temporales. Tras el desarrollo de mis dones me convertí en el elemental del tiempo. Lo que me ha permitido venir a ayudarlos desde el futuro.

Noah vio a Gabriel tragar saliva y morderse el labio impactada con su respuesta y todo lo que conllevaban aquellas afirmaciones.

El murmullo en la sala no se hizo esperar.

—No puede ser... ¿Cómo podemos creerlo? ¿Un quinto elemento?

El revuelo se hizo aún mayor tras oír a Amanda, la representante humana del Consejo.

—Yo soy testigo de cuanto dice. Yo viajé con el Noah niño al otro lado, en busca de refugio... —intervino Dakata.

—¡Imposible! ¡Los dhampiros no pueden traspasar el umbral! —alegó Lorien, la representante de las hadas.

—A mi maestra se le permitió hacerlo por su valentía y capacidad de sacrificio. Mis hermanos elementales quedaron impresionados al ser testigos de cómo ponía en riesgo su vida para protegerme.

Noah sonrió a Dakata y esta asintió.

—¿Y el Noah niño, dónde está ahora? —preguntó Gabriel. Tenía muchas más preguntas rondándole la cabeza, pero tendría que esperar a saciar su curiosidad cuando pudiese hablar con él a solas.

—A salvo. Donde se encuentra nadie podrá tocarlo. Puedo asegurarlo. De su supervivencia pende la mía, como es lógico.

—Sigo sin poder creerlo... —alegó Mandrágora, la representante de las Brujas, al tiempo que las cuencas de sus ojos tornaban blancas por completo y una bola de energía verde se formaba en su mano, para lanzarla una centésima de segundo después contra él.

En el instante en el que transcurrieron los hechos, Noah giró el rostro hacia Dakata y colocó un brazo sobre ella impidiéndole actuar en su defensa y con la otra mano extendida hacia la bruja, dibujó en el aire un círculo perfecto que quedó marcado como una corriente dorada. El ataque de Mandrágora quedó suspendido en el aire a escasos centímetros de su mano. Volvió a girar la palma en la dirección contraria y la bola retrocedió, como si rebobinasen la imagen a cámara lenta, hasta regresar a la mano de su creadora, que la observó estupefacta.

Mandrágora hizo desaparecer la bola y clavó la mirada verde en la del hombre joven. Ella era la bruja más poderosa del planeta. Regía el consejo de matriarcas de su estirpe y jamás, con anterioridad, alguien había conseguido detener uno de sus ataques.

—¿Has acometido contra mi hijo? —bramó Caleb poniéndose en pie y haciendo que su silla cayese y provocase un gran estruendo.

—No, padre. Mandrágora solo se aseguraba de que soy quien digo ser —apuntó Noah, con una tranquilidad abrumadora. Sonrió a la bruja y ella asintió devolviéndole el gesto.

Allison puso una mano sobre el brazo de su marido, cuyo pecho subía y bajaba producto de su alterada respiración, y lo instó a volver a la mesa.

—Si alguien más tiene dudas sobre mi identidad, este es el momento de decirlas —instó Noah a hablar al resto. Pero todos y cada uno de ellos quedaron en un profundo silencio—. Bien, entonces estaréis de acuerdo conmigo con que es el momento de tratar los dos asuntos que nos atañen ahora mismo; la inminente lucha contra Raynard y el secuestro de

Constantine por parte del Dragón.

Noah miró directamente a Dakata al pronunciar sus últimas palabras y vio en sus ojos color violeta crecer el poder devastador de su don, a punto de estallar.

¡Tú!, pequeño ser insignificante, ¿te has atrevido a ir a por mi progenie?

La voz del Dragón penetró en la mente de Raynard, despertándolo de su descanso. Encendió la luz de sus aposentos, sentándose sobre la cama y miró a un lado y a otro, aterrado.

¿No entendiste mi orden o pensabas que podrías desobedecerme sin sufrir las consecuencias?

Le preguntó el Dragón, y Raynard saltó de la cama aferrándose las sienes. Estaba dentro de él, otra vez. Y no podía hacer nada por evitarlo.

—¡No la tengo! Te juro que no la tengo —gritó al aire.

Pero pretendías capturarla cuando te dije expresamente que solo yo pondría las manos sobre ellas. Dime, ¿qué te hizo pensar que un acto de desobediencia como ese no tendría consecuencias?

Raynard volvió a sentir cómo la humillación se apoderaba de él y apretó las mandíbulas. Nadie se atrevía a hablarle de esa manera. ¡Jamás lo habían hecho! Él era el líder de aquella rebelión. Él acabaría con la Orden de los Guardianes y tomaría lo que era suyo por derecho.

La risa grave y estremecedora del Dragón inundó su cabeza de forma ensordecedora.

Tu poder empieza donde y cuando yo decido. Y si no lo has entendido, tal vez deberías echar un vistazo ahí fuera.

Raynard no llegaba a entender lo que le intentaba decir. Aun así, salió de sus aposentos y el estupor se apoderó de él al ver al guardia de su ejército

privado, siempre apostado en la puerta durante su descanso, tirado en el suelo, yerto. La sangre salía por sus ojos, oídos, nariz y boca, como si hubiese reventado por dentro.

Sin querer creer que el Dragón tuviese algo que ver con la muerte de su soldado, caminó por el pasillo, enmoquetado de rojo, apoyándose en la pared y mirando a un lado y a otro, esperando encontrar a algún asaltante. Pero lo que encontró unos metros más adelante fue el cuerpo de otro soldado muerto en las mismas condiciones.

Poseído por una mezcla de cólera, ira, espanto, y terror corrió por los pasillos de la mansión que hasta ese momento había sido su inexorable fortaleza, encontrando uno tras otro a media docena más de soldados asesinados de la misma forma.

Creo que en esta ocasión he sido mucho más claro en mi mensaje, ¿no lo crees tú también? Si vuelves a intentar siquiera acercarte a alguna de ellas, sesgaré la vida de tu hijo, al que por cierto tengo en mi poder, antes de que tengas la oportunidad siquiera de probar su preciado don.

Y tras aquella contundente y esclarecedora amenaza, Raynard sintió que volvía a tener el control de su mente. Gritó enfurecido, desplegando los colmillos y sintiendo cómo cada poro de su cuerpo era poseído por la ira más absoluta.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Kendrick apareciendo en el pasillo, cubierto tan solo con una bata negra de seda. Observó a su amigo y vio que este, con la mirada perdida y gesto iracundo alzaba la cabeza para decirle:

—Afila tus colmillos y llama a nuestros aliados. La guerra ha comenzado.

CAPÍTULO 22

Nyree echó un último vistazo al interior de la habitación que ocupaban Dakata y Dara y saliendo sigilosamente, cerró la puerta tras ella. En cuanto estuvo fuera se apoyó sobre el metal y dejó salir lentamente el aire de sus pulmones. Cerró los ojos y las imágenes de Noah abrazando desde atrás a Dakata y conteniendo su don desatado antes de que pudiese dañar a alguien o a ella misma volvieron a ella, reviviendo el incidente. Jamás había visto a su amiga en semejante estado y ni siquiera podía hacerse una idea del sufrimiento que estaba padeciendo. Finalmente, con ayuda de Mandrágora habían conseguido hacerla descansar dejándola en una especie de letargo forzoso. Ni ella ni Dara, ni Noah, hasta que este tuvo que regresar a la sala de juntas del Consejo, se habían separado de ella hasta que estuvo estabilizada. Pero aun así no dejaba de preguntarse si podía hacer algo más por evitarle tanto sufrimiento.

—Se recuperará. —La voz grave de Shinué la sorprendió haciendo que se enderezase al instante.

Desde su llegada a la base había evitado hasta el contacto visual con él y ahora estaba allí, en el pasillo, con ella. Y como único testigo del encuentro, la luz parpadeante del halógeno sobre los dos.

—Dudo que seas una autoridad en corazones rotos —espetó clavando su mirada verde en la gris de él. Al instante se arrepintió de sus palabras, cargadas de evidente resentimiento.

Al ángel compañero de Gabriel no pareció afectarle su comentario, pues su expresión serena e indescifrable no cambió un ápice, lo que no hizo más que aumentar su enfado.

«¡No!», se gritó a sí misma. No iba a dejar que él la perturbase de ninguna de las maneras. Negó con la cabeza y se alejó de la puerta con la intención de marcharse, pero él la tomó por el brazo, reteniéndola. La electricidad que recorrió su cuerpo ante el contacto, como si este despertase de un largo letargo, la hizo sentir débil por un segundo. Algo que él debió leer en su mirada confusa, pues aprovechó para acercarla a su cuerpo.

—Tenemos que hablar —le dijo y su aliento acarició su mejilla.

—No es cierto. No tenemos que hacer nada en absoluto —repuso intentando zafarse sin éxito del agarre, ya que él era mucho más fuerte que ella.

—Sabes que...

No lo dejó hablar.

—Lo único que sé es que cualquier oportunidad de explicarte, la perdiste el día que decidiste marcharte sin despedirte siquiera. Han pasado cuatro años, Shinué. —Nyree apartó la mirada de la suya antes de que las lágrimas abordasen sus ojos.

¿Qué diablos le pasaba? Lo odiaba, lo odiaba con cada célula de su cuerpo. ¿Por qué se sentía tan frágil y vulnerable a su lado?

—No quise hacerte daño —dijo él como si pudiese leer en su alma.

—Pues lo hiciste —repuso en un tono que sonó mucho más afectado de lo que quería demostrarle —. Pero ya no. Ya no siento nada en absoluto —dijo levantando la barbilla desafiante volviendo a encararlo.

Shinué bajó el rostro hasta dejarlo a escasos centímetros del suyo, de manera que sus alientos se mezclaron mientras pronunciaba sus siguientes palabras.

—No te creo. —Su voz sonó susurrante y hasta erótica frente a sus labios. No obstante, tenía pensado protestar cuando él la rodeó con su otro brazo y en un segundo, ambos se encontraron en la sala de entrenamientos.

Un lugar mucho más íntimo que trajo a Nyree demasiados recuerdos. Y todos ellos de alto voltaje.

—¿Por qué me has traído aquí? —protestó enfurecida—. ¿No pensarás que puedes volver y...?

Shinué no se molestó en contestar, desde que había llegado a la base y la había visto solo había podido pensar en apoderarse de su boca. Esa boca que lo había vuelto loco durante aquellos cuatro años, atormentándolo. La eternidad no se le había hecho tan larga como el tiempo que había pasado sin ella. Y en cuanto su lengua invadió la cavidad íntima y deliciosa de su boca, encontrándose con su lengua, sintió que todo volvía a estar donde debía. Dejarla había sido lo más duro que había tenido que hacer jamás. Renunciar a ella, el mayor sacrificio. Por ella, por su bien. Pero sabía que eso era algo que Nyree no entendería. Ni siquiera le dejaría explicárselo hasta que no hubiese tenido la oportunidad de desbocar toda su ira contra él. Y lo merecía, estaba más que dispuesto a recibirla, pero más tarde.

Ahora solo quería perderse en sus deliciosos labios, en el tacto increíblemente sedoso de su piel color canela, sentirla estremecer entre sus brazos. Era todo cuanto ansiaba y cuando la oyó contener un jadeo contra sus labios, se sintió el ser más afortunado del cielo y de la tierra.

Nyree creyó que desfallecía de placer en cuanto los labios carnosos y exigentes del ángel se apoderaron de los suyos sin miramientos. Como si supieran que ella les pertenecía. Como si sus palabras y protestas no tuvieran ningún valor, salvo el de constatar que esa era la boca en la que quería perderse cada maldito día de su vida. Desde que la probó por primera vez había sabido que era así. Y la electricidad que surgió aquellos días de entrega absoluta entre los dos, regresó para envolverla y hacerla vibrar como ningún otro cuerpo había hecho. El corazón se le desbocó en el pecho tan frenético y deseoso por llenarse de todo cuanto él le ofrecía que se sintió mareada al

instante. Como si hubiese perdido el control por completo.

En mitad de la neblina del deseo en el que estaban sumergidos, unos pasos llamaron la atención de Shinué, que se separó de ella lo justo para agudizar el oído por temor a ser descubiertos en semejante momento.

Nyree, sintiendo su boca liberada, pareció despertar del embrujo del deseo y estuvo a punto de protestar hasta que la mano de Shinué sobre sus labios se lo impidió. Inmediatamente vio desplegarse las inmensas e imponentes alas blancas de Shinué que los rodearon a ambos como un manto protector. Alucinada por la soberbia presencia del plumaje tan blanco y radiante como la nieve, entreabrió los labios, deslumbrada y él la soltó mientras posaba un dedo sobre ellos para instarla a guardar silencio.

Entonces vio a su padre encender las luces y entrar en la sala de entrenamiento. Contuvo el aliento y apretó los labios, esperando algún tipo de reprimenda hasta que se dio cuenta de que su progenitor pasaba junto a ellos sin verlos. Concentrado en unos papeles que llevaba en las manos cruzó la sala de entrenamiento y fue hasta el escritorio que tenía al fondo. Nyree abrió muchos los ojos dándose cuenta de que la cápsula de protección que había creado Shinué con sus alas, los mantenía ocultos a la vista. Fascinada, se mantuvo en silencio durante lo que le parecieron eternos minutos. Sus bocas estaban tan cerca que casi se rozaban, y sus alientos de respiración entrecortada se mezclaron. Shinué mantenía ambos brazos a sus costados, podía sentir cada centímetro del fuerte y cálido cuerpo masculino sobre ella. Pero lo peor fue perderse en su mirada gris, tan devastadora como una tormenta.

Cuando su padre apagó la luz del flexo de su escritorio y volvió a dirigirse en su dirección, Shinué se dejó caer aún más sobre ella, agachó el rostro y sus mejillas se tocaron. Ella se quedó petrificada, dejando que sus pulmones se llenasen del hipnotizante aroma del ángel, que olía a una mezcla

deliciosa de sol y algodón de azúcar. Cerró los ojos y recordó lo mucho que le gustaba deslizar la lengua por sus abdominales de chocolate hasta llegar a su...

—¡Ejem! —Tosió y lo apartó de un empujón en cuanto su padre salió cerrando la puerta tras él, dejándolos nuevamente solos.

En cuanto sus cuerpos se separaron, las alas de Shinué se abrieron, dejando de envolverla. Aun así, su visión, totalmente desplegadas, era sobrecogedora.

—No vuelvas a besarme —le dijo ella con todo el aplomo del que pudo hacer acopio.

—¿Por qué? ¿No te ha gustado? —preguntó él demasiado seguro de lo que acababan de sentir, y subió una mano para acariciar su mejilla.

En esta ocasión Nyree fue más rápida y apartó su mano antes de que esta entrase en contacto nuevamente con su piel.

—Porque he rehecho mi vida —declaró con determinación.

La mirada del ángel pareció encenderse inmediatamente.

—¿Qué creías, que iba a esperarte hasta que decidieses volver? —preguntó ella envalentonada al ver que había conseguido una reacción por su parte.

—¿Con ese demonio? ¿Has rehecho tu vida con él?

Nyree se sorprendió al escuchar su insinuación. No había pensado en Aiden. Tan solo le había dicho aquello para alejarlo de ella. Pero Shinué la había visto con el demonio aquel mismo día y había sacado sus propias conclusiones, algo que sin duda le venía de perlas en ese momento.

—Aiden, sí. Se llama Aiden. Y en este momento me está esperando —dijo alejándose de él en dirección a la puerta, sosteniendo una sonrisa en los labios—. Si me disculpas, tengo prisa —añadió justo antes de abrirla y marcharse de allí. En cuanto estuvo fuera de su vista, la sonrisa se borró de

sus labios, aún henchidos por los apasionados besos que habían compartido.

A su corazón volvió el dolor lacerante que la acompañaba desde hacía cuatro años y tomó aire con pesadez. No tardó en decidir que lo mejor era poner distancia y marcharse de allí cuanto antes. Pero mientras caminaba, sacó su teléfono móvil. Cuando le había dicho a Shinué que tenía una cita con Aiden, no le había mentado. Ahora sin embargo tenía claro que ni el sexy demonio conseguiría borrar la huella que el ángel había dejado en ella. Mandó un mensaje a Aiden para anular su cita y regresó a la habitación de Dakata y Dara, donde volvería a proteger su maltrecho corazón.

CAPÍTULO 23

Constantine despertó abruptamente cuando la puerta de su celda volvió a abrirse. Había estado sumido en la más absoluta oscuridad y la luz dorada lo cegó por unos momentos, pasados los cuales se sorprendió al ver que no era el Dragón el que lo visitaba. Llevaba más de un día allí atado e inmovilizado. Y nadie había ido a verlo desde su llegada, excepto el breve encuentro que mantuvo con su captor. Observó a las dos menudas mujeres que, con pasos cortos y cabeza gacha, se acercaban a él portando entre ambas una pesada fuente dorada. Ninguna lo miró ni hizo amago alguno de comunicarse. Tampoco tuvo oportunidad de intentarlo él, pues en cuanto depositaron la fuente bajo sus pies, el Dragón hizo su aparición. Su mirada carmesí había mutado, poseída por una luz azul eléctrico, que reconoció como el mismo poder que habitaba en Dakata.

De manera inconsciente, tragó saliva. Algo le dijo que estaba muy próximo a su final. Cuando las mujeres abandonaron la celda, cerrando la puerta tras ellas, clavó la mirada en el que iba a ser su verdugo.

—Aunque termines con mi vida, jamás las tendrás. Son fuertes, poderosas, y están rodeadas de amigos que darían su vida por ellas —le dijo con los dientes apretados.

El Dragón sonrió levemente antes de responder.

—La verdad es que cuento con ello. Y aunque creo que tú y yo habríamos podido mantener una conversación interesante, el tiempo se ha terminado.

Sus últimas palabras sonaron a sentencia, aún más cuando extendió los brazos frente a él y colocó los antebrazos hacia arriba. La luz incandescente

de sus ojos fluyó por el resto de su cuerpo, convirtiéndolo en una visión eléctrica. Constantine reconoció las marcas circulares tatuadas en sus muñecas, idénticas a las de Dakata. Representaban la katana Draka y ante sus ojos la invocó tan solo cerrando los ojos durante un segundo.

La imponente y soberbia arma apareció descansando sobre su piel. Estaba claro que pensaba usarla con él y no le cupo la menor duda cuando la lanzó al aire y con un movimiento limpio y rápido, la blandió frente a su rostro.

No llegó a sentir el corte, pero sí su sangre caliente descendiendo por su cuello pecho y abdomen. Se miró y la vio correr por su piel. Sabía que era suya y al mismo tiempo, no pudo creer que estuviese perdiendo la vida. Elevó el rostro hacia el Dragón, con estupor, y no pudo leer sentimiento alguno en ellos. Durante años había temido que su padre lo encontrase y lo desangrase como estaba haciendo ahora el vampiro frente a él. Y lo peor era saber que usaría su nuevo don para ir a por la mujer que amaba y a por Dara, su familia. Él sería responsable de sus muertes, pues con su sangre, aquel despiadado y letal vampiro sería invencible.

Empezó a oír caer la sangre en la bandeja dorada bajo su cuerpo y se preguntó cuánto tiempo tardaría en morir.

—Dieciocho minutos —respondió su verdugo con escarcha en las venas.

Dieciocho minutos, pensó él. Los últimos de su existencia. Estaba todo perdido y ni siquiera había podido despedirse de Dakata. Su imagen llenó su mente y quiso recrearse en cada una de sus facciones. La debilidad fue apoderándose de su cuerpo con cada latido que bombeaba su sangre para abandonarlo. La cabeza cedió por su peso y la bruma llenó su mente. Dakata volvió a él, y su recuerdo voló hasta el momento de su separación.

Podía verla con claridad, entre sus brazos, apoyada en su moto a punto de marcharse para cumplir con su misión de proteger al hijo de la Portadora.

Recordó cómo entrelazaron los dedos para ver las alianzas que se habían entregado días antes para sellar su compromiso. Estaban emocionados y se perdieron cada uno en la mirada del otro. Y entonces pronunciaron su juramento.

—Cada segundo... —dijo él.

—Cada minuto... —añadió ella.

—Cada latido...

—Cada aliento...

—Siempre tuyo —declaró él con devoción.

—Siempre tuya —terminó Dakata con un nudo en la garganta.

La besó, dejando una impronta de fuego, dilatada y profunda sobre sus labios. Luego ella se separó de él con pereza. Fue hasta la moto y subió tras ponerse el casco.

—Hasta pronto —le dijo ella antes de arrancar el poderoso motor y salir por la puerta del hangar de la base, recién abierta para su marcha.

—Hasta pronto —fueron sus últimas palabras mientras grababa la imagen de su marcha en la retina, para siempre.

Aquel fue su último pensamiento antes de caer en un pozo oscuro, y perder por fin la consciencia.

Dakata, completamente sudorosa, gritó retorciéndose en la cama y Dara fue hasta ella. Pasó una mano por la frente de su hermana y se preguntó qué más podía hacer para ayudarla. Se sentía impotente. Estaba sufriendo y no sabía si ella era la responsable, pues no se le quitaba de la cabeza que era mucha coincidencia que hubiese despertado su don, que hubiese estado poniéndose en contacto con su hermana y que de repente, su progenitor descubriese su existencia y decidiese ir a por ellas.

—¡Constantine! —gritó su hermana, igual que había estado haciendo las

últimas horas cada cierto tiempo, pero esta vez su voz sonó desgarrada por el dolor y la desesperación.

Y entonces la vio llorar en sueños.

—Está peor —dijo Nyree despertando de su letargo. Hacía un rato que se había quedado dormida en el suelo. A los pies de la cama.

—Es como si presintiese algo... Pero por su mente solo veo una pesadilla tras otra. No sé cómo ayudarla —dijo con pesar.

—Lo solucionaremos. Estoy segura —repuso Nyree, aunque convicción era lo último que sentía.

CAPÍTULO 24

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó Gabriel a Noah tomando asiento ante él en el banco, al otro lado de la mesa.

Noah la observó apartar el vuelo de su abrigo negro a un lado para sentarse y sus movimientos le parecieron de lo más elegantes e hipnóticos. Así le sucedía desde la primera vez que la vio. Para ella aún no había pasado, pero en poco más de dieciocho años coincidirían en una pequeña pero intensa batalla. Recordaba verla luchar y quedarse sin respiración, como en ese momento.

Aún así no dejó que las emociones se reflejasen en su rostro. Ya había cometido el error de besarla cuando la vio al llegar a la base. Jamás debía haberlo hecho. Él no estaba autorizado para dar cierta información que cambiaría la actuación y percepción de otros seres. Y mucho menos a ella, que no estaba destinada a unirse a él hasta dentro de muchos años.

Tragó la fresa que masticaba cuando ella se había sentado a la mesa que ocupaba en el comedor y pinchó otra sin apartar la vista de sus preciosos ojos castaños que ahora chispeaban de pura rabia. A él le gustaba más verlos enardecidos de pasión, pero tendría que conformarse, al menos hasta que volviese a su tiempo tras la misión.

—¡Te estoy hablando, majadero! ¿A qué estás jugando? —preguntó iracunda, inclinándose hacia delante.

—No estoy jugando, rubita —repuso él tras tragar. Después sonrió con parsimonia, reclinándose en la silla. Recorrió sus facciones elegantes y dulces que contrastaban tanto con su carácter fuerte y desatado.

Gabriel abrió mucho los ojos al oír su respuesta. Volvía a llamarla de

aquella forma tan poco respetuosa y con una confianza que no le gustaba lo más mínimo.

—¡No me mires así! —exclamó al ver cómo él la repasaba de arriba abajo con descaro.

—Es mi forma de mirarte.

Gabriel sacudió la cabeza aún más ofuscada.

—No te parece bien, de acuerdo. Entonces, dime ¿cómo te gustaría que te mirase, Gabriel? —le preguntó él con voz melosa y susurrante inclinándose hacia ella y acortando la distancia hasta que sus rostros quedaron muy próximos. De no tener una mesa en medio, le habría sido tan sencillo besarla que tuvo que tragar saliva y aguantarse las ganas de devorar su boquita descarada y juguetona. Nadie mejor que él sabía cómo usaba ella esa lengua altanera cuando se entregaba al deseo. Y sintió la excitación apoderarse de su cuerpo ante el recuerdo.

—Quiero que me hables con respeto...

—Yo te respeto. Pero no es respeto lo que buscas. Quieres tener el control y que te tema, como hacen todos. Y eso, rubita, no va a pasar.

La sonrisa arrogante de Noah terminó de encender al ángel, tal y como él había previsto. La conocía demasiado bien. En realidad, mejor que nadie. Y aunque una parte de él lo instaba a comportarse, tenerla allí, totalmente perdida y sin entender nada de lo que sentía era sumamente divertido. Cuando vio que ella alzaba una mano dispuesta a intentar atacarle otra vez, ya lo esperaba y su movimiento fue más rápido que el de ella.

Gabriel alzó la mano para dejar K.O. al motivo de su turbación. Desde que llegó a la base la estaba volviendo loca y como bien había dicho él, no le gustaba sentir que no tenía el control. Sacaba lo peor de ella y pensó que verlo fuera de juego uno minutos le proporcionaría cierta satisfacción y venganza. Pero al tiempo que ella alzaba la mano, él hizo su jugada, como si

le hubiese leído la mente. Se incorporó y mientras con una mano sujetaba la suya impidiendo el ataque, con la otra hizo un movimiento circular que detuvo a todos los que estaban en el comedor en ese momento.

Aturdida, miró a un lado y a otro y los vio completamente petrificados.

—¿Qué demonios...? ¡No puedes hacer eso!

—Lo hago desde que nació. Lo tengo bastante dominado, puedo asegurarte que no están sufriendo daño alguno —repuso él saltando sobre la mesa y colocándose frente a ella, que ahora se encontraba entre esta y el cuerpo grande y musculoso de Noah que la miraba con diversión—. Hazme caso, prefieres que nadie sea testigo de esto —le dijo justo antes de acercarse tanto a ella que cayó sobre la mesa, sentando el trasero sobre el frío metal.

Y antes de que pudiese protestar se apoderó de su boca, devastándola.

En el mismo instante en el que sus labios entraron en contacto, Gabriel volvió a sentirse poseída por el deseo más brutal y demoledor, al igual que la primera vez que él la besó. Durante aquellas horas, mientras estaban en la misma sala solo tenía deseos de asesinarlo, quería borrar su sonrisa satisfecha y orgullosa cuando cruzaban las miradas. Y cuando no lo veía solo podía recordar una y otra vez lo que había sentido estando en sus brazos. ¡Maldito fuera una y mil veces! Pero allí estaba, dejando que introdujese la lengua en su boca, deseosa de recibirlo. Como si su sabor fuese el único que necesitaba. Él soltó su muñeca, tan seguro de que no iba a atacarle que tuvo tentaciones de hacerlo, pero cuando usó ambas manos para tomar su rostro, su cuello, su nuca e intensificar la profundidad y ferocidad del beso, se quedó sin fuerzas. Las piernas le fallaron y se dejó caer en la mesa. Ella apoyó las manos en sus brazos, fuertes, definidos, y sintió el calor de su cuerpo tan tentador que anheló inmediatamente fundirse con su piel. Completamente enardecida, sus manos volaron por su cuerpo, llegando a posarse en su pecho. Allí sintió su corazón retumbar con fuerza, tan acelerado como el suyo, que apenas

conseguía contenerse en la caja torácica; exaltado, confuso, pero feliz.

Como si él estuviese poseído por el mismo deseo, hizo descender sus manos y con una de ellas rodeó su cintura, elevándola lo suficiente para que la otra se posase en su trasero de forma descarada, con la palma abierta, como si este fuera de su propiedad. La descarga de placer que invadió su sexo la hizo pegarse a él, que se acopló entre sus piernas. Sus cuerpos no podían estar más cerca sin dar el siguiente paso. Y eso era lo único en lo que era capaz de pensar. Abrió los ojos y se encontró con los de él, que la observaban hipnotizados y llenos de algo que no supo descifrar, pero tan sobrecogedor que la rompió por dentro.

De repente aquel sentimiento inmenso y abrumador poseyó su cuerpo, sacudiéndola. Era tan desbordante que tuvo ganas de llorar al tiempo que su corazón parecía a punto de estallar. Separó su rostro de él con temor.

—¿Por qué...? —fueron las únicas palabras que consiguió pronunciar sin romper a llorar.

—Porque te amo, Gabriel —le dijo él con aquella fascinante mirada enlazada con la suya, como si aquella frase lo explicase todo.

Todo su cuerpo comenzó a temblar y el oxígeno dejó de llegar a sus pulmones. Las lágrimas se agolparon en sus ojos amenazando con salir y empezó a marearse. No podía seguir allí y sintió la necesidad de huir. Lo apartó, empujándolo con ambas manos. Él no intentó volver a tocarla. Tan solo siguió mirándola como si le acariciara el alma mientras se dirigía a la puerta, caminando hacia atrás.

Y sin decir una palabra, se marchó.

En cuanto Gabriel abandonó el comedor, Noah dejó caer ambos brazos apoyándose en la mesa. En ese mismo instante todos los presentes volvieron a la actividad. Durante varios segundos intentó recomponerse mientras se maldecía a sí mismo por la poca voluntad que tenía ante ella. No había

sopesado la influencia que tenía en él antes de tomar la decisión de volver a ese punto de la historia. Tomó aire tan lenta y profundamente como pudo. Lo había complicado todo y en ese momento, a menos de una semana del ataque de sus enemigos, no podía permitirse ese tipo de distracciones. Tenía que solucionarlo, decidió. Pero justo cuando pensaba abandonar el comedor, Dominick entró buscándolo.

—Siento interrumpir tu comida, pero necesito hablar contigo —le dijo el vampiro. Y por su tono angustiado supo que tendría que aplazarlo, al menos por el momento.

CAPÍTULO 25

—¿Cómo pueden estar al tanto de nuestros planes? —preguntó Raynard, enfurecido, levantándose de la mesa.

—No lo sé, pero esa es la información que me han dado —apuntó Keller que había ido a comunicar al vampiro las últimas noticias que había conseguido de los hombres que tenía infiltrados entre los refugiados que protegían los Guardianes—. Mañana van a comenzar a desalojar la base de acogidos.

Keller vio a Raynard caminar por el salón de su mansión y aumentar su ira mientras se pasaba una mano por el cabello.

—Hay una cosa más... —se atrevió a decir.

Cuando el vampiro clavó su mirada carmesí en él, tragó saliva.

—Los Connor y Dakata están allí.

El temor inicial del licántropo desapareció al ver la sonrisa del vampiro, aunque esta fuera siniestra y cargada de maldad. Eso era lo que necesitaba, un aliado motivado. El resto del mensaje de su contacto, que informaba sobre algún tipo de mutación del vástago de la Portadora, decidió guardárselo, pues además de resultarle incomprensible seguro que era irrelevante, pues era solo un niño. Lo único importante para él era que el objeto de su venganza estaba en la base que Raynard por fin se había decidido a atacar en cuanto hubiese reunido a todos sus variados, peligrosos y múltiples aliados.

—No quiero perder el factor sorpresa. Habrá que adelantar las cosas — lo oyó decir, pero ahora no se dirigía a él, que para el vampiro ya era irrelevante, sino a su amigo Kendrick, que se alimentaba de una joven de expresión aterrorizada ante ellos. Este levantó su horrendo rostro surcado por

cuatro cicatrices que le daban una apariencia espeluznante, aún más cuando la mitad de la cara estaba cubierta de la sangre de la chica.

—Yo me ocupo de avisarlos —repuso Kendrick dejando a un lado el cuerpo convulsionante de la chica, que cayó al suelo—. ¿Avisas tú a nuestro aliado *vip*? —le preguntó levantándose y riendo con sorna.

El gesto de Raynard tornó a una mueca de asco.

—Tú ocúpate de tus cosas —le espetó con los dientes apretados, abrochándose el botón de la americana negra—. Y deshazte de eso, está dejando la alfombra hecha un asco —añadió con una mirada despectiva a la chica antes de salir del salón, dando por finalizada la reunión.

—La verdad es que este sitio... supera con creces cualquier cosa que hubiese imaginado —dijo Allison a Caleb mientras caminaban por el entramado de pasillos en dirección a sus aposentos.

Caleb, a punto de contestar a su esposa, se echó a un lado para dejar paso al demonio que salía en ese momento de uno de los cuartos con una sonrisa en los labios. Cuando vio que este quitaba el cartel de no molestar de la puerta y lanzaba un beso al interior, supo el tipo de encuentro que acababa de tener. Shinué, que venía en dirección contraria y fue testigo también de la escena, apretó las mandíbulas y ambos, ángel y demonio se sostuvieron las miradas de manera provocadora durante unos segundos hasta que cada uno desapareció por un lado del pasillo.

—Sin duda este sitio se parece más a un colegio mayor universitario que a una base militar —apuntó él sacudiendo la cabeza.

—Sí, hay mucha actividad —dijo ella sonriendo.

—Demasiada actividad.

—¡Vaya, pareces un viejo gruñón, Caleb Connor!

—Tal vez sea porque de repente somos padres de un hombre de veinti...

Por cierto, ¿cuántos años tiene nuestro hijo? —preguntó este mirando los números de las puertas.

—Los suficientes para besar a una bellísima ángel.

Ambos hicieron una mueca al recordarlo. Los cambios experimentados en su familia habían sido demasiado rápidos y no habían tenido tiempo de asimilarlos.

—Lo importante es que estamos juntos, que él está con nosotros y que mientras sea así, todo irá bien —dijo Caleb besando la frente de su esposa.

Ella asintió, cerrando los ojos y dejando que el calor de sus labios la reconfortara.

—Sí, todo irá bien —indicó colocándose ante su marido con una sonrisa coqueta. De repente sus ganas de estar a solas con él aumentaron. Quería sentirse nuevamente entre sus brazos, y tiró de él señalando el número de la siguiente puerta que coincidía con el de su llave.

Caleb le devolvió el gesto y fue a besarla cuando un grupo de cuatro pequeñas chicas aparecieron en el pasillo. Ambos las miraron, admirando su belleza etérea. Su piel era del color del marfil, sus facciones exquisitas, sus cuerpos esbeltos y dos hermosas alas semitransparentes, salían de sus espaldas. Cada pocos pasos, entre risas, alguna de ellas alzaba el vuelo unos segundos como si se saltasen las unas a las otras en algún tipo de juego infantil. Hasta que una chocó contra Allison.

—Perdón —dijo inmediatamente el pequeño ser dándose la vuelta para encararla.

Allison sonrió y asintió.

—No pasa nada —respondió al ver que la chica había dejado de sonreír y la observaba con curiosidad.

Allison se sintió un poco incómoda y miró a las compañeras de la chica que habían dejado su juego y la examinaban con el mismo interés que esta.

Cuando un tercer ojo se abrió en la frente de la que había chocado con ella, la sorpresa se vio reflejada en su rostro. El ojo parpadeó y la chica sonrió.

—Enhorabuena por el embarazo. Que la diosa bendiga a vuestra hija — les dijo la hermosa criatura.

Y ajena a la conmoción que acababa de provocarles, se marchó junto a sus compañeras, riendo por el pasillo.

Allison se quedó sin aliento y tuvo que aferrarse al brazo de Caleb para no caer al suelo.

—Una niña...

Su propia voz le sonó lejana y débil.

—Tal vez se haya equivocado —dijo esta vez aferrándose a la esperanza de que así fuese.

Caleb abrió la puerta y guió a Allison al interior para que pudiesen asimilar la información a solas. En cuanto la cerró la abrazó con fuerza.

—Las sílfides tienen el don de la psicometría. Pueden ver... cosas cuando entran en contacto con algo. No creo que se equivoque ni nos haya mentido.

—No puede ser una niña —dijo a punto de romper a llorar. No podía sopesar siquiera esa posibilidad en aquel momento, al borde de una batalla en la que toda su familia corría peligro.

—Cariño... —la llamó Caleb tomándola por los hombros—. Mírame. — Ella obedeció perdiéndose en la mirada ambarina de su marido—. Nuestros enemigos están a punto de morir. Y nadie, absolutamente nadie, va poner una mano encima a nuestra hija. ¿Me crees cuando te digo que protegeré a nuestra familia?

Allison asintió, sabiendo que el hombre que tenía frente a ella; su marido, el rey de los licántropos, el mejor padre que podrían tener sus hijos, cumpliría su promesa.

—Pues entonces tienes que confiar en mí. Y lo primero que necesito que hagas es que dejes que te ponga a salvo sacándote de aquí.

—¡No quiero separarme de ti y de Noah! —protestó ella frunciendo el ceño.

—Ambos lucharemos más tranquilos si no tenemos que estar pendientes de protegerte a ti y a nuestra hija.

Allison se mordió el labio, dudando. Pero sus palabras estaban cargadas de sentido común.

—¿Y dónde iré? —preguntó confusa.

—A ver a una vieja amiga. Jane estará encantada de que la visites. Hace mucho que no os veis.

Allison sonrió al pensar en su mejor amiga, la mejor musa que había conocido jamás, además de ser su editora y la madrina de Noah.

—Se llevará una sorpresa —dijo imaginando su reacción.

—No lo dudes. No podemos dejar que nadie sepa que te marchas. Es más seguro así. Le pediré a Aubrey que nos haga el favor de llevarte después de despedirte de Noah, mañana por la mañana.

—Está bien. Así lo haremos, con una condición.

—Lo que deseas.

—Que me beses toda la noche.

—Oh, cariño. Voy a hacer mucho más que besarte —dijo él con voz grave por el deseo. Pero antes de tomarla en sus brazos y demostrarle todo lo que tenía en mente, abrió la puerta y colgó en el pomo el cartel de «no molestar».

CAPÍTULO 26

—Por favor... —el tono de súplica de su hermana encogió el corazón de Dara.

—Dakata, es un suicidio.

—¡No! Es actuar en lugar de quedarse sentadas esperando que venga a por nosotras —repuso ella entre dientes, completamente fuera de sí—. ¡He pasado dos días durmiendo por culpa de esa bruja!

—Mandrágora solo intentaba ayudarte. Estábamos todos preocupados —señaló Dara mirando a su hermana a los ojos, que seguían de un azul eléctrico que le daba una apariencia escalofriante y letal. Pero no consiguió leer en ella más que desesperación, rabia y frustración. Era como si gran parte de su persona estuviese ausente, sumida en la locura.

—¡He perdido dos días! Ha tenido tiempo suficiente para torturarlo y matarlo —siguió Dakata con su discurso, sin tener en cuenta en ningún momento los intentos que hacía su hermana por calmarla.

—Yo también estoy preocupada por Constantine. Pero, ¿de verdad crees que él querría que pusieses tu vida en riesgo para salvarlo?

—No se lo habría preguntado.

—¡Por todos los diablos, hermanita, es un auténtico suicidio! ¡Es el vampiro más poderoso que conocemos! ¡Y somos su objetivo!

—Y es por nosotras que Constantine está en peligro.

—¿Y si es demasiado tarde...? —Dara expuso su mayor temor en un susurro, pero supo que se había equivocado cuando la energía de su hermana se apoderó de todo su cuerpo.

—¡No! ¡No puede haber muerto! ¡No puedo aceptarlo! ¡No puedo

perderlo!

Dara corrió hasta ella y la abrazó con fuerza, a riesgo de caer fulminada por una descarga. Para su sorpresa, la energía la cubrió a ella también, sin dañarla.

—Por favor... tienes que tranquilizarte —le suplicó a punto del llanto.

Su hermana hacía apenas dos horas que había despertado y desde entonces una única idea rondaba por su mente: encontrar al Dragón. Para eso quería que usase sus poderes e intentara contactar mentalmente con él. Lo más descabellado y terrorífico que había oído jamás. Ella no tenía aún el dominio absoluto de sus poderes. Y aunque así fuese, su progenitor era un vampiro con milenios de desarrollo de su poder. No eran rivales para él. Mucho menos cuando Dakata parecía poseída por el dolor y la ira.

—No puedo perderlo. Y si sigo esperando aquí no tendré oportunidad alguna de salvarlo —dijo ella y sus preciosos ojos se llenaron de lágrimas alimentadas por la desesperación.

No pudo soportarlo más. No quería perder a su hermana después de pasar tantos años sin ella. Pero tampoco quería verla sufrir como lo hacía. Dakata era lo único que tenía. Lo único que le importaba, junto a Constantine. Seguía pensando que contactar con su padre era un gran error, pero ¿de qué otra forma podría ayudarla cuando más desesperada estaba?

—Está bien —terminó por aceptar a pesar de sentir que estaban equivocándose completamente—, pero si consigo dar con él, si consigo conectar, él también sabrá nuestras intenciones. Sabrá que vas a por él, ¿lo entiendes?

—Tú solo dile que quiero intercambiarle por Constantine.

Dara vio reflejada su mueca de estupor en los iris de su hermana, pero ella parecía decidida.

—¿Es lo que vas a hacer? ¿Sacrificar tu vida?

—Lo que tengo pensado es mejor que no lo sepas. No queremos que lo lea en tu mente, ¿verdad?

La frialdad de Dakata le provocó un escalofrío. Pero finalmente, tomó aire, aunque este le pareció el doble de espeso, y cerró los ojos, intentando concentrarse.

—Ha sido la mejor decisión, padre. —Caleb escuchó a su hijo y asintió. Que estuviese en lo cierto no hacía más fácil la separación. Prefería ser él personalmente el que se ocupase de la seguridad de su familia. Y ahora que no podía hacerlo con su mujer, sentía que perdía el control. Aún así, no quería cargar a su hijo con más preocupaciones y se limitó a posar una mano sobre su hombro y decir:

—Lo sé. Y tu madre es muy fuerte. Estará bien.

—Puedo asegurarte que sí —repuso Noah con semblante relajado y su padre, simplemente, le creyó.

—Tenemos que hacer creer a todos que está indispuesta y que por eso no sale de la habitación. Nadie debe sospechar que no sigue con nosotros —le dijo sabiendo que el sacrificio de la separación no serviría para nada si se llegase a descubrirse que ya no estaba bajo la protección de los Guardianes.

—Aubrey se encargará de que corra la voz. Es la mejor manipulando información.

—Y flasheando. Ese don suyo nos has sacado ya de unos cuantos apuros. Tengo mucho que agradecerle —apuntó Caleb.

—Es una gran amiga. Lo hace con gusto. —El gesto con el que acompañó su comentario le hizo pensar en todo lo que sabía Noah y que no podía contar. Tenía que ser difícil para él. Apenas había tenido la oportunidad de hablar con su propio hijo, y quiso ejercer un poco de padre e interrogarlo.

—Ahora que hablamos de amigas... ¿Qué hay entre Gabriel y tú?

Noah se giró hacia él con una mezcla de sorpresa y diversión.

—Vas al grano —apuntó con una sonrisa azorada.

—No puedes culparme, no tenemos mucho tiempo. —Caleb se encogió de hombros y Noah cabeceó divertido—. ¿Y quién mejor que tu padre para mantener esta conversación?

El comentario hizo gracia a Noah que amplió la sonrisa.

—Nadie en absoluto. Por eso, en su día fui a hablar contigo y te conté mis dudas. ¿Y sabes? Me diste un gran consejo.

—¿No me digas? ¿Y qué consejo fue ese? —preguntó sorprendido, lleno de curiosidad.

La pregunta quedó en el aire, sin respuesta, cuando ambos escucharon unos gritos desgarradores provenientes del pasillo contiguo. Corrieron en esa dirección y no tardaron en darse cuenta de que salían de la sala de entrenamiento. Cuando entraron en ella, la escena los dejó perplejos. Dakata sujetaba a Dara por los hombros mientras esta se inclinaba hacia atrás en un arco que parecía a punto de quebrarle la espalda. De ella salía una luz eléctrica idéntica a la de Dakata, pero sus ojos habían adquirido la apariencia del oro fundido. Parecía totalmente imbuida en una especie de trance y presa de un dolor insoportable.

—¡Dara! ¡Lo siento! ¡Vuelve! ¡Vuelve conmigo! —le gritaba Dakata desesperada.

—¿Qué diablos está pasado aquí? —gritó Caleb y fue corriendo para sujetar a Dara.

—¡No, papá! No puedes tocarla ahora —lo detuvo Noah, impidiéndole el paso.

—Está sufriendo —apuntó él.

—Lo sé, pero si la tocas, morirás.

Sus palabras fueron suficientemente contundentes para detenerlo. Aún

así, Caleb no pudo dejar de mirar a la chica retorciéndose de dolor. Su gesto angustiado quedó petrificado en su rostro cuando vio a Noah acercarse a las chicas y, sin tocarlas, extender los brazos hacia ellas. Su hijo cerró los ojos y comenzó a dibujar en el aire, con las palmas abiertas, círculos que trazaban una energía dorada y tan solo unos segundos después, vio cómo ellas retrocedían en sus movimientos hasta quedar la una frente a la otra. Cuando Noah hubo terminado, ellas volvieron a su estado natural, en mitad de una discusión.

—¡He perdido dos días! Ha tenido tiempo suficiente para torturarlo y matarlo —gritó Dakata, enfadada.

De repente ambas hermanas voltearon para mirarlos, sorprendidas por su presencia.

—¿Qué hacéis aquí? ¿De dónde habéis salido? —les preguntó Dara.

Noah y Caleb vieron a las hermanas girarse hacia ellos con el ceño fruncido.

—Sorprendente, hijo, sencillamente sorprendente —dijo Caleb cruzándose de brazos con una sonrisa.

—Gracias —le respondió él—. Tenía que haber imaginado que intentarías algo como esto. —Se dirigió directamente a Dakata en ese momento.

—¿Me culpas por ello? —repuso ella más calmada, con gesto ofuscado.

Dara se sorprendió al ver que el destello azul de la mirada de Dakata bajaba al hablar con Noah, como si este fuese un bálsamo para ella. De haberlo sabido antes, lo habría llamado en cuanto su hermana despertó.

De repente las puertas de la sala de entrenamientos se abrieron y Dominick hizo su aparición, con el semblante descompuesto.

—Siento la interrupción, pero tenéis que venir conmigo, ahora mismo.

CAPÍTULO 27

Dakata corrió junto al resto que seguía a Dominick por los pasillos hasta una de las puertas traseras. No solían usar esa salida, tan solo transitada por los soldados que la custodiaban y se preguntó qué sería tan importante como para hacerlos ir hasta allí. Antes de abrir la puerta, Dominick se echó a un lado ocultándose de la luz. Había amanecido hacía ya algunas horas y él era el único del grupo que no podía salir al exterior. Aún confusa, siguió a los demás y lo primero que recibió fueron los rayos dorados del sol, cegándola. La iluminación del interior de la base era mucho más tenue y le costó unos segundos habituarse a ella. Para cuando lo hizo, su corazón se detuvo en seco y todo empezó a suceder como a cámara lenta ante sus ojos.

Los primeros en salir corriendo fueron Noah y Caleb, uniéndose a los cuatro soldados que rodeaban una figura tendida en el suelo. Los siguió, sin imaginar aún lo que estaba a punto de descubrir, pero al llegar al grupo, incluso antes de apartar a los soldados para abrirse paso, lo supo. Cuando vio que el cuerpo tirado en la calzada era el de Constantine, cayó de rodillas junto a él.

—Mi amor... —dijo tomando su rostro.

Estaba quieto, extremadamente quieto y pálido. Llevaba el torso desnudo y unos pantalones negros. Su cuerpo presentaba cicatrices que no le había visto antes y contuvo la respiración. Se inclinó sobre él dejándose caer sobre su pecho, en busca del latido de su corazón. Rezó en su interior. Aunque el grupo que la rodeaba hablaba, ella no era capaz de oír nada, salvo su propio corazón zumbando en sus oídos y su mente. Cuando escuchó el de Constantine, débil, pero claramente latente en su interior, el oxígeno volvió a

sus pulmones.

—Está vivo... está vivo... —dijo con un nudo en la garganta.

—Llémoslo dentro —dijo Caleb tomándolo del suelo rápidamente.

Dakata sintió el abrazo de su hermana y el brazo de Noah rodeándola por los hombros para guiarla al interior, y sin embargo no fue capaz de reaccionar sintiéndose en una ensoñación.

—A la consulta de la doctora Meyers —ordenó Dominick cuando pasaron por su lado. Los soldados cerraron la puerta y ella recorrió los pasillos hasta la consulta, caminando a toda prisa detrás Caleb y acompañada por el resto.

—¡Dios mío! ¿Es Constantine? —preguntó la doctora alucinada cuando lo dejaron sobre su camilla.

—Sí. Lo han dejado en una de las puertas traseras —dijo Dominick.

—¿Dejado? ¿Quién? ¿Cómo? Creía que lo había secuestrado... —fue a decir la doctora empezando a reconocerlo rápidamente.

—Sí, nosotros también. Es un milagro —respondió el vampiro.

La doctora la miró de soslayo mientras auscultaba el pecho de Constantine.

—Está débil, pero tiene buen ritmo —apuntó—. Tal vez deberías sentarte, querida. Estás muy pálida.

—No se preocupe por mí. Solo importa él —repuso ella sin poder apartar la vista del rostro del hombre al que amaba. Tenía latido, pero parecía más muerto que vivo.

—Oxigena bien —añadió la doctora comprobando la lectura del monitor.

—Pero está inconsciente... —dijo Dara leyéndole la mente.

—Las pupilas son reactivas.

Dakata vio que la doctora se fijaba en las mismas cicatrices que ella

había visto. Pasó sus dedos enguantados por ellas. Tenía una en el cuello y algunas incisiones más en el pecho, muñecas y muslos.

—Esto es extraño, la capacidad de regeneración de Constantine no debería haberle permitido tener marcas tras sufrir heridas. Es la primera vez que lo veo en un dhampiro —dijo sacudiendo la cabeza—. Pero a parte de eso, no veo nada más. Creo que solo necesita descansar —resolvió finalmente mirando a los presentes.

—Dejemos que lo haga, entonces —decidió Noah, invitando a todos a salir de la consulta, salvo a Dakata. Sabía que sería capaz de agredirlo si insinuaba siquiera que se separase de Constantine. Y lo entendía perfectamente.

—¿Quieres que me quede contigo? —preguntó Dara a su hermana.

—No, gracias. Estoy bien. Pero necesito que me hagas un favor y que avises a Michela de que su hijo está aquí.

—Claro —contestó Dara y dio un beso en la mejilla a su hermana antes de salir definitivamente de la consulta.

—Voy a ponerle un suero para hidratarlo —la informó la doctora girándose para tomar una bolsa que colocó en una barra junto a la camilla.

Dakata se limitó a asentir mientras tomaba la mano de su prometido y se la llevaba a los labios. Su tacto la hizo retroceder en el tiempo seis años.

—Ya está. Os dejaré tranquilos. Cuando despierte, por favor, avísame tocando este interruptor.

La doctora salió de la consulta y fue el momento en el que Dakata dejó que las emociones contenidas se desbocasen, rompiéndola en un llanto entre liberador, intranquilo, angustioso, confuso y esperanzador. Era tanto lo que sentía que no se veía capaz de asimilarlo. Ni de creerlo, porque él estaba allí. Tras cinco años de espera para poder volver a reunirse. Después de pensar que lo había perdido para siempre. Tras querer desaparecer junto a él, estaba

allí, con ella. ¿Cómo era posible? Los sacerdotes del monasterio en el que había estado recluido aseguraban que era el Dragón el que se lo había llevado. ¿Por qué estaba allí entonces? No lo había matado. Y esas marcas... Aiden había sido el último en estar con él, tenía que preguntarle si sabía cómo se las había hecho. Estaba tan confundida que no sabía qué pensar. Su mente se embotaba con una pregunta tras otra y terminaba por resolver que no importaba, porque él estaba a su lado. Y ya nadie conseguiría separarlo de ella, jamás.

Con ese pensamiento en mente, acercó la silla cuanto pudo a la camilla y apoyó la cabeza en el brazo de Constantine. Lo abrazó y tras eternos minutos de limitarse a sentir sus latidos al unísono, cayó en un profundo sueño.

Cuando despertó un par de horas más tarde, no estaba sola. Michela, sentada al otro lado de la camilla, tomaba la otra mano de su hijo.

—Hola —le dijo con una sonrisa, a pesar de que su rostro mostraba los estragos del llanto sobre su piel nívea.

—Hola —respondió ella devolviéndole la sonrisa.

—Ha vuelto con nosotras. —Michela soltó un suspiro contenido y cargado de emoción.

—Por fin —añadió con el mismo sentimiento inundando su alma.

—No se ha movido desde que llegué, pero la doctora dice que está bien. Cuesta creerlo viéndolo así, tan quieto, tan pálido.

—Lo sé. Pero estoy segura de que se recuperará. Está de vuelta y eso es lo que importa. Haya pasado por lo que haya pasado, el resto seremos capaces de superarlo —dijo ofreciéndole la mano a Michela por encima del cuerpo de Constantine.

Michela aferró su mano y ambas se miraron sabiendo que juntas serían capaces de hacer cuanto fuera necesario para que así fuese.

En ese momento se vieron sorprendidas por un movimiento en la

camilla. Las dos se levantaron inmediatamente para observarlo, inclinándose sobre él.

Constantine inhaló profundamente al tiempo que su espalda se arqueaba con violencia sobre la camilla. Ellas, impresionadas, dieron un paso atrás y entonces él se incorporó, abriendo los párpados. La nebulosa oscura y fantasmal que cubrió sus ojos antes de que estos recuperaran su habitual color gris las dejó heladas. Se miraron, reconociendo el mismo temor en sus rostros.

¿Era realmente Constantine el que había vuelto a ellas?

CAPÍTULO 28

—Hola, preciosa. —Dakata sintió la mano de Constantine rodearle la cintura desde atrás y su piel se erizó como cada vez que él la tocaba.

Sonrió mientras depositaba una docena de besos en su cuello y al girarse se perdió en su mirada gris.

—Hola, guapo —respondió ella mordiéndose el labio inferior.

Hacia tres días que Constantine había despertado y a pesar de haber pasado cada minuto juntos desde entonces, seguía creyendo que era mentira que estuviese allí y en tan buena forma. Parecía completamente repuesto y con una energía desbordante. Enseguida había dejado clara su intención de volver a su puesto como jefe de su escuadrón y a sus actividades dentro de la base y el Consejo. Y todo parecía ir bien, demasiado bien. Sobre todo cuando las dudas que compartía con Michela sobre su estado real seguían tomando fuerza cada día.

Constantine alegaba no recordar nada desde su estancia en el monasterio y, tras pasar diversos interrogatorios por parte de los guardianes, todos habían determinado creerle sin reservas. Y no es que ella pensase que mentía, pero a las pesadillas que su prometido tenía cada noche, de las que despertaba sudoroso y aterrorizado, tenía que sumar que en ocasiones seguía viendo esa bruma oscura en sus ojos. Esta era tan fugaz que muchas veces se intentaba convencer a sí misma de que la había imaginado, pero en su interior sabía que no era así.

Algo le había pasado y el responsable no era otro que el Dragón. Aiden le había asegurado que cuando lo dejó en el monasterio, Constantine no tenía cicatrices, por lo que la única explicación posible era que estas se debieran a

torturas a las que lo hubiese sometido. La posibilidad de que el vampiro se hubiese hecho con el poder de Constantine y ahora tuviese la capacidad de caminar bajo el sol, era algo que atemorizaba a todo el Consejo, por lo que habían cambiado las estrategias de protección de la base, sopesando la posibilidad de ser atacados durante el día.

Todos eran conscientes de la cuenta atrás que les acercaba cada hora un poco más a la batalla final, y por eso aprovechaban todos los minutos disponibles con sus seres queridos. Como ella en ese momento con Constantine. Lo besó, aferrándose a su cuello como si fuera la única tabla de salvación en el océano. Sintió su energía avivarse por la excitación. Desde el despertar de su prometido no habían podido disfrutar de un momento de intimidad que les permitiese unirse plenamente y cada caricia era una promesa para sus pieles, que ansiaban liberarse.

—Tal vez hoy... —susurró él frente a su boca, leyéndole la mente.

—¿Te sientes con fuerzas? —le preguntó ella, más por provocarle que porque pensase de veras que necesitaba descansar.

Las manos de Constantine se posaron en su trasero, dándole una sonora palmada en cada cachete y haciendo que ella pegase un gritito por la sorpresa. Después la elevó, haciendo que enredase las piernas en torno a su cintura y la llevó hasta la pared del dormitorio para apoyarla en ella. No se molestó en contestarle, tan solo devastó su boca con furia mientras una de sus manos comenzaba una incursión por debajo de su camiseta negra, buscando uno de sus pechos. En cuanto sintió su mano rodeándolo por completo, Dakata exhaló un gemido de pura necesidad y sus ojos se iluminaron de forma eléctrica. Cuando cruzó la mirada con la de Constantine, reconoció en esta la bruma oscura que tanto temía. Y de un empujón bajó, separándose de su cuerpo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó él atónito por su cambio de actitud

repentino.

—Nada... nada —volvió a repetir al darse cuenta de que su tono no era en absoluto convincente. Forzó una sonrisa—. Dara acaba de llamarme —mintió rápidamente utilizando a su hermana como excusa.

—¿Ahora? —preguntó él alzando una ceja.

—Quién sabe lo que querrá, pero será mejor que vaya a averiguarlo antes de que venga ella, ¿no te parece?

Constantine estiró las manos y, tirando de las presillas de la cinturilla de sus pantalones, la acercó a él. Cuando la tuvo a su alcance nuevamente depositó un beso dilatado y tentador sobre sus labios.

—Está bien —repuso resignado con un suspiro—, pero la próxima vez no te me escapas.

—De eso estoy segura —dijo ella con una sonrisa coqueta. Se separó de él y abrió la puerta. Le lanzó un beso y salió del cuarto sin esperar un minuto más. En cuanto estuvo a solas en el pasillo, la sonrisa se borró de sus labios y la preocupación volvió a su pecho comprimiéndolo dolorosamente.

No había caminado ni un par de metros por el pasillo cuando un sonido alto y tan agudo como para hacerla sentir que le reventarían los tímpanos llegó a sus oídos, haciendo que se tirase al suelo, aferrándose la cabeza con fuerza. Un segundo después, Constantine caía sobre ella para protegerla.

De rodillas en el suelo, giró el rostro para mirarlo. La preocupación también se reflejaba en su semblante. Sin soltarse los oídos, dejó que Constantine la ayudase a levantarse. Este le dijo por señales que debían ir a la sala de control y tras asentir corrieron hacia allí, sintiendo que cada paso era una agonía. Cuando llegaron allí, al tiempo que otros de los compañeros de la Guardia, comprendieron que el ser que les provocaba semejante grado de tortura era el menor de sus problemas.

Frente a ellos estaban Raynard, Kendrick y el Dragón, seguidos de más

un centenar de seres de diversas razas dispuestos a luchar por ellos. Como aquella espeluznante ondina que, en primera línea y con los brazos en cruz, abría una boca enorme de dientes afilados creando el sonido que los estaba aturdiendo. Dakata nunca había visto a un ser así, salvo en los libros de la biblioteca de los Guardianes. Y eso era porque aunque dichas criaturas pudiesen sobrevivir fuera del agua, su medio era el líquido elemento.

Clasificadas como extremadamente peligrosas, dominaban a sus contrincantes con el poder de su voz. Su aspecto era amenazador. Era un hembra de piel pálida y escamosa que tornaba del blanco translúcido al verde turquesa. El cabello largo flotaba en torno a su rostro de rasgos pavorosos, como si estos ondeasen en las profundidades del mar. Sus manos eran palmeadas, sus orejas puntiagudas y desde sus dedos, dos finas membranas caían hasta los tobillos, como si fueran las alas de un murciélago. Estaba sopesando la mejor manera de atacarla cuando vieron que una de las refugiadas que había estado guardando turno en una de las filas frente a los escritorios, se despojaba del abrigo que la cubría y, ante la mirada asombrada de todos los presentes, se estiraba triplicando su estatura y dejando de esta forma que se mostrase su forma real, la de una drider; una criatura terrorífica de ocho patas que fusionaba el cuerpo de una mujer con una monstruosa araña. Sus manos eran garras y su torso estaba cubierto por una armadura negra. Las driders no solían abandonar los bosques y esta sin embargo estaba allí. Para sorpresa de los presentes, tras mover las manos en una especie de sacudida, disparó una masa pegajosa y blanquecina a la boca de la Ondina que quedó silenciada. Durante unos segundos los asistentes de uno y otro bando permanecieron mirándose, midiéndose y guardando un silencio eléctrico que solo podía ser el augurio de las vidas que iban a caer allí, en ese mismo momento, en la batalla final.

—¡Querido hijo mío! ¡Qué alegría me da verte por fin de nuevo! —La

voz de Raynard rompió el silencio y Dakata apretó los dientes, miró a Constantine que centraba su atención en su padre y ella hizo lo propio con el suyo, cuyos ojos carmesíes la taladraban en la distancia.

El primer ataque vino desde sus propias filas: dos de los licántropos que habían llegado hacía unas semanas buscando refugio en la base se transformaron y fueron a atacar a Caleb. Este, sorprendido, cayó de espaldas en el suelo de cemento. En cuanto se produjo la transformación del rey, los guerreros de uno y otro bando corrieron los unos hacia los otros, adentrándose en la pelea.

Dakata no vio a Noah, aunque escudriñó la sala con rapidez, pero a la que sí divisó con estupor fue a su hermana, a varios metros de distancia. Cuando vio que el Dragón la estaba observando con interés, allí flotando sobre la masa, la sangre se le heló en las venas. Sin pensarlo dos veces, saltó, alzándose sobre el gentío, y mientras ascendía todo su cuerpo se iluminó de azul eléctrico. Bajo ella vio caer a las primeras víctimas de aquella batalla, pero solo estaba centrada en la energía de su don, que la poseyó inmediatamente y convocó a su katana. Esta apareció, sublime, apoyada en sus antebrazos. Con un movimiento rápido la blandió en sus manos y se dispuso a atacar a su progenitor antes de que este siquiera sopesase la idea de ir a por Dara.

Se sorprendió al ver que el Dragón se limitaba a observarla con gesto indolente, aunque viendo que ella se dirigía a él para atacarle, llevada por el recuerdo del secuestro y tortura de Constantine, sonrió. Completamente cegada por la ira, alzó su katana dispuesta a golpearle cuando escuchó el grito de Dara, que había sido apresada por dos soldados de Raynard. Su hermana pataleaba, forcejeando. Apretó las mandíbulas, echó un último vistazo a su progenitor que seguía sin moverse, y tras fulminarlo con la mirada prometiéndole un asalto, hizo una pirueta hacia atrás que le permitió caer en

el suelo con ambos pies, muy cerca de su hermana. Uno de los soldados que la tenían prisionera la soltó para enfrentarse a ella. Dakata solo precisó de un par de movimientos diestros con la katana para rebanarlo en dos. Sonrió, llevada por la satisfacción que le provocaba vencer a los enemigos y saltando sobre la cabeza del que mantenía inmovilizada a Dara, cayó sobre sus hombros y le partió el cuello con un movimiento seco y contundente. Apartó a Dara a un lado cuando un elfo le lanzó una piedra élfica de azufre y barriéndolo con una de sus piernas, lo hizo caer para perecer bajo el acero de su arma. Desde su posición vio a Aubrey, oculta bajo su escritorio, muerta de miedo, y le hizo señas para que fuese a por su hermana y ambas saliesen de allí. La pequeña enana asintió temblando, y en un pestañeo obedeció sus órdenes.

Cuando se dio la vuelta buscando a su padre, Dakata pudo ver entre los que luchaban a Caleb, que se defendía acabando uno tras otro con las vidas de varios de los de su raza, evidentemente insurgentes y contrarios a su nombramiento como rey. Cuando vio que uno de ellos era Keller, que se lanzaba contra él poseído por la rabia, sopesó si debía intervenir. Finalmente, viendo como se deshacía de él con facilidad, dedujo que no necesitaba ayuda.

Noah, Gabriel, Shinué, Aiden y Nyree peleaban contra demonios, arpías, y una docena de temibles drows de piel azul plomizo, cabellera albina, y armados con arcos y flechas envenenadas. Un poco más alejada de su posición estaba Michela, pero en el momento en el que un licántropo quiso atacarla, Dominick se lanzó sobre él y, aferrándose a su cuello, se lo quebró, salvando a su amiga.

Y entonces vio a Kendrick. Odiaba a ese sanguinario y asqueroso vampiro desde la primera vez que lo vio en la Colmena. Sabía que había degustado a todas las víctimas que habían caído en la arena, como habría hecho con ella de haber perecido allí también. Sus ojos se posaron en

Mandrágora, que en ese momento luchaba contra un demonio de tres colas sin ser consciente de que acaba de convertirse en el objetivo del vampiro.

No se lo pensó y saltando sobre las cabezas de los soldados de Raynard cruzó la gran sala, antes de llegar hasta él tomó impulso y rodó en el aire con la intención de golpearlo con su pierna. Kendrick tuvo que prever su plan porque se giró encarándola y antes de que pudiese alcanzarlo, la tomó por la pierna y la lanzó contra una de las paredes. El golpe fue brutal, sobre todo en la espalda y el cráneo cuando este rebotó con la superficie, que quedó resquebrajada. Sacudió la cabeza y la inclinó para mirarlo furiosa, antes de volver a la carga.

—Tu padre no quiere que te toquemos, pero tú te lo has buscado, preciosa —le dijo el repugnante vampiro antes de volar hacia ella.

No dejó que la sorpresa que aquella afirmación le provocó asomase a su rostro, tan solo se dejó poseer por la energía de su don. Cuando ambos se encontraron, Raynard quiso golpearla en el rostro y ella lo esquivó con una sonrisa. Lo tomó por el brazo y lo hizo crujir contra su rodilla, provocando el primero de los quejidos de dolor del vampiro. Mientras lo golpeaba, las caras de sus excompañeros de la Colmena fueron apareciendo en su mente uno tras otro y las imágenes alimentaban su ira hasta que se sintió a punto de estallar. Completamente cegada por la rabia, fue a darle el golpe de gracia. Haciendo una pirueta terminó sentada sobre los hombros del vampiro y le insertó la katana Draka en el cráneo al tiempo que un grito liberador escapaba de su garganta.

Constantine vio con orgullo caer el cuerpo de Kendrick al suelo desde el aire y a Dakata, su fascinante guerrera, sacar de su cuerpo la espada como si lo hiciese de un bloque de mantequilla. No podía admirarla y amarla más de lo que lo hacía en ese momento. Pero no tuvo mucho tiempo para deleitarse

en el sentimiento, pues otra horda de orcos fue a por él. Se enfrentó al primero conteniendo la respiración para no inhalar el hedor nauseabundo de su aliento y tras tres golpes certeros, le partió el cráneo. Al segundo lo usó como arma arrojadiza contra sus compañeros, lo que le brindó algunos segundos más para colocarse en posición de combate e incluso evitar que una de las víctimas de Caleb lo golpease al caer. Al dar un paso atrás, su espalda chocó contra la de otro de los guerreros. Cuando se giró para ver de quién se trataba, se encontró con Noah, que le brindó una sonrisa. Estaba a punto de devolvérsela cuando este alzó una mano deteniendo en el aire la daga que iba directamente a su garganta desde la otra punta de la sala. Esta vez sí le sonrió agradecido, pero no pudo detenerse al tener que girarse nuevamente a seguir con la lucha.

Noah acababa de impedir que un demonio hiriese con su daga envenenada a Constantine cuando intuyó que debía girarse. Efectivamente, lo hizo en el momento justo en el que seis bolas de fuego se dirigían a Gabriel, mientras esta luchaba contra una gorgona. Su cabello, formado por infinidad de serpientes vivas, además de sus colmillos de jabalí y alas de murciélago la convertían en una criatura espeluznante. El ser intentaba usar sus poderes mentales con Gabriel, mientras ella se defendía con su escudo de energía plateada. Noah elevó ambos brazos y obligó a las bolas de fuego a girar velozmente en el sentido de las agujas del reloj, estas se fundieron y después las dirigió contra la gorgona que, sorprendida, interrumpió su ataque contra Gabriel para defenderse. Fue el momento en el que ella lanzó su ataque más letal contra la bestia y con una pulsión plateada salida de la palma de su mano, la hizo estallar en mil pedazos. Cuando el ángel vio que la bestia había muerto, giró el rostro con el pecho aún precipitado en una carrera y la respiración acelerada para cruzar la mirada con la de Noah. Dejándose llevar

por el agradecimiento y el sentimiento que él le provocaba, le sonrió.

Raynard buscó enloquecido a su hijo entre la multitud. Cuando comenzó la batalla se vio sorprendido por el ataque de Timoleón, el semidios, que se lanzó contra él blandiendo su hacha y eso hizo que perdiese de vista su objetivo. Ahora, con Timoleón muerto y unos cuantos soldados de la Guardia más pereciendo junto a él, no pensaba perder un segundo más de su tiempo. Había ido allí convocando a todas aquellas criaturas con un único objetivo en mente: apoderarse de su don y someter por fin a todos los que habían intentado arrebatarse el poder alguna vez.

Lo primero que le sorprendió al llegar a la base era ver que su vástago se encontraba entre los Guardianes y no en poder del Dragón tal y como este le había asegurado, pero no tuvo tiempo de hacerse preguntas o conjeturar, pues la guerra que tanto había ansiado había empezado.

Sonrió con placer al divisarlo entre un grupo de orcos que arremetía contra él en ese momento y voló a su encuentro sobre el resto de participantes en la lucha. Cuando impactó con él, este lo miró con sorpresa. Y antes de que pudiese hacer ningún otro movimiento, lo aferró por el cuello y lo sacó de la masa de gente. Constantine forcejeó para liberarse y estuvo a punto de golpearlo, pero él contaba con un arma secreta. Abajo, entre los guerreros tenía a una banshee que se ocultaba bajo una capa gris. Esta lo mantenía inmóvil con su funesto ritual. Ese era su momento, por fin era suyo y una sonrisa grotesca se dibujó en sus labios al saberse tan cerca de su premio.

Dakata vio con horror cómo Constantine era apresado por Raynard. Se quedó helada al ver que este no se resistía y supo que alguien lo estaba ayudando. Entonces vio al Dragón con el brazo elevado en su dirección. Este giró la muñeca y estaba a punto de intensificar su ataque cuando ella saltó para atacarlo, enfurecida. Había llegado el momento de enfrentarse a su padre

y acabar con su vida para siempre. Alzó la katana por encima de su cabeza, dispuesta a rebanarle el cuello, y un grito desgarrador quedó preso en su garganta segundos antes de golpearlo cuando sintió que algo se lo impedía dejándola inmóvil. Abrió mucho los ojos al reconocer el poder que la mantenía pasiva en el aire, impidiendo que acabara con la vida de su padre. Y el estupor se apoderó de ella al tiempo que el corazón se le encogía dolorosamente en el pecho por la traición. Era Noah. Su Noah. Era él quien le impedía matar al monstruo de su padre y salvar a su amado.

Tan solo podía mirar con horror la ejecución de Constantine. Las lágrimas se agolparon en sus ojos y quiso gritar, pero ni siquiera eso pudo hacer. En su lugar vio que el cuerpo de su prometido se retorció por el dolor. Y entonces, de manera incomprensible, los ojos de Raynard se inyectaron en sangre. Esta empezó a salir por sus ojos, sus oídos, la nariz y la boca.

La mueca de horror del vampiro al saber que su vida estaba a punto de quebrarse en manos del Dragón apenas duró un segundo, pero se le hizo eterno. El dolor que lo desgarraba desde dentro y hacía hervir su sangre que burbujeaba en sus venas, haciéndolas explotar, fue devastador. Finalmente soltó el cuello de su hijo y cayó, como un muñeco flácido y roto, al suelo.

De repente, Dakata sintió que recuperaba la movilidad y guardando su espada, corrió a sujetar el cuerpo de Constantine antes de que este cayese al vacío. Ya entre sus brazos, vio que el Dragón había perdido todo interés en ellos y dirigía su ataque y su katana milenaria contra la banshee, que intentaba huir entre los guerreros. Antes de que pudiera hacerlo, cayendo sobre ella con la elegancia del mejor de los depredadores, le cortó la cabeza. Cuando esta se desplomó en el suelo, rodando entre los cuerpos de las bajas de ambos bandos, el Dragón descendió lentamente hasta aterrizar y entonces, estupefacta, le vio inclinar el rostro, reverencial, ante Noah.

Cuando los insurrectos se percataron de que el líder de su rebelión

había caído, no tardaron en tirar sus armas, alzar las manos y rendirse ante el poder de los Guardianes.

CAPÍTULO 29

—¡Nyree! —El grito de Shinué hizo que Dakata apartase la mirada del Dragón. Al darse cuenta de que el ángel corría hacia un cuerpo tendido en el suelo, fue también hacia allí junto a Constantine.

Cuando llegó, su amiga estaba medio inconsciente y herida. Tenía varios cortes que sangraban profusamente y el cuerpo magullado.

—Hay que llevarla con la doctora Meyers —dijo ella apartando uno de los cuerpos que cubrían sus piernas.

—¡Yo lo hago! —dijeron al unísono Shinué y Aiden, ambos junto a ella.

Ángel y demonio se miraron durante unos segundos, desafiándose. Pero el ángel no dio lugar a un duelo y limitándose a tomarla entre sus brazos, la elevó. Aiden estuvo tentado de enfrentarse a él hasta que Dakata lo detuvo, tomándolo del brazo.

—Déjalo. Créeme, es mejor así. Ella se alegrará de verlo allí cuando despierte.

Aiden asintió con una sonrisa cansada, entendiendo. Y se marchó a ayudar al resto de guerreros.

Los muertos se acumulaban en el suelo como la prueba inequívoca de la codicia, la decadencia y la depravación de las especies. Todos los que habían ido allí buscaban únicamente más poder, venganza o simplemente satisfacer su ansia de destrucción. Y era nauseabundo. Los guerreros miraron a su alrededor. Ambos bandos habían sufrido bajas, y aunque el bando de los Guardianes había salido victorioso, nunca una victoria sabía como tal cuando tenías que dar sepultura a los amigos que había perecido en la batalla.

Mientras los demás observaban los cuerpos de los fallecidos Dakata solo

tenía ojos para observar al Dragón. Aún no podía asimilar lo que había pasado. No entendía nada. Él era su enemigo natural, y no solo porque fuese su progenitor, porque se hubiese aprovechado de su madre y la hubiese condenado a la muerte al engendrarla. También había secuestrado a Constantine, lo había torturado tal y como indicaban las cicatrices de su cuerpo y no sabía qué más le había hecho para que hubiese vuelto cambiado. Y, sin embargo, Noah le había impedido matarlo. Y lo que era más desconcertante, había matado a Raynard. ¿Por qué razón? ¿Era un rival para él?

No le importaban los motivos, seguía siendo el enemigo más grande que tendrían. Y debía acabar con él. Invocó a su katana, mirando fijamente al Dragón. Este no tardó en darse cuenta y se giró para encararla. Cuando lo hizo, su mirada carmesí la taladró, pero lo que le impactó fue darse cuenta de que no era fría y estéril, sino cálida y cargada de curiosidad. Tragó saliva, pero no se detuvo: con la katana en alto, sobre su cabeza, siguió caminando hacia él.

—¡Dakata, detente! —oyó que le gritó Noah, interviniendo nuevamente en favor del vampiro.

Ella sacudió la cabeza, no queriendo pensar en ello. Noah, una de las personas más importantes de su vida. La traición era más dolorosa de lo que había pensado jamás. La sentía recorrerle las venas como espinas que la desgarraban por dentro. Finalmente se giró a mirarlo con el dolor reflejado en su rostro.

—No es lo que piensas, créeme —le dijo este.

«¿Cómo podría?», se preguntó aún blandiendo la espada.

Entonces vio que el Dragón hacía un gesto a Noah para que se detuviese y no interviniese. Este obedeció. Dakata frunció el ceño.

—Si quieres matarme, estoy dispuesto a perecer bajo tu Draka. Ambos

sabemos que lo merezco —le dijo su progenitor. Sus palabras consiguieron que se detuviese y ladease la cabeza—. Aunque no por todas las cosas de las que me crees culpable.

El aire en los pulmones de Dakata se hizo tan denso que le costó respirar. Su latido también aumentó la frecuencia y solo fue consciente de él. No iba a dejarse manipular. Si lo mataba, Dara estaría a salvo para siempre, y también Constantine.

—Si hubiese querido acabar con la vida de tu prometido lo habría hecho cuando lo tuve en mi poder.

—¿Admites entonces que fuiste tú quien lo secuestró? —preguntó sintiendo como la energía de su don crecía en ella alimentada por la furia.

—Por supuesto.

El silencio se hizo entre los presentes y la tensión aumentó. Sobre todo para Dakata cuando esta vio que Constantine se acercaba a ellos.

—De otra forma no habría podido acabar con su don.

—Querrás decir apoderarte de él —lo corrigió apretando los dientes.

—Quiero decir lo que he dicho. A mi edad considero una pérdida de tiempo andar con rodeos y subterfugios —alegó el Dragón y en su semblante no pudo leer más que calma—. Sabía que mientras poseyese un don tan especial, nunca estarías a salvo. Cualquier vampiro se sentiría altamente estimulado a capturarlo para arrebatárselo.

—Cualquier vampiro menos tú.

—Puedes creerlo o no. Pero mi vida ha sido suficientemente larga y cómoda en las sombras, no me interesa el mundo de la luz. Además, era mi regalo.

Dakata se limitó a alzar una ceja.

—Mi regalo para ti.

El pecho de Dakata se alzó y bajó varias veces llevado por la respiración

acelerada.

—Ha vuelto cambiado. Hay algo en él...

Sintió que Constantine la miraba interrogante.

—Era un riesgo que tenía que correr. Al apagar la luz, llega la oscuridad.

Dakata abrió ligeramente los ojos, sorprendida y preocupada.

—No temas, es el mismo. Al menos en lo esencial. Pero todo tiene un precio. Ya no hay sangre de ninfa en la suya.

—Es cierto —intervino Noah corroborando cada palabra.

Dakata miró a Constantine y a Michela, cuando ella sonrió, dejó salir el aire contenido en los pulmones. Bajó el rostro. Su progenitor le había devuelto a su prometido sano y salvo, y no sabía qué pensar de ello. Había pasado los últimos años, tras descubrir quién era, odiándolo, temiendo que fuera a por ella o a por su hermana, ¿y ahora le hacía un regalo?

—Mataste a mi madre —dijo sin elevar el rostro, queriendo acusarlo de algo de lo que no podría librarse.

—Lo hice —admitió él—. Pero no fue un acto consciente. Tu madre era estudiante de culturas orientales en la universidad. La conocí una noche en la que, la verdad, solo buscaba compañía femenina...

—Ahórrate los detalles —dijo ella.

—Me fascinó. Tan solo te diré que no era lo que yo esperaba y consiguió despertar en mí algo que no había surgido hasta entonces en milenios. Estuvimos juntos algunas semanas y después se marchó. Desapareció, imagino que al saber que estaba encinta de un monstruo. Jamás llegué a saber de tu existencia.

Dakata hizo una mueca; dicho así, parecía que había algo de humanidad en él y todo. Tuvo ganas de gritar de la impotencia.

—¿Y mi madre? —La voz de Dara la pilló desprevenida. La creía en

algún lejano lugar con Aubrey, pero ahí estaba. Cuando la vio caminar hacia el vampiro con curiosidad, la detuvo para que no se acercara a él más.

—Eso va a ser más difícil de explicar...

—Y quizás este no sea el mejor lugar para hacerlo —apuntó Dominick señalando que estaban rodeados de gente que presenciaba curiosa el momento.

En cuanto Dakata giró el rostro y les brindó un gesto ofuscado, todos apartaron la mirada, centrándose en sus tareas de recoger los cuerpos y ayudar a los heridos.

—Vayamos a la sala del Consejo —dijo Constantine, que no quería perder detalle de la explicación y hacerle unas cuantas preguntas más al Dragón sobre el tiempo que lo había tenido recluido y del que no recordaba nada en absoluto.

Todos asintieron y fueron hacia allí, convencidos de que lo mejor era encerrarse en una sala con el mayor depredador sobre la faz de la tierra. Aun así, Dakata prefirió cerrar la comitiva, con Dara a su lado, sin querer dar la espalda al Dragón.

Cuando llegaron al salón de juntas de la Orden. El Dragón no tomó asiento hasta que lo hicieron ellas. Dakata sintió la mano de su hermana aferrando la suya, cubierta de la sangre de la batalla. Pero este detalle no pareció importarle, centrada como estaba en observar con curiosidad y cierta fascinación a su progenitor. Ella, sin embargo, hizo una mueca, no tan dispuesta a convertir aquello en una feliz reunión familiar.

Apoyó el codo en la mesa e invocó su energía como una bola azul eléctrico e incandescente que dejó fascinados a todos, excepto al Dragón, que no se inmutó.

—Haz algo que me parezca raro y acabo la fiesta con fuegos artificiales —lo amenazó.

Apretó las mandíbulas al ver que él solo mostraba orgullo en la mirada.

—Pregunta, hermanita —instó a su hermana a comenzar.

Cuando dos horas más tarde, Michela, Dominick, Noah, Constantine, Dara y ella, terminaron de escuchar el relato del Dragón, todos habían enmudecido. No era de extrañar. Ninguno había imaginado que el mismo Dragón, tras la muerte de la madre de su hermana, su esposa humana, había entregado a su hija a una familia del pueblo que recibía su protección para que fuese criada entre los humanos y no por un monstruo como él. Junto con la niña, la familia había recibido bienes suficientes para toda una vida acomodada y un colgante con el sello del Dragón para la criatura.

Dara se sacó el colgante que llevaba al cuello con el símbolo del Dragón, para que él lo viera. Y Dakata no supo si estaba más sorprendida de que su hermana hubiese decidido llevar al cuello el símbolo de su progenitor o por la sonrisa que esta mostraba a su padre. Se pasó ambas manos por el rostro y resopló. Su hermanita estaba entusiasmada con el descubrimiento, pero ella aún no sabía qué pensar y tenía mucho que asimilar. Algo que no iba a conseguir allí, en su presencia.

—Si no os importa —dijo levantándose de improviso de la silla—, voy a ver cómo está Nyree.

—Por supuesto, no me voy a ningún sitio. Tendremos tiempo de hablar —dijo el Dragón justo antes de que saliera por la puerta.

CAPÍTULO 30

—No sé si deberías estar aquí. —Shinué, al escuchar el tono tajante de Dominick, se levantó de la silla.

—Si quiere que me vaya... —dijo esperando que no se lo pidiese. Solo había un lugar en la tierra y en el cielo en el que quisiese estar y era con ella.

La mirada negra como el carbón del vampiro lo taladró como si sopesase su respuesta. Lo entendía, era su padre y seguramente había sido testigo del sufrimiento de su hija cuando él se marchó. ¿Podía culparlo acaso por querer alejarlo de ella?

—No quiero hacerle daño. La amo —dijo como si ya no pudiese soportar más el peso de aquella declaración en su corazón.

—Los ángeles no sabéis amar. Sois seres atormentados y egocéntricos.

—Puede que sí, en su mayoría. Se nos suele tachar de eso. Pero puedo asegurarle que todo lo que he hecho ha sido para evitarle sufrimiento.

—Si querías evitar romper su corazón, haberte marchado antes de hacerle creer que le entregabas el tuyo, como ella hizo contigo.

Dominick no pensaba frenar su lengua. Nyree era su única hija y la quería más que a su vida, aunque esta no fuera capaz de verlo por encima de la rabia que sentía hacia él por ser su padre. Era su pequeña, y la defendería con uñas y dientes (o más bien, colmillos) si era necesario.

Vio que el ángel bajaba la cabeza, aceptando sus palabras.

—¿Por qué has vuelto? ¿Qué es lo que quieres de ella? —preguntó cruzándose de brazos.

—Creo...—comenzó a decir Nyree con un quejido de dolor, intentando levantarse. En cuanto vieron que había despertado y quería incorporarse en la

camilla, ambos fueron prestos a ayudarla— que eso debería decírmelo a mí —terminó ella, moviendo la cabeza a un lado y a otro. Se revisó con las manos y vio que sus heridas se habían cerrado, pero el dolor de la cabeza seguía persistiendo.

—Voy a llamar a la doctora, querrá revisarte —dijo Shinué y salió de allí antes de que pudiese impedírsele.

—A ese chico se le da bien salir corriendo —dijo su padre mirando hacia la puerta.

Nyree hizo una mueca.

Había escuchado cada palabra de la conversación entre ambos. La había disfrutado demasiado como para interrumpirlos a ambos. Un tercer grado de su padre no era algo que cualquiera pudiera aguantar. Y que torturase un poquito al ángel era hasta divertido. Hasta que oyó la pregunta de su progenitor y supo que aquella información la quería de momento solo para sí misma.

—No es ningún chico, padre. —Dominick estaba a punto de protestar hasta que oyó el tono que usó su hija para referirse a él. Por primera vez, la palabra «padre» no era una lanza que quisiera arrojarle con ironía o desprecio. Muy al contrario, cuando enlazó la mirada con la suya, verde y cristalina, en esta creyó ver gratitud. Estuvo a punto de jugársela y acariciarle la mejilla, conmovido, pero no quería forzar las cosas.

Por eso, cuando su hija rodeó su cintura y lo abrazó, sintió que algo estallaba en su pecho. No recordaba haber estado tan emocionado en su vida, salvo el día en que supo que tenía una hija. Sin querer perderse un segundo de ese momento, le devolvió el gesto y la rodeó de igual manera. Era ya una mujer, pero él la sentía tan pequeña... Su niña.

—Perdón, siento interrumpir. —La voz de Michela los sorprendió a ambos desde la entrada.

—Tranquila, no interrumpes —se apresuró a decir su padre y a Nyree le pareció percibir cierto nerviosismo en su voz. Enseguida se puso alerta.

Michela entró en la consulta de la doctora y se acercó a la camilla para preguntarle cómo estaba. Nyree le aseguró que mucho mejor, dibujando una sonrisa. Pero estaba más centrada en apreciar cómo su padre se había apartado para que la madre de Constantine pasase, y en el rubor de la ninfa cuando lo hizo. De repente, sus ojos se abrieron desorbitadamente. ¡Por todos los dioses! ¡Su padre y Michela tenían algo entre ellos! ¿Cómo no se había dado cuenta? Había estado tan centrada en su escasa vida amorosa que no había prestado la más mínima atención. Pero ahí estaba, en la forma de mirarse, de evitar tocarse cuando era más que evidente que deseaban hacer lo contrario.

—Si decidís contraer nupcias, Constantine sería algo así como mi hermanastro, ¿verdad? —preguntó a bocajarro, demostrando una vez más que no tenía filtro entre la cabeza y la boca.

—¡Nyree! —la reprendió su padre rápidamente con energía.

Michela sin embargo apretó los labios y contuvo una sonrisa avergonzada apartando la mirada.

—¿Qué? Ya no tienes edad de andarte con jueguecitos, ¿sabes? La inmortalidad no es excusa para perder el tiempo —repuso ella sabiendo que con su comentario estaría poniendo a prueba el autocontrol de su padre, que parecía a punto de echar chispas por los ojos.

—¡Eres incorregible!

—Y por eso me quieres. Además, me alegro por vosotros. Y sobre todo, por mí. Siempre quise un hermanito —terminó con una gran sonrisa que no cabía en su rostro.

Michela ya no se contuvo y rompió en carcajadas. Dominick la miró sin saber qué hacer y terminó por seguirla.

Cuando Shinué entró de nuevo en la consulta, los tres compartían risas de forma escandalosa. Hasta que lo vieron. Entonces Michela se llevó una mano a los labios para ocultar la suya. Dominick empezó a carraspear y ella cambió el gesto al más indiferente que pudo encontrar en su repertorio.

Lo último que quería era que él pensara que estaba encantada con que estuviese allí, aunque fuese cierto.

Al ver el cambio de actitud de todos, Shinué se sintió incómodo.

—La doctora viene en unos minutos, estaba atendiendo a un herido grave.

—Yo puedo esperar, ya me siento perfectamente —se apresuró a decir rápidamente, queriendo levantarse.

Shinué se lo impidió poniendo una mano sobre su hombro y el simple contacto de su piel hizo que dejase de intentarlo, pues la turbación ya se apoderaba de ella.

—No hasta que te revise y se cerciore de que es así. —La respuesta contundente del ángel como si creyese que podía darle órdenes, hizo que entornase la mirada.

—Es buena idea —dijo su padre, dándole la razón y entonces Nyree tomó aire cargándose de paciencia—. Nosotros nos vamos. Tenemos asuntos... que atender.

—Apuesto a que sí —repuso ella con los dientes apretados al saber que se quedaría a solas con el ángel.

—Me alegro de que estés bien, Nyree —le dijo Michela con una sonrisa. Y viendo cómo se caldeaba el ambiente, salió de allí rápidamente.

En cuanto quedaron solo ellos dos, Nyree se cruzó de brazos y miró hacia la pared, como si esta fuese repentinamente digna de análisis.

—No hace falta que te quedes. Seguro que tienes asuntos más importantes que tratar —le dijo con la esperanza de que pillase la indirecta.

—No hay nada más importante para mí que tú —dijo él con su voz grave y contundente.

Por un segundo, Nyree se quedó sin palabras, pero reaccionó con rapidez.

—Claro, hasta que las cosas se pongan serias, ¿verdad? Entonces sacarás tus relucientes alas blancas y saldrás volando de aquí.

—Me lo merezco.

—Me agrada que estemos de acuerdo por una vez.

—Lo merezco por hacerte creer que era así. Que me marchaba por miedo o porque no valoraba lo que había entre nosotros.

Nyree empezó a reír incrédula.

—Y no es así, ¿verdad? ¡Pobre angelito incomprendido! —dijo ella levantándose de la camilla para, dándole la espalda, tomar su chaleco manchado de sangre de la silla y empezar a ponérselo.

—No soy una víctima, soy un guerrero. Y tengo un deber. Los ángeles no contamos los problemas que tenemos ahí arriba. Desestabilizaría la paz aquí abajo. Nos debilitaría como especie. Cuando me convocaron habían muerto cinco de mis compañeros, asesinados. Gabriel estaba desaparecida y yo era el responsable. Decidí quedarme para estar contigo, para vivir lo que hay entre nosotros. Fui egoísta y ella estuvo a punto de morir por mi culpa.

Nyree no quiso volverse, escuchó cada palabra sintiendo que se le erizaba la piel con cada nueva revelación. Lo había odiado, aún seguía haciéndolo. Solo tenía que habérselo explicado...

—Sé que no es excusa para ti. Que debí contarte lo que pasaba. Sé que lo habrías entendido. Eres una guerrera feroz, comprendes lo que es el deber y la lealtad, pero también lo que es el dolor. Durante ese año me dijiste cada día que no entendías cómo Dakata y Constantine podían estar separados sin saber cuándo y si podrían reunirse siquiera. No quería que sufieras por mi

causa de la misma manera.

—¿Pensaste que sufriría menos creyendo que habías jugado conmigo? ¿Que lo nuestro no había significado nada para ti?

—Pensé que con el tiempo terminarías olvidándome y que te estaba dando la oportunidad de ser feliz.

—¿Tan frugal crees que es lo que siento por ti?

A esas alturas de la discusión la rabia había hecho que las lágrimas, traicioneras, asomasen por sus ojos.

—¿Sientes? ¿En presente? ¿Y el demonio? Hace unos días calentó tu cama... —quiso reprocharle él llevado por los celos al recordar que lo había visto salir de su dormitorio, demasiado contento.

Ante de que pudiese esperarlo, Nyree le propinó un guantazo que, aunque no consiguió mover el rostro del ángel ni un milímetro, a ella le dejó la palma con un cosquilleo latente. Le sentó de maravilla.

—¿Quién te crees que eres para hablarme así? ¡Y sobre todo, para inventar esas cosas!

—Lo vi salir de tu dormitorio. Quitaba el cartel de «no molestar», ¿qué quieres que piense?

—Pues que después de nuestro encuentro en la sala de entrenamientos me di cuenta de que jamás podría volver a tener nada con nadie, ni siquiera con Aiden, y anulé nuestra cita. Yo puse el cartel de «no molestar» porque quería que me dejaran en paz. Pero él vino a asegurarse de que estaba bien y que todo quedaba conforme entre nosotros. Hablamos, solo hablamos y quedamos como amigos. ¡Todo lo demás son elucubraciones tuyas y de tu mente enfermiza!

Shinué, más complacido de lo que podía expresar en ese momento, la tomó por la cintura con ambas manos y la pegó a su cuerpo.

—Sí, estoy enfermo. De celos, de la necesidad que tengo de ti. Me tiene

enfermo el amor que siento por ti y que no me permite hacer otra cosa más que tenerte en mi mente todo el día —dijo contra sus labios—. ¿Es lo que querías oír? ¿Lo enfermo que me tienes?

—¿De amor? —preguntó ella con voz trémula.

—Del más absoluto, loco y temerario amor. No puedo vivir sin ti, Nyree. Necesito pasar el resto de mi existencia a tu lado.

Nyree sentía que le iba a estallar el corazón en el pecho, pero en lugar de besarlo que era lo que ansiaba, apartó el rostro.

—¿Y si tienes que volver a marcharte?

—Debo cumplir con mi deber. Tú lo entiendes como guerrera. Pero jamás lo haré sin contártelo, sin despedirme. Y siempre... siempre volveré a tu lado, mientras tú quieras esperarme.

Shinué elevó una mano y acarició su mejilla color canela. Nyree se dejó llevar por la necesidad y siguió la caricia, buscando el calor de su piel. Ese que anhelaba más que respirar. Lo amaba. Ni toda su rebeldía, ironía y sarcasmo podían negar algo como eso, y cerró los ojos, queriendo escuchar solo el latido frenético de su corazón cuando estaba con él.

Shinué aprovechó y descendió para posar sus labios carnosos sobre los de ella, primero muy despacio, como tentándola, pero cuando Nyree abrió los labios ofreciéndose a él y entregándole su aliento, se lo bebió por completo. La rodeó con fuerza con sus brazos y expandió sus alas, soberbias e imponentes para rodearlos a ambos y aislarlos del mundo mientras se fundían en un beso abrasador, declaración abrumadora de cuánto se amaban el uno al otro, esta vez para siempre.

Cuando la doctora Meyers llegó a su consulta se quedó sorprendida al ver que allí no estaba Nyree esperándola. Sacudió la cabeza. Shinué le había insistido muchísimo en que debía ir a verla y asegurarse de que estaba bien. Estaba claro que su recuperación tenía que haber sido total. Se encogió de

hombros, contenta de tener un paciente menos, y regresó a la sala de control en la que tenía aún muchos heridos que atender.

CAPÍTULO 31

Gabriel acababa de salir de la ducha cuando llamaron a su puerta. Frunció el ceño, molesta, y se envolvió en una toalla blanca. No sabía de quién podría tratarse, pero no eran horas de llamar a la puerta de nadie. Habían pasado unos días espantosos entregando los cuerpos de los fallecidos a sus clanes y familias, dando sepultura a los muertos y apoyando a los vivos que debían asumir la muerte de un ser querido. Había sido agotador, física y mentalmente. Y aquella tarde, con el nombramiento de los miembros nuevos del consejo que debían sustituir las cuatro bajas que habían sufrido entre ellos, tampoco había resultado sencilla. Todos apreciaban y respetaban a Timoleón, representante semidiós, a Amanda, la representante humana, Lorien, la de las hadas, y Orrin, el entrañable y bonachón gigante. Eran grandes pérdidas y había tenido que contener el llanto durante la celebración de la asamblea. Solo había esperado a llegar a sus aposentos para poder descargar su dolor y darse una ducha que la ayudase a relajarse.

Y ahora, con el rostro enrojecido y sintiéndose agotada, tenía que dirigirse a la puerta, rezando para que no se tratase de algún asunto importante para el Consejo. Lo que era poco probable, porque de no ser así, nadie osaría molestarla. Resoplando y con cara de pocos amigos, abrió la puerta sin preguntar de quién se trataba. Cuando vio que era Noah, quiso volver a cerrarla de inmediato, aunque así habría demostrado debilidad. Por lo que en lugar de eso, aferró el filo de la toalla para ajustarla bien a su cuerpo y se enderezó, intentando adoptar la postura más fría posible.

—Buenas noches —le dijo Noah.

—Prometían serlo hasta que has llamado a mi puerta —dijo ella

sintiendo el corazón a punto de saltarle por la boca. Sus mejillas se encendieron al ver que él deslizaba la mirada por sus hombros desnudos y después por la toalla que ella aferraba como si le fuese la vida en ello.

—No he venido a importunarte...

—Eso lo dudo.

—Sino a despedirme —terminó la frase. Y ella, que lo había interrumpido cerró la boca de golpe creyendo haber oído mal.

—¿Irte? ¿Por qué? ¿A dónde? —Las preguntas escaparon de sus labios una tras otra y cuando se dio cuenta de que las había verbalizado llevada por la angustia que la idea de su marcha le provocaba, se cubrió la boca como si así pudiera borrarlas.

—Tengo que volver a mi tiempo. Ha llegado la hora —dijo él al tiempo que daba un paso hacia delante y le apartaba la mano de los labios.

Gabriel estaba segura de estar a punto de sufrir un infarto. Si no supiese que no podía morir de esa forma, habría corrido a la consulta de la doctora Meyers.

Su tiempo, pensó. Apenas había explorado lo que sentía por él y debía volver a su tiempo. Sabiendo que sus sentimientos la hacían vulnerable, debería estar contenta, pero no era así. Muy al contrario, sintió sus palabras como una daga que se le clavaba en el pecho de forma tan dolorosa que le faltó el aire. Se había enamorado de un ser de otro tiempo, de un elemental. De un...

—No temas. Todo va a ir bien —le dijo Noah abrazándola y llevando su cabeza contra su pecho grande y fuerte que la recibió, cobijándola. Sintió que se estremecía, a punto de romper a llorar.

—Nada puede ir bien. No lo entiendo. ¿Qué debo sentir? —balbuceó ella.

Habría querido separarse de él y hasta arrojarle algo a la cabeza y hacer

que desapareciese, pero no podía. ¿Cómo podía enfrentarse a un futuro de años de soledad después de saber lo que sentía por él?

—Gabriel, mírame —le ordenó él. Verla tan frágil y por su causa era sumamente doloroso. Y aunque ella no lo entendiese, lo iba a arreglar. Se lo debía a ella, a él y al futuro que les esperaba juntos.

Ella obedeció tras limpiarse la mejilla con la mano.

—Solo necesito que respire profundamente y me escuches.

Asintió y obedeció cuando se sintió hipnotizada por el brillo ambarino que adquirieron los ojos de Noah.

—Te amo. Y te buscaré siempre, a través del tiempo y espacio, porque tu alma es mía y la mía es tuya.

Gabriel sintió que nuevas lágrimas se precipitaban por sus mejillas, pero esta vez no quiso ocultarlas, solo podía mirarlo y creer cada una de sus palabras, aferrándose a ellas como a la única tabla de salvación. Y entonces él, tomando su pequeño rostro entre las manos, la besó. Un beso cálido, dulce, y cargado de promesas que dejó temblando su cuerpo, sobre todo cuando pocos segundos después, él abandonó sus labios para ir a su frente. Allí volvió a besarla, esta vez de forma más prolongada y casi íntima.

Cuando Noah se separó de ella finalmente, Gabriel le devolvió una mirada confusa. No esperó un segundo más y brindándole una última sonrisa, se marchó, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Cómo está? —le preguntó su padre al llegar a la esquina del pasillo donde él lo esperaba.

Noah tragó el nudo de emoción de su garganta antes de hablar.

—Bien. No recordará nada.

—¿Nada de nada? —preguntó Caleb sorprendido.

—Nada de mí, de lo nuestro.

—Has hecho lo correcto. Es mejor así, hijo.

—Lo sé —Noah tomó aire, llenando los pulmones—, pero nunca es fácil separarme de ella.

—No sabes cómo te entiendo —le dijo su padre.

—Y por eso vamos a reunirnos ahora mismo con mamá. Ha llegado la hora de que regrese mi otro yo.

—No te lo tomes como algo personal. He disfrutado mucho del tiempo que hemos pasado juntos, y sobre todo de ver con orgullo el gran hombre en el que te has convertido. Pero no quiero perderme un solo minuto de tu crecimiento.

—Recuerda ese deseo para siempre, ¿vale? Porque no dirías lo mismo si supieses en todos los líos en los que estoy dispuesto a meterme en mi infancia y adolescencia.

Caleb se detuvo sopesando sus palabras y Noah rompió en carcajadas por el pasillo.

Dakata, con paso resuelto, caminó hacia la sala de entrenamientos. Era el único sitio en el que aún no había buscado a su hermana. Quería despedirse antes de marcharse para acompañar a Noah.

—¿Estás lista? —la interceptó Constantine por el pasillo, a punto de abrir la puerta de la sala de entrenamientos.

Su prometido la tomó por la cintura para pegarla a su cuerpo. En ese mismo momento toda ella despertó al deseo. Tuvo que hacer un esfuerzo para centrarse en la conversación.

—Casi, quería despedirme de Dara antes de marcharnos, pero no la encuentro.

—Bueno... en cuanto a eso... No puedo ir contigo.

—¿Cómo que no? Pensé que querías acompañarme.

—Y quiero. Pero el Consejo me ha pedido que me ocupe de algunos

asuntos y me es imposible. Lo siento. —Constantine se sintió mortificado por mentir a Dakata, pero sabía que era lo mejor. Su chica hizo un mohín que le resultó muy gracioso y la besó sin poder reprimirse.

—Está bien. No puedo resistirme si vas a disculparte así —le dijo separándose con pereza de sus labios—. Pero cuando vuelva, tendrás que compensarme.

—Con eso ya contaba —le aseguró él—. No tardes.

Constantine se fue por el pasillo brindándole una sonrisa y ella lo observó marcharse hasta que giró la esquina, con una sonrisa embobada. Después recordó que seguía buscando a su hermana y abrió la puerta de la sala de entrenamiento, solo un poco por si alguien la estaba usando. No quería molestar. Se quedó perpleja cuando vio al Dragón y a su hermana, uno frente a otro, con los ojos cerrados. Su progenitor tenía las muñecas hacia arriba y Dara hacia abajo sobre las de él. La energía de ambos fluía de un cuerpo a otro. Estaban entrenando.

No sabía cómo sentirse al respecto. Ella aún no era capaz de hablar con él, como si pudiese borrar de un plumazo todo aquello que la había hecho odiarlo durante años. Cerró la puerta con sigilo y se miró las botas.

—¿Todo bien? —le preguntó Noah, apareciendo de repente.

Dakata elevó el rostro y sonrió.

—Perfectamente —le aseguró, aunque algo le decía que él no terminaba de creerla. Aun así, él no insistió, se limitó a pasar un brazo sobre sus hombros y se marcharon para reunirse con los demás.

Allison abrazó a su hijo con fuerza y un nudo de emociones se aposentó en su garganta.

—Mi niño... —le dijo tomando su cara entre las manos.

—Tu niño estará de vuelta en unos segundos, mamá.

—Lo sé, pero hemos tenido tan poco tiempo para poder hablar... Siento que me quedan tantas cosas por preguntarte y decirte...

—Tenemos tiempo, madre. Toda la vida, te lo aseguré.

Ella asintió, emocionada, y dejó que su hijo volviese a abrazarla.

—Vamos, cariño. Tenemos que dejar que se marche —le dijo Caleb posando una mano en su hombro.

Allison se limpió una lágrima furtiva y sonrió a su hijo cuando este se acercó al gran Árbol de la Vida, junto a Dakata. Pero antes de comenzar a subir, Noah volvió a girarse y le dijo:

—Madre, no temas. No es una Portadora. El mundo tendrá mucho más que temer de ella que ella del mundo. Será una princesa admirable.

Allison se llevó las manos a la boca, sorprendida, agradecida y emocionada a partes iguales. Las lágrimas de felicidad llenaron sus mejillas y Caleb y ella se fundieron en un abrazo, al tiempo que veían a su hijo marchar, comenzando la escalada.

A algunos metros de altura, Dakata se giró a mirar a Noah con admiración.

—Sé que compartir información del futuro es muy difícil para ti, pero eso ha sido muy bonito —le dijo escalando a la par que él. En esta ocasión, el árbol la había dejado hacerlo sin sufrir un dolor agónico, algo que agradecía.

—Siento no haber podido hacer lo mismo por ti, avisándote de lo de tu padre. Era muy peligroso, si hubieses reaccionado de forma diferente podrías haber cambiado el transcurso de la historia.

—Lo entiendo —dijo ella apartando la mirada y subiendo un tramo más.

—No, no lo haces —la detuvo él tomándola de la mano—. Tienes que creerme. Él no es una amenaza para ti. Ha vuelto para formar parte de vuestras vidas y puede enseñarte mucho.

—Tomo nota —dijo ella forzando una sonrisa.

Noah resopló y le devolvió el gesto, pero el suyo era limpio y genuino, transmitiéndole las cosas que solo él podía hacerle sentir.

—Dakata, te quiero. No solo eres mi maestra, también eres mi amiga y una parte fundamental de mi vida. Y quiero que seas feliz.

Aquellas fueron las últimas palabras que Dakata escuchó de él, porque él tiró de ella y ambos separaron las manos del tronco, cayendo juntos al vacío.

Segundos más tarde, Allison, Caleb y Aubrey vieron caer a Dakata acompañada de Noah, pero esta vez fue el niño de cinco años quien saludó a su familia con una sonrisa. Todos corrieron a abrazarlo al más puro estilo de los Connor.

CAPÍTULO 32

Pony estaba en la cocina con Casey haciendo un pastel de manzana. Hacía uno cada día porque era el favorito de su nieto. Todos los días se levantaba temprano, preparaba los ingredientes, encendía el horno y volcaba todo su amor en ese pastel, aguardando su regreso. Desde su marcha no había podido hablar con su hijo y no sabía cómo iban las cosas, pero se mantenía esperanzada. Cuando acababa la jornada y comprobaba que no habían regresado, repartía el pastel entre los vaqueros del rancho y se preparaba para hacer uno nuevo. No era más que rutina, pero la ayudaba a no perder la cabeza por la preocupación.

—Hola, madre —la voz de su hijo le pareció una alucinación, y se giró sin poder creérselo.

Los gritos de Casey casi la dejaron sorda, pero en lugar de protestar se unió a ellos. Le temblaba el pulso y su maltrecho corazón se saltó un latido, pero la sonrisa en sus labios brilló de pura felicidad.

El primer abrazo fue de grupo hasta que sintió que las manos de Noah tiraban de su delantal. Se agachó inmediatamente para prestarle toda su atención.

—Mi niño... Te he echado de menos —le dijo tomando su pequeño rostro entre las manos. Le apartó el flequillo y se perdió en su preciosa mirada que en ese momento parecía más turquesa que nunca.

—Yo también, abuela. A ti y a tu pastel de manzana —dijo con una sonrisa pícaro.

Todos rompieron a reír.

—¿Te lo puedes creer? En el lado mágico no hay nada que se le parezca. Ella lo miró emocionada.

—Qué suerte tienes entonces, porque tengo uno en el horno. Lo tomaremos juntos mientras me cuentas todas las aventuras que has vivido en el otro lado.

La cara de Noah cambió y se mordió el labio mientras abría mucho los ojos.

—¿Qué pasa, enano? —le preguntó su tía revolviéndole el pelo.

—No puedo contar nada. Son secretos de elementales —dijo con suficiencia.

Pony asintió, sin poder imaginar lo que tenía que ser para su nieto haber vivido y saber tanto a tan corta edad. Le preocupaba que todo eso no le dejase ser un niño.

—Estoy bien, abuela. No tienes que preocuparte —le aseguró él como si le leyese el pensamiento.

Pony solo asintió sonriéndole.

—¿Y los demás, podéis contarme algo? —dijo recorriendo los rostros sonrientes del resto.

—¡Puf! ¡Y tanto que sí! Pero lo principal es que estamos a salvo, por fin —le dijo Allison y su rostro era el fiel reflejo de la paz y felicidad que la embargaba en ese momento.

—¡Cómo me alegro! —dijo ella tomando su mano con cariño—Y... ¿el bebé? —preguntó con tiento no queriendo empañar la felicidad que veía en sus ojos.

—*La* bebé —apuntó ella.

—¿Es una niña? —Pony se llevó la mano a los labios sin saber qué decir. Aquel era el mayor miedo de su nuera.

—Sí, una niña no portadora —dijo Allison sin poder parar de sonreír.

—Según su hermano, una princesa admirable —puntualizó Caleb con orgullo.

—¿Quiere eso decir que será una lobita? —quiso saber Casey, dando palmaditas emocionadas.

—Teniendo en cuenta que su padre es un rey, no me extrañaría lo más mínimo. —Allison miró a su marido embelesada y este enlazó su mirada ambarina con la suya, llena de amor.

—¡Me encanta! Un primito y una primita para mi bebé.

Todos los presentes centraron su atención en Casey, sorprendidos.

En ese momento entró Jake en la cocina y los vio a todos en silencio, pasmados, mirando a su esposa.

—Pero bueno, princesa, ¿no podías esperar a que estuviese para contar la noticia? Yo he tenido algo que ver haciendo a la criatura —protestó este falsamente enfadado llegando hasta ella y rodeándola con un brazo por los hombros.

Caleb sacudió la cabeza. Su hermanita iba a ser mamá. Casi no podía creerlo, pero era sumamente feliz por ello. Fue corriendo a abrazar a la pareja, completamente emocionado.

—¡Enhorabuena! Acabáis de hacerme el tío más feliz del mundo —les dijo con orgullo.

—Gracias, cuñado —respondió Jake, pletórico.

—Gracias a ti por hacer tan feliz a mi hermana —repuso Caleb encantado con la buena nueva.

Aquellos días tenían muchas cosas que agradecer. Habían regresado todos sanos y salvos tras una batalla feroz en la que habían perdido a muchos amigos. Caleb había tenido que matar a varios de sus súbditos, insurrectos que no lo aceptaban como rey, pero al fin y al cabo miembros de su especie. Encontrar a Keller entre los aliados de Raynard no había sido una sorpresa.

Sabía cuánto odio le guardaba tras la muerte de su hija, pero habría preferido mil veces no tener que acabar con su vida también. Eso era algo que pesaba en su alma y aunque como rey no tenía que dar explicaciones, como hombre sí debía comunicarlo a su familia y manada, presentándoles sus respetos. Los días que se avecinaban no iban a ser fáciles, pero se volcaría en su papel como rey y honraría a los suyos. Elevó el rostro y se encontró con la sabia mirada de su madre.

—Creo que hay muchas cosas que contar, y el mejor acompañamiento para las penas y alegrías es...

—Un buen trozo de pastel de manzana con helado de vainilla —terminó Noah de decir por su abuela, y después se relamió los labios.

Todos se echaron a reír.

—Efectivamente, tienes toda la razón, enano —le dijo su tía Casey.

No esperaron más y todos de acuerdo fueron hasta la isla de la cocina y tomaron platos, tenedores y cucharas para ponerse manos a la obra. Dakata se dio cuenta de que era el momento de marcharse. Tenían mucho que hablar. Los Connor eran una gran familia a la que se sentía muy unida, pero ella tenía a la suya esperándola en la base. Y tras las palabras del Noah elemental, se daba cuenta de que solo dependía de ella que estuviesen tan unidos como ellos.

—Es hora de marcharse —le dijo a Aubrey en un susurro.

—¿No vamos a probar ese pastel de manzana? —preguntó la pequeña chica frunciendo el ceño.

—Otro día. Hoy es para ellos. Tienen mucho de lo que hablar.

—¿Y no vas a despedirte de Noah?

—No hace falta, él sabe que volveré muy pronto. No puedo estar mucho tiempo lejos de ese niño.

—No me extraña nada —repuso Aubrey mirando al pequeño mientras se

acercaba a Dakata y estrechaba su mano.

En ese momento, Noah levantó el rostro de su plato y brindó una sonrisa a Dakata, enlazando su preciosa mirada a la suya. Cuando ella, un segundo antes de flashear, levantó una mano y se despidió, él le devolvió el gesto y la sonrisa, con los labios manchados de helado de vainilla.

CAPÍTULO 33

Dakata resopló y se apartó un mechón de cabello tras la oreja, preguntándose dónde estaría Constantine. Tras despedirse de los Connor, Aubrey y ella habían tenido que visitar a algunos de los clanes más afectados por las masacres producidas a manos de Raynard, y no fue hasta la noche que por fin pudo regresar a la base. Desde hacía un buen rato lo estaba buscando, pero no daba con él. Tras preguntar y que nadie fuese capaz de decirle nada sobre su paradero, imaginó que, como ella, habría tenido que salir a alguna misión.

Decepcionada, decidió ir a su dormitorio. Se daría una ducha y lo esperaría en la cama. Había sido un día largo, lleno de emociones y mucho por pensar. Solo tenía ganas de acurrucarse con él, sentir sus fuertes brazos rodeándola y fundirse con su cuerpo, por fin, sin miedos ni reservas.

Fue hasta el armario a por ropa limpia y frunció el ceño. Entre todas sus prendas, la mayoría negras, destacaba un vestido colgado que no era suyo. Estaba segura, no lo había visto jamás. Sacó la percha, sin comprender qué hacía allí. Hizo una mueca, reconociendo que era bonito, aunque ella nunca se hubiese comprado algo tan femenino y poco útil para el combate. La prenda era violeta, del mismo tono que sus ojos. La parte de arriba tenía un solo tirante y se ajustaba al cuerpo, mientras que, a partir de la cadera, mostraba un vuelo que le resultaba divertido. De la percha colgaba algo más, tiró de un elástico y vio que se trataba de un antifaz de seda negro que cubría los ojos por completo, sin orificios para mirar a través de ellos, impidiendo así la visión de quien lo llevara puesto. De él pendía una nota que ya abrió con dedos temblorosos.

Te espero en la azotea, leyó.

Sonrió y se mordió el labio inferior sintiendo que sus mejillas ardían y su corazón latía con renovado ímpetu. Constantine le había preparado una cita romántica como las que tenían antes de su marcha, en la azotea de la antigua base. Recordó los primeros besos, las primeras caricias, la primera vez que se entregó a él, allí, bajo las estrellas. Y los recuerdos la hicieron flotar.

Lo amaba.

Con una sonrisa boba en los labios fue a la ducha y se preparó con esmero. Secó su cabello y dejó que cayese en una cascada por sus hombros. Sus ojos violetas brillaban de felicidad y mucho más al comprobar que el vestido le quedaba como un guante. Dio algunas vueltas delante del espejo y jugó con el vuelo. Nunca se había imaginado llevando algo así. De hecho, creía que era la primera vez que se ponía un vestido. Sus mejillas se encendieron y sonrió con picardía al darse cuenta de que era mucho más cómodo para tener una cita de alto voltaje. Cuando salió del baño, sin embargo, se dio cuenta de que tenía un problema. En su armario solo había calzado de combate. Viendo que ahí no había nada que hacer, se encogió de hombros y se puso las botas que tenía más limpias. No era cuestión de ir a una cita con unas manchadas de sangre.

Se miró una última vez ante el espejo y se vio guapa. Diferente, pero podía reconocerse a sí misma. A una Dakata feliz. Cerró la puerta no queriendo esperar un minuto más, con el antifaz en la mano. Subió los siete pisos por las escaleras, pero al llegar arriba su corazón solo brincaba de la emoción de ver a su novio. Se estiró la falda y se colocó el antifaz. Con un pequeño saltito nervioso llamó a la puerta.

—Hola, preciosa. —La voz de Constantine le produjo un cosquilleo en el vientre.

—Hola, guapo —respondió ella sintiéndose un poco tonta con aquel antifaz. Hizo ademán de quitárselo, pero él se lo impidió.

—No, déjate puesto. Quiero que sea una sorpresa. —Dakata sonrió. Le pareció que estaba tan nervioso como ella.

—Está bien —accedió y se dejó llevar por él, que tenía una mano aferrada a la suya y otra en su cintura, haciendo estragos en su sistema nervioso.

Caminaron unos cuantos metros en los que Dakata solo fue consciente del latido frenético de su corazón, y las ganas que tenía de quitarse aquel maldito trozo de tela de los ojos para perderse en la mirada gris de Constantine y hacer el amor bajo las estrellas. Pero cuando este se detuvo y llevó las manos hasta su rostro para despojarla al fin de él, se quedó petrificada.

Dakata se llevó una mano a los labios y tragó saliva, sin saber qué decir.

—Bienvenida a nuestra boda, cariño.

—Nuestra... ¿boda? —preguntó, observando a todos los presentes dispuestos en dos columnas que formaban un pasillo. Les miraba con los ojos tan abiertos que Constantine pensó que estaba a punto de entrar en shock.

Temiéndose lo peor, la giró para que lo mirara solo a él.

—He pasado casi seis años agónicos, esperando volver a tu lado y poder cumplir la promesa que te hice. Dakata, te amo. Te amo como jamás he amado ni amaré a nadie en toda mi existencia. Y quiero que seas mi esposa. Ahora y para siempre.

Dakata sintió la respiración agitada y las lágrimas a punto de invadir sus mejillas de pura felicidad. Volvió a mirar en dirección a los presentes y el altar que su prometido había instalado para ella. Era realmente hermoso. Había lucecitas doradas colgadas por todas partes, como si fueran pequeñas luciérnagas que iluminaban el que sería el momento más mágico de su vida.

Un arco de flores blancas y violetas formaba el altar y en él aguardaba Caleb como oficiante, elegantemente vestido con un traje negro. En realidad, Dakata se dio cuenta de que todos llevaban sus mejores galas para el momento. Nyree y su hermana estaban colocadas como sus damas de honor. Su pequeño Noah parecía un hombrecito vestido como su paje, y Michela como la madrina. El resto de invitados, igual de elegantes, la miraban con expectación.

Se miró a sí misma y sus botas de combate y alzó las cejas al tiempo que apretaba los labios. Constantine llevó los labios hasta su oído.

—Estás espectacular.

La piel se le erizó al sentir su aliento cálido sobre la mejilla. Elevó el rostro y enlazó la mirada con la suya, emocionada. No podía ser más feliz. O tal vez sí. Con las manos entrelazadas con las de Constantine, volvió a mirar a los invitados y negó con la cabeza mientras se soltaba y daba un paso atrás.

Él la miró cambiando la sonrisa a una expresión de sorpresa y turbación.

—¿Me esperas unos minutos? —le dijo ella con una mueca de disculpa—. Enseguida vuelvo— dijo justo antes de marcharse corriendo.

En ese momento Dakata agradeció llevar sus botas, porque bajó las escaleras de cuatro en cuatro. Imaginaba la consternación de Constantine al haber abandonado el escenario de su boda, pero no podía seguir.

Cuando llegó al piso de los dormitorios del Consejo, se detuvo en seco. Se aferró la falda, nerviosa, y tomó cuanto aire pudieron atesorar sus pulmones intentando tranquilizarse, algo que apenas consiguió hacer. Con paso lento, se dirigió a una de las puertas. Tomó aire una última vez y se dispuso a llamar con los nudillos cuando esta se abrió.

—Hola, padre —dijo cuando el majestuoso Dragón apareció ante ella.

Iba vestido con su habitual túnica negra y un abrigo del mismo color. Su tez era tan blanca que contrastaba enormemente con su cabello negro y lacio

y sus ojos carmesís. Tenía una presencia imponente y temió haberse equivocado al ir allí después de haberlo evitado durante días. Tragó saliva.

Pero la sonrisa de su progenitor no tardó en dibujarse en sus labios al escuchar cómo lo había llamado.

—Hola... hija. —Esta vez la que sonrió y apartó la mirada avergonzada fue ella—. ¿Quieres pasar? —le preguntó echándose a un lado.

—¡No! —repuso ella quizás con demasiado énfasis.

El Dragón se limitó a alzar una ceja.

—No puedo, quiero decir. No tengo tiempo —aclaró rápidamente.

Miró a un lado y a otro sintiéndose estúpida. Nunca se había sentido tan insegura. Ella era una guerrera. Una temible guerrera.

—Lo eres —dijo él leyéndole el pensamiento.

Que se hubiese metido en su mente fue el impulso que necesitó para hacerle frente.

—Está bien. He venido porque tengo que hablar contigo seriamente —dijo de corrido.

—Eso parece.

—No me interrumpas —añadió alzando un dedo—. Tengo que decirlo del tirón para no olvidarme de nada.

El Dragón se limitó a cruzarse de brazos, entonces, esperando su discurso.

—Te he odiado desde hace casi seis años. Desde que fui liberada de la Colmena y descubrí lo que era. Te he culpado de todo lo malo que ha habido en mí, y después de verte estos últimos días por aquí, he de reconocer que estaba equivocada. No digo que no tenga cosas malas tuyas, pero también tengo muchas otras buenas. Eres parte de mí, o yo de ti. La verdad, no sé bien cómo va esto de las relaciones padre-hija. Nunca esperé tener una —dijo poniendo las manos en las caderas y soltando el aire—. Pero aquí estamos.

Tú y yo, y Dara. Te he visto con ella. Le haces bien, y eso es importante para mí. Y creo que, si ponemos algunas normas en nuestra relación, podríamos llegar a ser una...

—¿Familia? —terminó él por ella.

Dakata sonrió levemente.

—Sí. Una familia.

Él asintió y ella sintió que se liberaba de un peso en su pecho.

—Bien.

—Bien.

—Pero tendrás que dejar de leerme la mente. Es muy irritante, ¡y no está bien! —dijo usando de nuevo su tono reprobatorio—. Si tengo algo que decirte, lo haré.

—Puedo cumplir eso, si te hace sentir más cómoda.

—Indudablemente. Mucho más cómoda —asintió ella vigorosamente.

El Dragón la vio allí, moviéndose nerviosa, y estuvo a punto de reír. Aun así no quiso que ella pensara que se estaba burlando y contuvo su gesto.

—Y... ¿tienes algo más que decirme? —le preguntó al ver que ella se había callado, pero ni se despedía ni se marchaba de allí.

—Sí... Pero no sé cómo hacerlo. Hace unos minutos ni siquiera sabía que iba a casarme...

Los ojos del Dragón mostraron sorpresa.

—Vaya, por lo que veo, tú tampoco.

—No, han debido poner mucho esmero en que no me enterara.

—Pues sí, me caso. Están todos esperándome arriba.

—¿Has dejado plantado a tu prometido en el altar?

Dakata sonrió.

—Solo unos minutos. Necesitaba hablar contigo antes. Porque... la verdad, me gustaría que mi progenit... mi padre —se corrigió—, estuviese

conmigo en un momento como este. Si tú quieres, claro —se apresuró a aclarar.

El Dragón asintió con una pequeña reverencia de su cabeza tras la cual la miró como nunca antes pensó que vería a su padre mirarla. Con orgullo y emoción.

—Será un auténtico honor para mí.

—Bien —dijo ella con una sonrisa radiante.

—Bien —repuso él saliendo del dormitorio y ofreciéndole el brazo.

Dakata lo miró y luego aceptó el gesto, sintiendo que su vida estaba a punto de cambiar en todos los sentidos.

Cuando, minutos más tarde, ambos aparecieron en la azotea, todos los presentes se vieron sorprendidos. Constantine la miró intentando leer en sus ojos violetas cómo se sentía. Había mantenido oculta la boda al Dragón no porque no quisiera que estuviese presente, sino por no molestarla a ella. La había visto evitarlo esos días y mostrarse molesta cuando él pasaba tiempo con Dara. Empañar el día más feliz de sus vidas era lo último que deseaba. Pero ella lo había vuelto a sorprender yendo a por él.

—Mi padre me llevará al altar. ¿Te parece bien? —le preguntó en un susurro inútil, ya que muchos de los allí presentes, incluido su padre, podían oírla.

—Me parece muy bien —repuso Constantine, mirando al vampiro—. Es más, me gustaría aprovechar el momento para darle las gracias por el regalo que me hizo al liberarme de mi don —añadió, extendiendo la mano hacia el Dragón.

Este miró al joven que estaba a punto de contraer matrimonio con su hija, su primogénita. Sabía que la amaba, lo había leído miles de veces en su mente mientras lo tuvo cautivo, y tenía la certeza de que se esforzaría en hacerla feliz. Por lo que alzó la mano y devolvió el apretón al joven,

asintiendo. Cuando los tres se giraron hacia los presentes, Caleb se pronunció.

—Parece que ya estamos todos. Empecemos.

—Sí, todos —apuntó Dara con una enorme sonrisa satisfecha al ver a su padre y su hermana tomados del brazo. Las primeras lágrimas empezaron a humedecer sus ojos y respiró profundamente, intentando serenarse, mientras su hermana se colocaba al final del pasillo.

De repente vio un pañuelo delante de ella. Cuando siguió con la vista el brazo, el cuerpo y finalmente el rostro del demonio que se lo ofrecía, se quedó sin aliento unos segundos. La turbación hizo que sintiese arder su rostro, aún más cuando él sonrió y sus mejillas fueron presididas por dos irresistibles hoyuelos.

Eres adorable, escuchó que pensaba él mientras la observaba con curiosidad.

Dara tomó el pañuelo que le ofrecía él con rapidez, pues su hermana estaba a punto de comenzar a caminar hacia el altar.

—Gracias —susurró—. Por el pañuelo —se apresuró a aclarar. Y al momento se sintió un poco tonta. Él no sabía que le había leído el pensamiento.

—Un placer —repuso él. Y su forma de decirlo hizo que ella fijase la vista en sus labios un segundo. Le parecieron pecaminosos al instante.

Sacudió la cabeza y desvió la mirada completamente azorada. Jamás había sentido algo semejante a ese fuego y turbación. Inmediatamente decidió que era peligroso, demasiado peligroso. Y con la intención de no volver a reparar en él, se centró en su hermana, que ya estaba llegando al altar.

Tan solo unos minutos más tarde, Caleb les animaba a hacer su promesa

de amor. Dakata y Constantine se giraron para tomar sus manos y enlazar la mirada, el uno en la del otro, dejando que cuanto sentían fluyera entre ellos.

—Cada segundo... —dijo Constantine, y en su tono se reveló la emoción.

—Cada minuto... —añadió ella sintiendo la carrera precipitada de su corazón.

—Cada latido...

—Cada aliento...

—Siempre tuyo —declaró él con una entrega absoluta.

—Siempre tuya —terminó Dakata sonriente y feliz.

Constantine no aguardó a que Caleb les diese permiso para besarse y simplemente tomó su rostro para hacerlo. Dakata se pegó a él con una necesidad desbordante. El beso los envolvió a ambos en una pasión arrolladora, fruto del inmenso amor que se profesaban. Cuando terminaron, con las respiraciones entrecortadas, posaron la frente del uno en la del otro, dejando que los invitados vitorearan mientras ellos disfrutaban de su unión eterna.

CAPÍTULO 34

—¡Hola rubita!

Gabriel, en medio de una sesión de entrenamiento, se detuvo inmediatamente al escuchar la voz de Noah. Saltó de la lona y cayó sobre él, tirándolo al suelo. No dejó que dijera nada más, se apoderó de su boca con la necesidad que todo el tiempo que habían pasado alejados había alimentado en ella. Odiaba cuando tenían que separarse, pero era el precio a pagar por estar enamorada del elemental más sexy del cielo y de la tierra.

Él debió sentir la misma necesidad imperiosa de unirse, pues su primer movimiento fue posar ambas manos en su trasero y apretarla contra él mientras le devoraba la boca. Sus manos volaron sobre su cuerpo, reconociendo cada musculo de su torso y vientre. La volvía loca, y su ausencia había sido muy difícil. Cuando metió las manos debajo de su camiseta para alcanzar su piel, él dejó su trasero para tomar su rostro con hambre desmedida. Los gemidos empezaron a sustituir a sus respiraciones aceleradas y la urgencia por quitarse la ropa, su única misión.

De repente, ella separó su boca de la suya.

—Espera... —le dijo posando una mano en su pecho.

Noah alzó una ceja mientras sonreía con picardía.

—¿Has sido muy perverso con mi yo del pasado? —preguntó clavando en él su mirada castaña e inquisitiva.

—Tanto como me ha sido posible —dijo él acariciándole la mejilla con ternura y apartando un mechón de su melena dorada, que atrapó entre los dedos.

—¿Tendré que castigarte entonces? —preguntó el ángel, ladeando la

cabeza para perderse en la increíble mirada masculina.

—No merezco menos —admitió con voz queda cuando ella se revolvió sobre él y sintió la fricción de sus sexos.

—No importa. Se me han ocurrido torturas nuevas durante tu ausencia. Y tengo todo el tiempo del mundo para probarlas.

—De eso puedes estar segura —repuso él con una sonrisa.

Y Gabriel extendió sus alas y los envolvió a ambos, dispuesta a empezar en ese mismo momento.

—¿Lo puedes creer?

Al escuchar su pregunta, Dakata levantó la vista para mirar a Constantine, dejando por un momento su tarea de colocar las sillas en la clase.

—¿Qué exactamente?

—Tú y yo, haciendo esto. Dejando las calles para enseñar a las nuevas generaciones —le dijo él señalándole el aula.

Habían pasado los dos últimos días acondicionándola para albergar a la veintena de alumnos de varias razas que participarían en el programa pionero de formación. Todos aquellos niños eran el futuro de los Guardianes y la labor de entrenamiento y educación que iban a realizar con ellos era sumamente importante.

—Dejando las calles por unas horas —aclaró ella—. No vamos a dejar de patrullar. Solo hemos ampliado nuestras actividades.

Su recién estrenado marido le hizo una mueca.

—Está bien, lo admito. Nunca lo habría imaginado. Siempre me vi como una guerrera —aceptó ella.

—Ya eres una gran maestra para Noah, seguro que lo serás también para el resto de los niños.

—Él fue uno de los motivos por los que acepté participar en este programa. Creo que para su formación será esencial que se relacione con otras especies y las conozca más allá de lo que podamos contarle, o lo que venga en los libros. Seguro que le ayuda a respetarlas de otra manera.

—Yo también lo creo. Y hemos creado un entorno seguro para que exploren sus dones. Eso también es importante.

Ambos se miraron, sonrientes y emocionados por la nueva iniciativa, sabiendo que lo que estaban haciendo marcaría la diferencia.

—¿Y sabes? No me había dado cuenta, pero en este nuevo papel de profesor, estás muy, pero que muy sexy... —El tono seductor de Dakata y la mirada intencionadamente picante que ella le brindó hicieron que Constantine tragara saliva.

Desde que celebraron su boda, todos y cada uno de los momentos que habían tenido a solas los habían dedicado a recuperar el tiempo perdido. Sus encuentros habían sido en los lugares más variopintos, incluso en los momentos más inoportunos, pero no se cansaban. Muy al contrario, se pasaban el día buscándose. Al ver que ella se mordía el labio inferior con picardía supo que se avecinaba otro encuentro memorable.

Dakata, que estaba en la otra punta del aula, saltó sobre las mesas para terminar sentada sobre el escritorio en el que se encontraba Constantine. Tomó la solapa de su cazadora de cuero y tiró de ella, al tiempo que acercaba el rostro al suyo. Cuando estuvieron suficientemente cerca, lo besó lenta y apasionadamente. Y cuando él soltó el aire en un gemido, atrapó su labio inferior entre los dientes, torturándolo.

—Eres muy mala...

—¡Oh, profesor! Puedo ser mucho peor.

Constantine sintió su entrepierna aumentar de tamaño inmediatamente.

En ese momento unos golpes en la puerta los interrumpieron. Dakata pegó un salto y se bajó rauda del escritorio, intentando disimular su excitación.

—¡Hola! Vengo con el primer alumno... Está impaciente y me ha pedido que lo trajese antes—dijo Aubrey asomando la cabeza por la puerta.

—¿El primer alumno? Pero si falta una hora para que empiece a clase —dijo Constantine y su tono sonó más grave. Tuvo que toser para aclararse la voz y Aubrey lo miró, sospechando que algo pasaba.

—Ya os digo, está impaciente —repuso la pequeña chica terminando de abrir la puerta y dejando pasar a Noah, que entró luciendo una radiante sonrisa.

—Noah...

—Maestra... —dijo él cambiando el gesto a uno mucho más solemne, pero este duró un segundo en su rostro. En cuanto ambos se saludaron con una leve inclinación de sus cabezas, corrió hacia Dakata y saltó sobre ella para darle un abrazo.

—Te he echado de menos —le dijo sin reservas el niño, apretándola con fuerza.

—¿En solo cuatro semanas? —le preguntó ella mirándolo a los ojos. Se reía, pero ella también lo había añorado.

—Es que nadie sabe jugar al escondite de humanos como tú —aseguró el pequeño con una sonrisa canalla.

—¡Oh, vaya! Eso sí que es halagador —dijo falsamente ofendida. Y comenzó a hacerle cosquillas. Las risas de Noah inundaron el aula y se vio contagiada inmediatamente.

Noah pensó en lo feliz que era en ese momento. Un momento que recordaría para siempre. Y quiso dilatarlo un poco más. Sonrió, y el mundo

se detuvo para él.

Fin

NOTA DE LA AUTORA

Querido lector,

¿Has caído en este libro sin haber leído el resto de la serie?

Para conocer bien a todos los personajes y saber cuál es su historia, te recomiendo encarecidamente que leas los títulos anteriores, que son: La Portadora y Dakata. Por este orden.

Te dejo los primeros capítulos de ambas, para abrir el apetito. Sí, soy muy mala, pero sé que no podrás resistirte, después.

Un abrazo y feliz lectura.

Lorraine Cocó.

LA PORTADORA

LA P  RTADORA
Lorraine Cocó

La tarde que Allison fue citada por el abogado, el sonido seco de la carpeta del señor Cousin al caer en la mesa de madera maciza de su caótico despacho la despertó del estado catatónico de los últimos días.

Echó un vistazo a aquella habitación por primera vez desde que había entrado hacía unos minutos. El mobiliario era caro y de calidad. La decoración cargada y no carente de cierta excentricidad. Las paredes estaban cubiertas de mapas de apariencia antigua marcados con multitud de púas de colores que localizaban sitios, imaginaba que de algún interés para el abogado.

Cuatro vitrinas cubrían una de las paredes. Estaban llenas de objetos extraños: máscaras tribales y artilugios estrafalarios de madera y metal, papeles y más papeles, y una completa colección de brújulas y anteojos que, aunque parecían de valor, estaban amontonados unos sobre otros de cualquier manera.

No parecía el despacho de un abogado. De no conocer la profesión del señor Cousin, habría apostado por la antropología, arqueología o alguna ocupación similar.

El hombrecillo no desentonaba en aquel ambiente variopinto. De muy baja estatura, a ella debía llegarle poco más que a la altura del pecho, vestía con un traje en tonos castaños y estampado de cuadros, demasiado grueso para las temperaturas que sufrían en aquella semana de primeros de julio, aunque el ventilador de aspas que colgaba del techo lo mantenía aireado y se sentía fresco. La piel se le erizó, pero el abogado sudaba a chorros que surcaban su despejada frente y empapaban el escaso pelo que le caía por los

lados. La montura de sus gafas resbalaba por su angosta y desproporcionada nariz una y otra vez, mientras intentaba mantenerlas en su sitio.

En aquel momento, abría una carpeta de cuero ajado y descolorido que estaba atada con un cordón elástico. Lo vio sacar unos papeles del interior y hacer un gesto que la dejó perpleja: se los acercó al rostro, los olfateó y cerró los ojos, como disfrutando de aquel acto, haciéndola sentir incomoda al presenciar un momento aparentemente tan íntimo para él. De repente, pareció consciente de su presencia.

—Señora Connor, la he hecho venir con tanta urgencia porque tenemos un asunto muy delicado que tratar —comenzó a decirle el abogado, sin levantar la cabeza de los papeles que tenía sobre la mesa y que observaba con extremo interés.

Allison, sin embargo, no había podido escuchar más allá de aquellas dos palabras: «Señora Connor». Curiosamente, aquel hombre era la segunda persona en un año que la llamaba de esa manera... «Señora Connor». Nunca había utilizado su apellido de casada. Estaba tan acostumbrada al suyo que no se le ocurrió. Era algo en lo que pensar. Le extrañaba, ya que había estado ansiosa por formar parte de James, de una familia...

—¡Ujum!... ¡Señora Connor!

Una vez más se había quedado perdida en alguna palabra.

—Lo siento, me he distraído.

—No se preocupe, estos no son momentos fáciles para usted. Prometo no dilatarme en exceso, pero como le decía es de vital importancia que mantengamos esta reunión. No quise molestarla el día del entierro, pero viendo que no se ponía en contacto conmigo para hablar del testamento de su esposo, creí necesario contactar con usted.

—Señor Cousin, mi marido no tenía posesiones. Ni siquiera nos había dado tiempo a establecernos en un sitio, juntos. Teníamos pensado

comprarnos una casa, pero...

Sintió un nudo en la boca del estómago que amenazaba con estallar en llanto, aunque sabía que no sería capaz de hacerlo. Aun así, tampoco el resto de las palabras consiguieron salir de su boca.

—Lo cierto es que el señor Connor sí tenía propiedades. Más concretamente hablamos de una en Brawnsville, Texas, su ciudad natal —le dijo el abogado mientras le acercaba una foto.

La tomó entre los dedos con sumo cuidado. Parecía antigua, amarillenta por el paso de los años, pero la extrema delicadeza de su tacto se debía más bien al desasosiego que le producía tener la prueba palpable de toda una vida, la de su propio marido, totalmente desconocida para ella.

—¿No tenía usted conocimiento de esta propiedad?

Se limitó a negar con la cabeza mientras escudriñaba la foto con minuciosidad.

Parecía sacada de La casa de la pradera. ¡Vaya! Era exactamente lo que había soñado de niña que sería su hogar. Una estructura de dos plantas en madera blanca y tejado negro. Las enormes ventanas con contraventanas de la misma robusta y blanca madera y la valla del mismo color. No era una construcción que llamara la atención por su tamaño, parecía incluso un poco pequeña, pero tremendamente acogedora. La verja, que recogía un cuidado jardín, se abría al interior por una puertecita junto a un buzón antiguo, no se distinguía bien si de hierro forjado.

En los escalones que llevaban hasta el porche distinguió tres figuritas: un niño moreno, de facciones oscuras y mirada seria, sostenía con uno de sus brazos un bebé mientras pasaba el otro de forma protectora sobre los hombros de uno más pequeño de cabello rubio y ondulado. Este guiñaba los ojos cegado por el sol. Apenas eran dos rayas en aquella hermosa cara pecosa, pero no le hacía falta verlos para reconocer el increíble color verde de

aquella mirada.

Era su marido.

Se llevó una mano a la boca sintiendo temblar los labios por unos momentos bajo las yemas de sus dedos, que luego pasó con delicadeza por la foto, en busca de respuestas, de calor.

Se estaba asfixiando. Volvían a apoderarse de ella las náuseas y los mareos de los últimos días. No aguantaba más en aquel despacho y decidió marcharse, deseosa de salir y refugiarse en la tranquilidad de su casa y asimilar la vorágine de sentimientos que había despertado en ella aquel encuentro.

Al despedirse en la puerta del despacho, el abogado le dio una tarjeta suya, momento que aprovechó este para agarrar su mano. Se inclinó y le dio un beso en el dorso, de manera anticuada, sosteniéndola demasiado tiempo y haciendo que aquel gesto fuese aún más incómodo para ella. No pareciéndole suficiente, se dispuso a olisquearla como un rato antes había hecho con los papeles. Inhaló lentamente y, cerrando los ojos, se inclinó un poco más hacia ella.

Se incorporó abruptamente, sin soltarla. La mirada que le dedicó el abogado en ese momento le provocó otro escalofrío: estaba cargada de un interés desmedido, como si fuese la primera vez que tenía ante su presencia a una persona como ella. Le recordó a la expresión de los niños cuando hacen un descubrimiento importante, solo que la de ellos está cargada de inocencia e ingenua excitación, y la de aquel hombre tenía algo oscuro que le erizaba la piel. Quiso ignorar la sonrisa curiosa e indescifrable que paseaba por sus ojos, pero entonces, el hombre anunció:

—Dos latidos. —Arrastró el sonido de cada letra al pronunciarla.

—¿Cómo dice? —preguntó sorprendida. Aprovechó el momento para intentar deshacer el apretón de manos, pero el extraño hombre no estaba

dispuesto a soltarla tan fácilmente.

—Es usted fascinante, señora Connor, y tremendamente valiosa — añadió ampliando la inquietante sonrisa—. Debería tener cuidado. En este mundo, muchas personas harían cualquier cosa por conseguirla. —Mientras pronunciaba aquellas escalofriantes palabras, entrecerró los ojos tras sus gafas redondas y volvió a olfatearla—. Exquisita, sin duda.

Ese fue el límite que sus nervios fueron capaces de soportar, por lo que se liberó con brusquedad y salió de su despacho prometiendo llamarlo en caso de necesitar sus servicios.

Hacía algunas semanas que había perdido la capacidad de reírse, de vivir, incluso de sobrevivir. Pero a los pocos días algo volvió a cambiarlo todo.

Primero fue la visita al despacho del abogado y albacea testamentario de su marido. Fue toda una sorpresa recibir la llamada de aquel hombrecillo, de cuya existencia no tuvo noticia hasta ese momento. El especial interés que mostró el abogado en que se citase con él aquella misma semana la había dejado intrigada, pues no imaginó que hubiese nada que notificarle.

James y ella habían vivido una relación relámpago, pero tan bonita e intensa como un sueño. Un sueño de esos que solo puedes tener mientras eres una niña. Cuando aún crees en la magia, no te cuestionas ningún «pero» y la ilusión guía tus pasos sin esperar que haya una red de seguridad bajo tus pies.

Estaba en una firma de libros cuando lo vio por primera vez. James se acercó para pedirle que le firmara un ejemplar de su última novela, que quería regalar a su madre. Lo observó acercarse a la mesa vestido con su uniforme de piloto, blanco inmaculado, ajustado a sus anchos hombros, elegante y distinguido; como el príncipe de una de esas historias de dragones y princesas que tanto le gustaba leer de pequeña, escondida en un rincón solitario del orfanato en el que se crio mientras pasaba las horas dedicada a soñar.

James fue como una visión, con el cabello rubio perfectamente cortado y una sonrisa amplia y limpia como la de un niño. Se enamoró de él a primera vista. Y él de ella, así que la invitó a cenar aquella misma noche.

Tardaron pocas semanas en decidir que querían pasar el resto de sus vidas juntos y casarse. Y, aunque debido al trabajo de ambos no pudieron

disfrutar de una luna de miel tradicional, el año que compartieron como marido y mujer fue un festejo diario de su amor.

No habían sido un matrimonio convencional, ya que él viajaba constantemente y ella estaba de promoción por todo el país con su última novela. Pero había sido intenso, y ella se había sentido, por primera vez en la vida, completa; por fin formaba parte de la vida de otra persona.

Al casarse con James pensó que nunca más volvería a estar sola ni sentirse como la niña desgarbada de pelo rojo y rebelde que jamás era elegida para ser adoptada.

La visita de hacía unos días al señor Cousin había sido una sorpresa inquietante y reveladora, definitivamente. Aunque no tanto como descubrir aquella misma mañana que la vida le había vuelto a cambiar para siempre, que ya no volvería a ser la misma jamás.

Se había levantado temprano por no haber podido dormir en toda la noche, algo que últimamente le ocurría con demasiada frecuencia y hacía que se le hubiesen instalado de manera permanente unas feas y oscuras bolsas bajo los ojos que le daban un aspecto aún más frágil del habitual. Sentía que había cambiado por dentro, pero no imaginaba hasta qué punto.

Se observó en el espejo del baño, sosteniendo la prueba de que su vida no volvería a ser la misma. La mantuvo entre los dedos unos minutos mientras perdía la mirada en los ojos de la Allison que la observaba desde su reflejo. No era capaz de reconocerse en ellos.

En realidad, aquella imagen tan solo le mostraba a una extraña en su baño, sosteniendo aquel trozo de plástico con dos rayitas dibujadas en rosa que cambiarían su vida para siempre.

Quiso acercarse a ella, abrazarla, decirle que no pasaba nada, que todo iba a salir bien, pero las palabras no salieron de su boca. Solo vio cómo el rostro se le compungía en un gesto roto. Y, de repente, se dejó caer. Su

cuerpo adormecido durante días empezó a temblar desconsolado.

Durante aquellos días se había sentido en una enorme esfera de cristal que alguien especialmente aburrido vapuleaba de un lado a otro haciendo que todo temblara. A la sensación de desequilibrio se sumó la asfixia, la náusea y, por fin, el llanto. Ese llanto que había estado conteniendo durante semanas rompió sobre su rostro quebrado por el dolor y la esperanza.

Saber que iba a tener un hijo de su difunto marido le hizo reaccionar y tomar la decisión más drástica de su vida.

Mudarse a Brownsville. A aquella casa en la que creció su marido y que ahora, sin quererlo, era suya.

Y lo primero era contárselo a Jane. Fue a su despacho esa misma tarde con la intención de comunicarle sus planes, pero de ninguna manera podía decirle toda la verdad. No debía contarle lo que la había llevado a tomar esa decisión, al menos de momento. Conocía a su amiga y su vocación súper protectora para con ella. Siempre lo había hecho, como un perro guardián. Cuando comenzó a tener una relación con James, llegó al punto de investigarlo. Por lo que sabía que, de conocer su embarazo, habría hecho lo que estuviese en su mano para impedir su marcha.

—Ali, ¿qué demonios dices? Bromeas, ¿verdad?

Allison vio cómo los chispeantes ojos de su amiga y editora, Jane, adquirirían toda su capacidad de expresión. En cualquier otro momento habría conseguido zafarse de esa mirada inquisitiva que tanto miedo provocaba en otros escritores, con una ridícula mueca o algún comentario jocoso, pero no sería así en aquella ocasión.

—Jane, ya he tomado una decisión. Estoy decidida. Sé que es algo repentino, pero tengo que hacerlo. Necesito ir allí y conocer a su familia.

—¿Y qué esperas ganar relacionándote con esa gente? ¿No crees que si realmente mereciese la pena hacerlo te los habría presentado él mismo? No

han formado parte de vuestras vidas, no sabes nada de ellos. Viven en un pueblo perdido en la otra punta del mapa. ¿Vas a cruzar el país para conocerlos? Aún peor, ¿para comenzar una vida allí sin nadie? Aquí estamos los tuyos, tus amigos, tu gente.

Jane se dio la vuelta en mitad de su exposición, justo a tiempo para ver cómo se rompía por el dolor.

—Lo siento, cariño... —Se acercó a ella con ternura y secó su rostro con un pañuelo de papel que sacó del bolsillo—. Lo siento de veras, pero intento que no cometas un error. Ir a ese sitio...

—Brawnsville —la interrumpió entre lágrimas—. Se llama Brawnsville.

—Está bien, Brawnsville. Irte a vivir a allí no traerá de vuelta a tu marido. James no va a volver —dijo casi en un susurro, como esperando que las palabras no hiriesen aún más su maltrecho corazón—. Me preocupas tú. Evidentemente, como editora, mientras reciba tus escritos, lo mismo da que los escribas aquí en Chicago, en una isla tropical o en ese pueblo perdido del mapa. Pero, personalmente, si el consejo se lo doy a mi amiga, a mi mejor amiga, no lo entiendo. —Comenzó a pasear por la habitación mientras hablaba, algo muy característico en ella—. Tómame unas semanas para airearte, visita el pueblo y disfruta de unas vacaciones, pero no a vivir. Además, tal y como estás de ánimo, no deberías marcharte sola. Espérame un par de meses. Ahora tengo la promoción del libro del engreído de Jonathan Graus. Bien sabes que por librarme de ese engendro de hombre renunciaría a mis espléndidas vacaciones en La Toscana italiana y me iría contigo a disfrazarme de vaquera. —Colocó los dedos como si fuesen un par de revólveres y sopló después de fingir que disparaba al cartel de promoción del último libro de Jonathan.

—Lo siento, pero lo necesito ahora. Entiendo que te preocupes por mí, pero no puedo esperar y voy a hacerlo.

Allison levantó la vista, y lo que Jane vio en sus ojos, aún brillantes por las lágrimas, la dejó sin palabras.

Determinación.

La clase de determinación que pararía el tráfico de la avenida Michigan o que llevaría a una persona a emprender una nueva vida. No había una sola palabra más que decir. La conocía desde hacía diez años y, si había decidido marcharse, solo quedaba una cosa que ella pudiese hacer. Pero estaba preocupada. Hasta el momento había mantenido segura a Allison. Ella era la única que conocía su naturaleza mágica. Allison no había tenido la misma suerte que ella al nacer en una familia que la aleccionó sobre sus poderes, sobre lo que era en realidad. Jane siempre había sabido quién era; Allison no. Si bien sus naturalezas eran muy diferentes, Allison era única en su especie y si alguien más lo descubría estaría en serio peligro. Tenía que asegurarse de que no fuese así. Tendría que pedir ayuda para llevar a cabo su misión, pero mientras, respecto a su conversación con Allison, solo le quedaba una cosa por hacer:

—¡Prométeme que me llamarás! ¡Todos los días! —dijo Jane acercándose y fundiéndose en un profundo abrazo con ella—. Iré muy pronto a verte —terminó por prometer.

—Te voy a echar de menos —le dijo Allison entre sollozos.

—Y yo a ti, maldita cabezota —le contestó su amiga apartándole un mechón de pelo color cobre del rostro.

Recoger los recuerdos de toda una vida le llevó mucho menos de lo que esperaba. Por algún motivo, se las había ingeniado para no atesorar demasiadas cosas. Intentó convencerse de que aquello se debía a su naturaleza práctica, pero en realidad, echando un último vistazo al que hasta ese momento había sido su apartamento, se daba cuenta de que lo había tratado como un lugar provisional. No había querido hacer grandes reformas ni cambios drásticos en la estructura y decoración de la casa. La adquirió con los beneficios de su primer gran éxito como escritora, impaciente por tener su espacio propio por primera vez en la vida, algo suyo, su casa, su rincón.

En el orfanato cambiaba cada cierto tiempo de dormitorio según las necesidades de espacio y el número de niñas que hubiese. Siempre compartió habitación, eso no era problema para ella, le había hecho sentir segura y más tranquila. Pero las internas iban y venían y ella siempre estaba allí, viendo cómo el mundo cambiaba a su alrededor. Las vidas de las otras chicas que se marchaban acompañadas por sus nuevos padres, a veces, también encontraban en su esperado hogar más hermanos. Otras se iban con familiares que venían desde lejos a recogerlas. Aquellos recuerdos le resultaban agrisados.

Pasados los primeros años en el orfanato se dio cuenta de que con lo único que podía contar siempre era consigo misma y su fértil imaginación. Llenó sus horas, sus días y noches, al igual que sus cuadernos, con los personajes que habitaban en su mente. Personajes que manejaba a su antojo, que vivían vidas extraordinarias como las que imaginaba y que siempre transcurrían fuera de los muros del orfanato. Personas y seres magníficos que

habían sido su compañía y familia durante todos los años de su vida. La acompañaron en el orfanato, en la escuela básica, en la secundaria y en la universidad.

Consiguió una beca para Northwestern gracias a las estupendas notas que obtuvo y por haber ganado el premio literario del condado de Cook: El despertar de las letras. Colaboró con el periódico universitario donde recibió halagos y premios por algunos de los artículos que escribió. Fueron unos años interesantes; estudiaba mucho, trabajaba en la biblioteca del campus y compartía habitación con otras chicas que comenzaron a formar su grupo de amigas definitivo, entre las que se encontraba su adorada Jane. Entonces descubrió que la escritura no tenía por qué ser solo un mundo de escapada, también podía convertirse en su futuro, su medio de vida.

El éxito de su primera novela fue tan inesperado como abrumador. En unos meses se convirtió en un pez nadando en el mar, en lugar de la que hasta ese momento había sido su acogedora pecera. Fue afortunada al tener a Jane con ella. Su amiga había leído algunas de las historias que había escrito en la universidad y su familia estaba ligada y muy bien situada en el mundo editorial. Creyó en ella y comenzó a ocuparse pronto de lo que denominaba «el trabajo sucio», para que Allison solo tuviese que dedicarse al creativo.

Hacían un buen equipo.

Jane le había aconsejado también sobre cómo invertir el dinero. Un ejemplo era la compra de aquel bonito apartamento situado en el Downtown, en uno de los mejores barrios de Chicago.

Como no quería sentir que todo cambiaba demasiado en su vida, en lugar de comprar una casa grande y ostentosa se había decidido por un coqueto apartamento de dos habitaciones, con techos altos, paredes blanquísimas, moderna cocina americana perfectamente equipada, grandes ventanales que iluminaban cada rincón de su hogar y un cálido y bello suelo

de parquet en madera clara. Era todo lo que había esperado y necesitado.

Vivía en un décimo piso, lo que le proporcionaba unas estupendas vistas de la ciudad del viento. Desde la ventana podía disfrutar de la imagen de los enormes rascacielos bañados por el sol, como inmensos caballeros de brillante armadura desgarrando el cielo azul intenso que se reflejaba en las tranquilas aguas del río Chicago. Le encantaba contemplarlas cuando eran teñidas de verde cada año para la festividad de San Patricio, evocando en ella sensaciones extrañas de tiempos lejanos e impregnando en sus retinas imágenes llegadas de otros mundos, desconocidos para ella pero, al mismo tiempo, inherentes a su historia. Una historia desconocida, pues jamás había conseguido averiguar algo sobre sus orígenes.

Ese pensamiento la perturbó y volvió a centrarse en el paisaje del río.

La vegetación que lo rodeaba esos días se confundía con el agua, haciendo que pareciese rebosar y querer invadir el Downtown, al igual que las luces y sonidos que llenaban una ciudad repleta de vida que le había inspirado día a día, hasta ese momento.

Sin embargo, desde que se marchó James tampoco había conseguido escribir. No le salían las palabras ni de los labios ni de la cabeza ni del corazón. Solo oía murmullos de pensamientos vagos ir de un lado a otro, incoherentes e inconexos aparentemente. Esperaba que esto también cambiase con su marcha a Brawnsville.

Aparte de las pertenencias personales, ropa, ordenador, impresora, fax y algunos recuerdos de los viajes que había realizado en las promociones de sus libros, no había más que empaquetar. No tenía nada de valor ni algún mueble especial que quisiera conservar para su nuevo hogar. Tan solo la magnífica colección de libros, algunos atesorados desde la infancia, y que debían aguardar en Chicago a que Jane se los enviase semanas después, cuando tuviese un sitio adecuado para ellos en la nueva casa. Y su inseparable

bicicleta que también tendría que esperar por problemas evidentes de espacio en el transporte. Por todo lo demás, no había tenido problemas para meter toda una vida en el escueto maletero de su lujoso Jaguar XK color plata.

No era el coche que hubiese elegido ella para realizar ese viaje, ni siquiera para pasear por la ciudad o hacer los recados de su vida cotidiana. Solía utilizar la red de trenes de la CTA y la bicicleta para ir a pasear por Grant Park en su ruta habitual para visitar museos los domingos por la mañana. Chicago era una gran ciudad para ir en bicicleta. Con sus más de ciento sesenta kilómetros de ciclovías, era una auténtica atrocidad desperdiciar la oportunidad de perderse entre sus calles y disfrutar de las vistas por estar pendiente del tráfico.

En la elección de su coche había tenido mucho que ver Jane también. El día que fueron a comprarlo, Allison se decantaba una y otra vez por cómodos turismos de amplios maleteros, gran fiabilidad, fáciles de manejar y, desde luego, con un glamour que no llegaba a la altura de las llantas de su fabuloso Jaguar. Jane le había dicho que esos no eran coches dignos de una escritora de éxito como ella.

Tal vez no lo habría elegido porque no se sentía una escritora de éxito, sino simplemente Allison. La misma Allison de siempre, que ahora se ganaba el pan dando vida a los personajes que siempre la habían acompañado en sus fantasías. Pero había accedido a comprar aquel coche del que al final había terminado encariñándose. No podía negar que para un viaje tan largo como aquel, con mudanza incluida, otro vehículo más amplio habría sido mucho más útil, pero se alegraba de hacerlo con su coche. Compañero inseparable durante los últimos tres años, era como viajar con un viejo amigo. Y tenía que reconocer que, si había un coche cómodo y confortable en la conducción, ese era su Jaguar.

Y en ese instante, ambos se dirigían a comenzar una nueva vida en un

lugar en el que tampoco tenía raíces. Tal vez las de su marido fuesen suficientes para proporcionarle la calidez y sentido que había buscado hasta este momento. Esperaba que así fuese, porque el motivo real de dejarlo todo e ir a Brawnsville no era otro que el de dar a su hijo lo que ella no había podido tener: una familia. No podía dársela por su parte, pero su padre sí tenía una. Y eso le daba una esperanza, aunque no pudiese evitar la incertidumbre y el temor de que se materializasen como verdaderas todas las dudas que, tanto Jane como ella misma, se había estado formulando los últimos días sobre la familia de James.

No sabía qué iba a encontrar allí. Su marido le había hecho una descripción demasiado superficial. En las ocasiones que había hablado de su madre, lo hizo con evidente amor y admiración. Sabía que había tenido que luchar ella sola para criar a sus hijos desde jóvenes, pues su padre había fallecido cuando él y sus hermanos eran unos niños, en un accidente de tráfico. James se la había descrito como una mujer fuerte a la vez que amorosa, firme en sus convicciones y de gran corazón, y eso la tranquilizaba.

James y ella mantenían comunicación por correo electrónico y, en contadas ocasiones, telefónica. Después de hablar con ella, James siempre le decía que estaba seguro de que cuando se conociesen se llevarían estupendamente bien, pero ese supuesto no se había llegado a materializar. James siempre daba largas al momento del encuentro. De su hermano mayor, Caleb, y su hermana menor, Casey, sin embargo, apenas sabía nada. La edad y poco más. Cuando había querido indagar en lo que a ella le parecía el maravilloso mundo de tener hermanos y la relación de su marido con los suyos, él siempre había contestado con evasivas, respuestas generales e impersonales que, aunque no habían satisfecho su curiosidad, había dejado pasar para no incomodarlo.

Eran contados los momentos que habían tenido para disfrutar el uno del

otro, y no quería empañarlos con temas que parecían no ser de su agrado, pues en aquellas ocasiones él se tensaba, se le oscurecía la mirada y parecía perdido durante unos minutos. Ahora, sin embargo, se arrepentía de no haber insistido un poco más.

Era consciente de lo poco que sabía de su marido, y aquel viaje habría sido mucho más sencillo de haber conocido por lo menos a qué tipo de recibimiento se iba a enfrentar al mudarse a Brownsville. Pero no iba a tardar en descubrirlo.

DAKATA

DAKATA

semillas negras

Estaba tirada en el suelo, preguntándose cómo había podido llegar hasta allí. Algunas gotas de sangre caían sobre la lona blanca, tiñéndola de un rojo vivo e intenso. Se limpió la boca con la manga de la camiseta antes de echar un vistazo a su alrededor. Había estado en muchas ocasiones en la zona de combate pero, hasta entonces, nunca le había parecido tan fría y aséptica; las paredes eran blancas, la lona que cubría todo el suelo de la sala también lo era, incluso aquella iluminación excesiva y brillante era absolutamente blanca. Todo perfectamente estudiado para hacer resaltar aquellas gotas que resbalaban de sus labios precipitándose contra el mullido suelo.

La sangre debía verse desde cualquier punto de la sala, aquella había sido la premisa a la hora de diseñar el lugar. Las paredes curvas y de cristal permitían presenciar el combate a los miembros de La Colmena que desearan ver cómo se teñía la lona. Tosió, y un par de hilos del caliente y espeso líquido hicieron un extraño dibujo en el suelo. Se colocó a cuatro patas y levantó la cabeza para ver a su rival.

Definitivamente no estaba en uno de sus días más lúcidos. Frente a ella, Anouk la miraba agazapada de puntillas sobre una de las barras de entrenamiento situadas junto a la pared. Parecía un hermoso felino a punto de caer sobre su presa. El cabello rubio y corto le caía en capas de diferente longitud tapando los laterales de su pequeño rostro. Los ojos, de un intenso verde aguamarina, la miraban fría y analíticamente. La vio agacharse un poco más hasta que la cabeza le quedó entre las rodillas, haciendo alarde de su gran flexibilidad.

Sin duda ese era uno de sus talentos naturales, y lo aprovechaba al máximo cuando se enfrentaba en combate. La chica tenía una flexibilidad y

agilidad asombrosas, además de la capacidad de levitar durante varios minutos. Su punto fuerte era el ataque aéreo, y no dudaba ni un instante en que lo utilizaría con ella ahora que se encontraba tirada en el suelo en posición desaventajada.

En ese momento, Anouk se levantó como una elegante trapecista y caminó con gracia sobre la fina barra. Miraba a su contrincante ladeando exageradamente la cabeza. Evaluaba la situación y su siguiente paso a dar, pero su rostro no mostró emoción alguna; impertérrita y fría.

Mientras, Dakata hacía lo mismo. De ser un combate abierto, su táctica habría sido bien distinta; su destreza con las armas, especialmente con la espada, le habría dado una ventaja considerable sobre la otra chica. Pero tratándose de un combate por habilidades naturales, sus capacidades en la lucha cuerpo a cuerpo, fuerza y rapidez, eran las armas que la podían hacer destacar sobre ella, y las que debía aprovechar si no quería ser vencida.

Era la tercera vez que se enfrentaba en combate en el último mes, y empezaba a preguntarse en qué se habría descuidado para que el Mando la considerase merecedora de tanta atención y entrenamiento. Aquella frecuencia no era la habitual en La Colmena. Durante todo el año anterior, tan solo había tenido que medirse en cinco ocasiones con otros adversarios. Aunque todos aquellos combates habían terminado con el K.O. de su contrincante, se había asegurado de que en cada uno de ellos la diferencia con su rival no fuera demasiado evidente. Pero este era un combate diferente: había sido decretado «combate a muerte» y estos se regían por otras reglas. Las consecuencias las pagarían ambas contrincantes; una perdería la vida y la otra comenzaría a batirse a muerte con mayor frecuencia. Si conseguía sobrevivir sería enviada a formar parte del escuadrón oscuro, el ejército especial a las órdenes del Mando, y abandonaría La Colmena para siempre.

No quería dejar sola a su pequeña Dara y, por esa razón, se había

asegurado muy bien de no destacar en exceso. Luchaba al límite de lo que se suponía normal para su desarrollo y habilidades. De lo contrario, corría el riesgo de tener que abandonar La Colmena. Pero, por alguna razón que no llegaba a comprender, parecía que sí había llamado la atención. Y ahora estaba allí, en su primer combate a muerte, y no tenía más remedio que luchar o morir.

Aquello fue lo que le pasó a Constantine. La próxima semana haría un año exactamente de su marcha. Un año casi desde la última vez que lo vio caminar por los pasillos que comprendían el complejo al que llamaban La Colmena, el único hogar que conocían.

Constantine era un gran guerrero y sus habilidades en la lucha no tardaron en destacar sobre las de los demás. Fuerte, extremadamente rápido y con el don de predecir los movimientos de los adversarios, jamás había perdido un enfrentamiento, por lo que a los pocos meses de completar el desarrollo de sus habilidades comenzaron a llamarlo para celebrar combates a muerte.

Él nunca quiso que Dakata los presenciara. Prefería que se quedase en las celdas con Dara y la protegiera de todo aquello que él llamaba «el circo de la sangre». Por esa razón no pudo despedirse, no pudo abrazarlo ni decirle cuánto significaba para ella.

Recordaba cómo su corazón se desbocaba, el estómago se le apiñaba en un puño y la boca se le secaba hasta sentir cuarteársele la lengua cada vez que lo sabía en la arena, y que no cesaba hasta que lo veía atravesar el pasillo de vuelta al cuadrante B, donde se encontraban sus celdas. La mañana de su marcha habían estado charlando y bromeando sobre el resto de habitantes de La Colmena y unas horas más tarde desapareció de su vida para siempre.

Los recuerdos de aquel día se amontonaron en sus retinas, llenándolas de imágenes dolorosas que había estado guardando celosamente. Las

imágenes pasaron una tras otra como una película, pero a una velocidad vertiginosa. Había conseguido controlarse hasta entonces, dejando solamente que le invadiesen en los momentos que disponía de tranquilidad en la intimidad de su celda. Sin embargo, en aquel momento, todas estaban allí, vivas, saliendo descontroladas y anulándole el sentido de la vista por completo.

Craso error.

Se había quedado ciega y aquella era la ventaja que esperaba Anouk. Acababa de cometer un fallo de novata: dejar que los sentimientos le nublaran la visión. Una debilidad inherente a su raza y por la que ya había visto morir a varios combatientes. Tardaría unos segundos en recuperar el sentido de la vista y poder contraatacar, pero para entonces su contrincante ya había vuelto a la carga.

Sin saber de dónde vino, un golpe seco en el pecho la hizo caer de espaldas sobre la lona y arrastró su cuerpo varios metros hasta chocar contra una de las frías paredes de cristal. Sintió cómo las costillas aplastaban sus pulmones, impidiéndole llenarlos para respirar. El corazón le latía desbocado mientras la angustia se apoderaba de ella. Intentó incorporarse antes de que Anouk volviese a arremeter, pero la opresión del pecho lo impidió. Entonces le agarró la pierna y tirando de ella la arrastró al centro de la sala. La risa sibilante y satisfecha de su contrincante cortó el aire como un bisturí desgarrando la carne humana.

«Dara», pensó. No podía dejarla. ¡No! Ese no era el camino. No debía pensar en ella en aquel momento o su visión no regresaría a tiempo de contraatacar. Debía centrarse en el combate. Sobrevivir. Mejor evaluar la situación: la presión sobre los pulmones estaba mermando, lo que indicaba que las costillas estaban volviendo a su sitio gracias a la capacidad regeneradora. La visión, sin embargo, no había mejorado lo suficiente. Tan

solo distinguía manchas sin forma, pero no pudo permitirse esperar a la recuperación de la vista para volver al combate. Intentó concentrarse en las pistas que el sentido del oído le ofrecía. Anouk había dejado de reír y comenzaba a entonar una ñoña canción infantil mientras seguía tirando de ella hacia el centro de la lona. «Esta chica está como una cabra», pensó. «¿Quién se pone a cantar en un momento como este?».

El sonido de su voz sonaba amortiguado por su cuerpo, que debía estar de espaldas al de ella. Cuando hubo llegado al lugar en el que la quería dejar, se detuvo. Giró lentamente con la intención de darle su golpe de gracia. Saltaría elevándose para caer con los dos pies sobre su cráneo y aplastarlo sobre la lona. Ya la había visto hacerlo en dos ocasiones.

Era una muerte rápida, tuvo que admitirlo, pero no estaba dispuesta a que aquel fuese su final. Antes de que Anouk pudiera coger impulso la agarró por la pierna, haciéndola girar violentamente y caer a su lado en la lona. Una de sus piernas, que la esperaba en el suelo, cayó sobre su muslo, y con un movimiento brusco la aplastó con el otro haciendo unas tenazas con ellos. La cabeza de Anouk quedó entre sus piernas, que seguían apretando con fuerza su cuello fino y elegante.

Le agarró la cabeza con ambas manos y rápidamente retorció su cuello hasta sentirlo crujir entre las piernas. La visión se le aclaró en el momento justo de ver cómo los ojos abiertos de Anouk se teñían de pánico ante la clara visión de su inesperado final. Momentos después, ya no se podía leer nada más en ellos.

Durante unos segundos, incapaz de reaccionar, dejó la mirada perdida en la de la otra chica. Sus ojos inexpresivos y vidriosos eran el espejo en el que se reflejaba su atormentada mirada. Acababa de matar a Anouk.

No eran amigas, ni siquiera pertenecían al mismo pasillo de celdas, pero la había visto por el complejo. Solía caminar con la gracia de una gata, a

menudo parecía que estaba bailando. Se contoneaba al caminar y solía tararear cancioncillas ridículas mientras entrenaban, como unos minutos antes había hecho en el combate. No sabía si tenía amigos, pues siempre la había visto sola. Recordaba haber llegado a pensar en alguna ocasión que parecía una chica triste.

Tal vez nadie la echase de menos.

Tal vez nadie la mirase con odio por los pasillos culpándola de su muerte; nadie excepto ella misma, que jamás volvería a mirarse al espejo y verse como la misma persona que salió de su celda hacía tan solo una hora.

El sonido estridente de una sirena indicó que debía abandonar la zona de combate. Se levantó y, al hacerlo, la cabeza de Anouk se deslizó por su pierna chocando inerte sobre la lona con un sonido amortiguado y seco. Se dirigió hasta la salida sin mirar atrás.

Se colocó frente a la puerta, también de cristal, como el resto del cubículo. Sobre ella, una cámara la observaba. En ese momento el objetivo la enfocaba mejor, intentando escrutar su rostro. Aquellas cámaras estaban por todo el recinto, incluso en las celdas. Era la forma en la que el Mando controlaba cuanto pasaba en La Colmena y localizaba a los insurrectos. Siempre había convivido con ellas y, hasta la fecha, no le habían supuesto un problema, pero exponer su rostro en un momento como aquel le parecía vergonzoso. Sabiendo que muy probablemente recibiría un castigo por ello, evitó la observación desviando la mirada hasta el suelo. La puerta tardó unos segundos más de lo habitual en abrirse, unos segundos interminables en los que se preguntó cuál sería su sanción, pero finalmente se abrió, deslizándose con un silbido.

Sentada en la superficie ligeramente acolchada de su camastro, Dakata dejó caer el peso de su cabeza hasta que la barbilla le chocó contra el tórax. Se inclinó hacia adelante y apoyó los codos sobre las rodillas, y a continuación la cabeza sobre las palmas de las manos. De repente parecía que sus pensamientos, oscuros y difusos, habían hecho que fuera imposible mantenerse erguida.

La mala conciencia.

Nunca había oído que pesase la mala conciencia, pero ahí estaba, incapaz de moverse. Incapaz de dejar de pensar en lo que acababa de ocurrir. Había matado a una chica. Había sido una cuestión de vida o muerte, Anouk o ella, no había nada que pensar. Pero saber que era lo que tenía que hacer no mermaba un ápice el sentimiento sombrío que se había instalado en su pecho. Algo dentro de ella la acusaba con el dedo y le decía que a partir de ese momento su vida no volvería a ser la misma.

A los remordimientos tenía que sumar la preocupación evidente de haber entrado en el circuito de los combates a muerte, y una sensación extraña de que algo no iba bien se apoderó de ella. Aún no podía entender por qué la habían elegido para combatir. Había sido muy cuidadosa, extremadamente cuidadosa. Por nada del mundo pondría en peligro a Dara. Y si ella faltase, si ella se tuviese que marchar, ya nadie la protegería. Ahora no sabía qué iba a hacer. Tenía que sobrevivir a cada uno de los combates a los que iba a ser convocada, pero cada vez que esto sucediese iba a estar un poco más cerca de abandonar La Colmena, un poco más lejos de Dara. ¿Qué iba a ser de ella entonces?

Aquella realidad sí era un peso insoportable que llevar en su corazón. Un peso a sumar al de la ausencia de Constantine.

—¿Cuándo has vuelto? Te estaba esperando en la sala común. Me dijiste

que te esperara allí hasta que regresaras, ¡y no has ido a por mí! —oyó que le decía la voz aún infantil y compungida de Dara junto a la puerta de su celda.

Levantó la vista y los ojos de la niña le devolvieron una mirada angustiada. La reconoció al instante, era la misma que le devolvía el espejo cuando esperaban a Constantine.

—Lo siento, cielo —le dijo intentando eliminar al máximo la tensión de su rostro—, necesitaba unos minutos. Iba a cambiarme de ropa y a ir a por ti enseguida —añadió señalando la sangre con la que había manchado la manga de su camiseta blanca.

Blanca también era la indumentaria obligatoria para el combate. Así que aquellas manchas eran como un enorme cartel de neón que le recordaba lo que acababa de ocurrir.

—¡Estás sangrando! ¿Estás herida? —empezó a preguntarle preocupada la niña mientras la inspeccionaba de arriba abajo.

—Estoy bien, en serio, no tienes de qué preocuparte —la tranquilizó incorporándose y mostrándole que no eran más que manchas en la ropa.

Al hacerlo, percibió un ligero temblor en las pequeñas manos de Dara y sintió la necesidad imperiosa de tranquilizarla. Se agachó frente a ella para que sus rostros quedasen a la misma altura y la abrazó con fuerza. Su cuerpo impúber apenas ocupaba espacio entre sus brazos. Seguía temblando como una hoja. Era tan pequeña e indefensa.

Dara tenía doce años, pero su cuerpo no aparentaba más de ocho. Llevaba con ellos en La Colmena desde que la llevaron con cinco, y desde entonces Constantine y ella se habían ocupado de la pequeña, protegiéndola y enseñándola a vivir en un lugar como aquel. Los tres habían formado una pequeña familia. Se querían, protegían y cuidaban. Tenían algo que muy pocos habían llegado a tener en aquel lugar en el que sabías que tarde o temprano tus compañeros se podían convertir en tus verdugos, algo que en

parte se había roto con la marcha de Constantine. Ella había doblado desde entonces sus esfuerzos a la hora de dar a Dara todo cuanto necesitara, y pensar que tendría que dejarla sola en aquel lugar le provocaba un dolor insufrible.

La apartó un poco y la miró a los ojos, parcialmente cubiertos por el largo cabello negro azabache que le caía hasta mitad de la espalda, y le apartó un par de mechones, hasta que sus inmensos ojos rasgados asomaron por completo, llenándole el rostro aññado y extremadamente pálido.

—No quiero que estés asustada —le dijo en voz baja, pero con toda la firmeza que pudo imprimir a sus palabras—, no me voy a ninguna parte.

—Constantine también dijo que no se marcharía y...

—Yo no me iré. Constantine fue eliminado en aquel combate —dijo apretando los dientes—, pero yo guardo un par de ases bajo la manga —añadió con un guiño al que acompañó con una pequeña sonrisa tranquilizadora—. Nadie conseguirá separarnos, ¿me oyes?

La niña hizo un gesto afirmativo casi imperceptible.

—Nadie —le dijo aún con mayor firmeza, y la volvió a abrazar.

Dakata esperó hasta que Dara estuvo totalmente tranquila para volver a su celda aquella noche. Le había hecho una promesa que no sabía cómo cumplir, pero a la que sin duda no podía fallar. Paseó por la estancia con pasos lentos y cortos. Las celdas no eran más que cubículos de tres por tres. Tres paredes de ladrillo gris y un frontal abierto que por la noche cerraba con otra pared de cristal que salía del techo y bajaba hasta dejar sellada la estancia. Todas las celdas eran iguales. El mismo camastro suspendido en la pared, una mesa, una silla, dos estanterías y una taquilla. Todo en gris. No se permitían adornos ni expresiones artísticas en ellas, pues se consideraba que todo aquello que aportase individualismo y carácter desviaba la atención de

las enseñanzas del Mando. Las celdas debían ser lugares de reflexión y estudio, y debían estar immaculadas, impolutas. En ellas se permitía meditar, hacer ejercicio, la lectura de los libros autorizados y las reuniones de no más de cuatro miembros.

La alarma de inspección comenzó a sonar obligándola a dejar sus cavilaciones. Era uno de los pocos momentos del día en los que podían ver a uno de ellos, a un miembro de la raza superior. Como todos los demás, Dakata se dirigió hasta el límite de su celda y se colocó en posición de formación. Situó los pies en las marcas de posición, las piernas ligeramente abiertas, la espalda recta, las manos agarradas a su espalda y mirada al frente. La pared deslizante comenzó a bajar a pocos centímetros de su rostro y, al llegar al suelo, selló la celda con un chasquido. Permaneció completamente inmóvil. Un repiqueteo de zapatos comenzó a oírse al final del pasillo. Lentos, casi parsimoniosos, los minutos parecían alargarse en esos momentos en los que cualquier error podía costarte la vida. Una a una se iban apagando las luces de las celdas que habían pasado la inspección. La celda de Dara era la anterior a la suya, y contuvo la respiración hasta que vio cómo su luz se extinguía.

Llegó su momento. Lo primero que vio aparecer fueron los relucientes zapatos negros del «hombre tortuga», apodo con el que lo bautizó Constantine para que Dara no le tuviese tanto miedo. Si alguna vez este llegase a averiguar que lo llamaban así, no sabía si morirían antes por llamarlo tortuga u hombre.

El rostro de aquel ser se parecía mucho al del animal que habían visto en las fotografías de uno de los libros de la biblioteca. Completamente calvo, su cabeza estaba cubierta de manchas de distintos tamaños y tonos de marrón. Los ojos pequeños, fríos y oscuros te observaban con escrutinio, tan solo transformaba el rictus severo cuando encontraba algo inconveniente en la

inspección. Entonces sus labios finos se curvaban en una ligera mueca que dejaba entrever sus colmillos afilados. Lo había visto transfigurarse una vez así y no quería repetir la experiencia. En aquella ocasión sus ojos adquirieron una tonalidad carmesí mientras desplegaba los colmillos. Apenas tardó unos segundos en desangrar al chico que se había atrevido a dejar una pajarita de papel azul sobre su mesa de estudio. Los recuerdos de aquel momento la pusieron nerviosa, haciendo que se moviese ligeramente en su sitio.

El hombre tortuga le prestó entonces toda su atención. Se colocó frente a ella mirándola a los ojos. Los ocupantes de las celdas tenían prohibido mirar directamente a los seres superiores a no ser en aquel momento. Cuando el hombre tortuga te miraba directamente debías sostenerle la mirada. Dakata estaba segura de que podía leer el pensamiento, así que contuvo la respiración e intentó dejar su mente en blanco. «Una pantalla, una pantalla», se repitió una y otra vez, pero las imágenes de aquel chico inerte y envuelto en sangre en su celda reaparecieron en su mente acabando con sus esfuerzos. Se mordió ligeramente el labio y bajó la mirada, temiendo el castigo. Pero lo único que escuchó fue la risa gutural que escapaba de la garganta del hombre tortuga mientras continuaba la inspección hacia la siguiente celda.

Caminaba siguiendo a Constantine a corta distancia, su paso era decidido y ágil y no parecía preocupado por el combate al que se enfrentaría en pocos minutos. Ella, sin embargo, intentaba inhalar todo el oxígeno de aquel pasillo y aún sentía que le era insuficiente. Su respiración se hacía cada vez más exigente y precipitada, le sudaban las manos y era incapaz de fijar la vista en cualquier cosa que no fuese Constantine frente a ella, caminando hacia la zona de combate. A pesar de su aparente tranquilidad era apreciable la tensión en sus anchos hombros, como si soportase un gran peso. Cada músculo de su espalda se tensaba bajo la blanca camiseta de combate. Los

pantalones del mismo color, aunque algo más anchos, también se ceñían a sus caderas. Lo vio elevar los brazos estirándose; aquel movimiento dejó al aire parte de su musculosa espalda y comenzó a mover la cabeza a un lado y a otro, intentando relajar el cuello, cuando súbitamente se detuvo girándose hacia ella. El movimiento fue tan repentino que, sin darle tiempo a reaccionar, chocó contra él torpemente. Constantine la miró con aquellos intensos ojos verdes y le sonrió mientras le tomaba el rostro entre las manos y depositaba un beso dilatado sobre su frente. La huella de aquel beso en su piel ardió como las brasas de una hoguera. Dakata abrió los labios con intención de hablar, pero no pudo articular palabra... Quiso decirle que no se fuera, quiso rogarle que no se marchara, pero los sonidos se ahogaron en su garganta negándose a salir. La desesperación rompió en su rostro con un sinfín de lágrimas impotentes y lo vio marchar. Tan solo cuando lo observó atravesar la puerta de la zona de combate pudo gritar su nombre...

En la celda de Dakata, un ligero zumbido rompe el silencio de la noche. La cámara situada en el centro de la estancia la enfoca sin pudor mientras duerme. El zoom amplía su imagen hasta obtener de ella un primer plano que permite ver el sudor perlado su frente. El cabello castaño, aunque recogido en una coleta, le cubre parcialmente las mejillas. Los labios carnosos y entreabiertos susurran incesantemente un nombre.

—Mírala, parece un ángel atormentado, ¿no crees? —dice el hombre al otro lado de la cámara, sin apartar la vista de ella.

—Los ángeles siempre están atormentados —replica el otro hombre con una mueca de asco.

Raynard dejó de mirarla y giró su sillón de cuero para quedar frente a su amigo, que en ese momento se servía una copa de sangre de su reserva especial.

—Aún no entiendo cómo bebes esta porquería —le dijo su amigo dando un sorbo a la copa mientras se sentaba en el extremo de uno de los sofás de cuero negro del despacho—. Yo prefiero los envases vivos —dijo riendo—, y aquí tienes una cosecha completa para elegir cuál quieres —le indicó a Raynard mientras señalaba la pared de pantallas tras su sillón. En ellas se podían ver las celdas de cada uno de los habitantes de La Colmena—. Incluso podrías alimentarte de la chica —añadió señalando a Dakata.

—¡No seas estúpido! —contestó Raynard, molesto con aquella sugerencia. Se giró de nuevo hacia las pantallas y tecleando un par de botones volvió a poner la imagen de Dakata en grande, ocupando todas las pantallas—. La necesitamos. Tal vez sea la única forma de conseguir que él vuelva. Ya lo hemos intentado de otras formas y hemos fracasado —añadió sin dejar de mirarla—. La chica tiene algo, no me extraña que él se fijara en ella, no querrá perderla.

La risa estridente de Kendrick invadió el caro y elegante despacho de Raynard.

—Amigo mío, si no nos conociéramos desde hace más de mil años, juraría que te has vuelto un romántico —dijo sin parar de reír—. Estoy de acuerdo en el hecho de que debemos conseguir que el chico vuelva. Es una pieza clave en nuestros planes. ¿Pero de veras crees que pondrá en peligro a los guardianes solo por esta chica? Ese hijo tuyo tendría que ser muy estúpido de ser así.

Raynard volvió a dirigir su atención en el otro, sentado en su sofá. Efectivamente se conocían desde hacía más de un milenio. Su relación hasta entonces había sufrido sus altibajos. Habían luchado juntos en innumerables batallas, habían visto destruir ciudades, incluso habían participado ambos en la destrucción de alguna. Se habían alimentado juntos, masacrado y destruido, visto cómo se transformaba el mundo ante ellos, pero aquellos

años no habían pasado por él sin dejar una huella. Había aprendido el valor de pensar fríamente y no dejarse llevar por los instintos más bajos, la sed y necesidad de destrucción.

Tenía planes más elevados, propósitos más importantes. No es que no disfrutase con la idea de destrozarse a todos aquellos «semillas negras» en sus celdas. No tardaría ni cinco minutos. Pero sabía lo que aquellos mestizos representaban. Era más útiles vivos que muertos. A pesar de ser la mayor amenaza para su raza, (razón por la cual se creó La Colmena hacía más de quinientos años), ahora también podían significar el futuro de la misma, y si para eso debía mantener a la mayoría de ellos a salvo, lo haría. Y si tenía que usar a esa chica para hacer que él volviese, también lo haría.

Pero para Kendrick las cosas eran bien distintas. Aquel vampiro era impredecible, desafiante, basto, un animal, por algo era llamado Kendrick «el loco». Ya era caníbal antes de ser transformado, ya adoraba la sangre y encontraba placer en arrebatar la esencia vital a sus víctimas; una crueldad inherente a su especie, no a la humana. El rostro de Kendrick no era más que una máscara clara de su interior. Todo lleno de marcas. Cuatro cicatrices profundas cruzaban su rostro: desde su boca, dos hacia los pómulos y otras dos hacia los laterales de su barbilla. Estas hacían que sus labios se curvasen hacia arriba ligeramente en un rictus diabólico. Kendrick fue transformado cuando ya superaba los cuarenta, por lo que en su escaso pelo seguía peinando canas, no era muy corpulento, pero sí lo bastante alto como para que él, que media más de metro noventa, lo superase en altura por muy poco.

—¿Qué has hecho con la que ha muerto hoy? —le preguntó Kendrick de repente, cambiando la dirección de sus pensamientos.

—El Sr. Tian consiguió que su corazón volviese a latir lo suficiente para drenarla antes de enviar su cuerpo a Blaz el Mutilador. Te la estás bebiendo ahora.

Kendrick miró su copa con gesto indolente, antes de sentenciar:

—Pues no vale gran cosa.

—No, no lo valía —repitió Raynard girándose otra vez y centrando su atención en Dakata nuevamente—. Pero algo me dice que su sangre sí merece la pena. Pronto lo sabremos.

El Dr. Tian Wú daba vueltas desde hacía horas en la consulta. Había terminado con su trabajo en La Colmena por ese día, pero debía aguardar hasta la hora habitual de salida para no levantar sospechas. Se sentó frente a su escritorio y miró el reloj de pared que coronaba la estantería con los utensilios quirúrgicos. Las agujas se pavoneaban de su ritmo pausado mientras su corazón desbocado amenazaba con partirle el pecho. El acero del marco brillaba con el reflejo de la única luz que tenía encendida en la habitación: el foco, también de acero, sobre el escritorio. Las agujas marcaban en ese momento las siete menos cinco. Tan solo restaban cinco minutos para salir de allí. Solo cinco minutos para dejar de respirar aquel oxígeno asfixiante.

Llevaba trabajando para el Mando desde hacía siete años y había contabilizado hasta entonces cada minuto de los que había pasado en el interior de aquel recinto. Había visto cosas terribles, cosas que jamás imaginó que verían sus ojos. Cosas que jamás pensó que vería hacer... Pero aquellos seres, los que gobernaban La Colmena, no eran humanos. Eran auténticos monstruos. Despiadados y crueles.

Sabía dónde se metía. Había llegado allí con un propósito, pero nunca imaginó cómo de duro le iba a resultar. Tenía una deuda con la Orden de Los Guardianes que estaba pagando día a día. La información que brindaba a la Guardia sobre las actividades del Mando había salvado la vida de algunas personas, y eso era lo que contaba. Se lo repetía día tras día al levantarse y dirigirse desde su pequeño apartamento en Capitol Hill, hasta Twin Falls, donde se encontraban las instalaciones de La Colmena. También lo recordaba cada vez que su vida pendía de un hilo muy fino, justo como en aquel

momento.

Blaz el Mutilador acababa de hacer acto de presencia. Cada vez iba hasta allí con mayor frecuencia y eso lo estaba desquiciando; enloqueciendo más bien. Se encontraba frente a un psicópata, y el hecho de que lo visitase tan asiduamente le hacía pensar que este sospechaba de su conexión con la Guardia. Por otro lado, intentaba tranquilizarse pensando que, de tener la más mínima sospecha, estaba seguro de que el Mutilador no dudaría un instante en hacer honor a su nombre y acabar con él antes de que pudiese tragar la saliva que se secaba en su boca al verlo aparecer por allí.

Blaz no solía perder su tiempo en dirigirle la palabra, cosa que agradecía, pues las escasas ocasiones en las que había oído su voz se le había helado la sangre en las venas. Era como un susurro sibilante, una voz escalofriante; la voz de un lunático despiadado. ¿Quién si no encontraría semejante placer en descuartizar los cuerpos de aquellos que morían en La Colmena?

Blaz llevaba trabajando con ellos desde hacía algo menos de un año. Justo después del incidente con Constantine, el Mando decidió que necesitaban un método más seguro para deshacerse de los cuerpos, que hasta ese momento eran enviados con un coche fúnebre hasta una incineradora. Pero después de lo de Constantine, ya nadie estaba seguro. A los pocos días llegó Blaz y, desde entonces, Tian se aseguraba de la defunción del fallecido y le entregaba el cuerpo a este, que se encargaba de descuartizarlo y deshacerse de él.

No sabía qué clase de criatura era el Mutilador. No era un vampiro como los miembros del Mando, pero había algo en él que lo delataba como una de las criaturas más peligrosas que había. En apariencia, su aspecto era el de un tipo común, incluso bonachón. De su rostro redondo y mofletudo destacaban unos ojos azules, pequeños y vivaces. Su apariencia no resultaba

amenazadora, pero el brillo que se adivinaba en sus ojos cuando le hacía una entrega revelaba el placer que sentía al verse próximo a la experiencia de descuartizar el cuerpo, y eso lo hacía espeluznante.

El Dr. Wú sintió náuseas solo de pensarlo. Arrugó la nariz en un gesto que intentaba contener las náuseas. Levantó la vista y vio a Blaz semioculto en una de las esquinas de su consulta. Se había parado allí a observarlo sin que él se diese cuenta. Un brillo dorado relampagueó en los ojos de Blaz. Tian tragó saliva y volvió a mirar el reloj, las siete en punto. Cogió su maletín sobre el escritorio y se quitó la bata sin perder tiempo. La colgó en el perchero junto a la puerta y giró el pomo de su consulta.

— Hasta mañana —oyó que le decía la horripilante voz de Blaz.

— Hasta mañana —le contestó él sin mirar atrás, cerrando apresuradamente la puerta a su espalda.

Durante todo el trayecto dentro del entramado de pasillos del recinto, y una vez que llegó al aparcamiento donde se encontraba su coche, Tian sintió cómo le dolían los pulmones del esfuerzo que le costaba respirar. Estaba cansado de vivir de esa manera. Sentía cómo cada día envejecía una década, pero el dolor de no hacer lo debido era mucho peor que aquella vida agónica esperando su final.

Las instalaciones de La Colmena se encontraban construidas en medio del Twin Falls Trail, en una de las zonas más boscosas y de más difícil acceso. El edificio se encontraba completamente oculto a los visitantes asiduos a la zona para hacer senderismo y visitar las cascadas de la zona, ya que para entrar en ella había que atravesar una zona vallada con fuertes medidas de seguridad, incluida una reja electrificada y una doble puerta de metal pintada de verde con doble hoja que solo se podía atravesar introduciendo el código de seguridad. Desde el edificio hasta dicha puerta había un camino de más de quinientos metros que, aunque había sido trazado

sobre el monte, estaba sin asfaltar, por lo que su recorrido era tortuoso y lento.

El Dr. Tian llegó hasta dicha puerta y un guarda de seguridad le acercó un pequeño dispositivo en el que tecleó el código de seguridad. Avanzó un poco más y sacó la cabeza para que otro lector, esta vez de retina, hiciera la comprobación pertinente. Cuando los dispositivos de seguridad dieron luz verde, la puerta se abrió y pudo salir a otro camino sin asfaltar. Transitó por dos vías en las mismas condiciones durante diez minutos antes de tomar el último desvío, que lo dirigió hasta el sureste por la I-90E. Poco después tomaba la salida 38 hasta la carretera de Homestead Valley, se incorporó entonces a la I-90W y después de unos minutos llegó a la I-5N por la salida 2C. A partir de este momento, todo el camino era recto en dirección Vancouver.

Condujo los treinta y cinco minutos de trayecto hasta su apartamento con la sensación de que alguien lo estaba siguiendo. Miraba cada cinco segundos el espejo retrovisor en busca de algo que confirmara sus sospechas, pero nada llamó su atención de manera extraordinaria. Su apartamento estaba situado en un edificio de ladrillo rojo de seis plantas en el centro de Capitol Hill. Dirigió el coche hasta la parte de atrás y aparcó bajo la única farola apagada de toda la calle. Detuvo el motor y se dejó caer contra el reposacabezas. Sentado en el asiento de su vehículo, soltó todo el aire que contenían sus pulmones. Un impulso lo llevó a bajar el parasol sobre su cabeza. Del fondo del bolsillo sacó una pequeña bolsita de fieltro negro y de su interior extrajo una fotografía tamaño carnet. En ella, una preciosa chica asiática le sonreía tímida y juguetona guiñándole un ojo. Una punzada de dolor le atravesó el corazón hasta el punto de tener que agarrarse el pecho con la mano.

De repente, unos golpes en el cristal del asiento del acompañante lo asustaron haciendo que la fotografía cayera sobre su regazo. Miró sobresaltado y vio a un hombre extremadamente alto, vestido con vaqueros y sudadera negra con capucha, que le hacía gestos desde fuera del coche para que levantase el pestillo de la puerta. Una enorme sonrisa de dientes increíblemente blancos acompañó al gesto. Tian no lo dudó y abrió el cierre dejando entrar al hombre, que, a pesar de ocupar solo el asiento del copiloto, parecía haber invadido el interior del vehículo por completo con su presencia.

—Buenas noches amigo —le dijo el recién llegado ofreciéndole la mano.

—Buenas noches Caleb. ¡Cuánto tiempo sin verte! No te esperaba esta noche, desconocía que estuvieras en la ciudad—lo saludó devolviéndole la sonrisa y un fuerte abrazo.

—Sí, hacia al menos tres años que no nos veíamos. He venido un par de días para la asamblea de la Guardia, estamos en un momento crítico y hay muchas decisiones que tomar, pero cuando me dijeron que habías solicitado un encuentro me ofrecí voluntario antes de marcharme. Pero dime, ¿cómo estás amigo? —le preguntó sinceramente interesado por su bienestar.

Tian lo miró con expresión sombría. La apariencia de Caleb era realmente amedrentadora, con su más de metro noventa, el cabello oscuro, los ojos ambarinos y una complexión fuerte que lo hacía abarcar todo el espacio con sus anchos hombros. No en vano se encontraba ante el más probable futuro rey de los licántropos. Cualquiera otro estaría temblando ante su sola presencia, pero él conocía al lobo que tenía frente a él, su nobleza y bondad. Era implacable cuando tenía que serlo, pero también la persona más justa que se hubiese encontrado jamás. Se sentía orgulloso de poder contarle entre sus amigos. Confiaba ciegamente en él y por eso le abrió su corazón.

—¿Qué voy a decirte? Estar en La Colmena es una muerte en vida, pero

una muerte que merezco. Es el camino que tengo que recorrer mientras espero el día de mi juicio final.

—No me gusta oírte decir esas cosas —comenzó a responderle el licántropo. Con su rotunda voz y acento tejano, parecía hacer vibrar el interior del coche—. Sigues culpándote por la muerte de Kumiko, y tú no fuiste su verdugo —enjuició Caleb.

—Si lo fui —objetó apesadumbrado—, yo la puse en peligro. Tenía toda una vida por delante. Estábamos enamorados, teníamos sueños, pequeños sueños que nos habrían hecho felices. Yo habría sido feliz solo con verla cada mañana despertar a mi lado, pero me obsesioné con esta lucha, con llegar hasta ellos, con descubrir más. Necio de mí... Cuanto más sabía, más me repugnaba este mundo en el vivimos a merced de unos monstruos, y más lejos estaba de ella, que solo aguardaba mi regreso. Mientras yo estaba demasiado ocupado para cuidar de ella, la dejé sola para llevar a cabo mi cruzada personal contra ellos y la mataron. Yo la puse en sus manos y ella pagó por mis pecados. Solo me queda intentar que lo que hago ayude a otros.

—Lo hace, sabes que sin tu información muchos más habrían muerto. Eres muy valioso para la Guardia, pero también me preocupas tú. Creo que esta presión está acabando contigo. Tal vez sea el momento de dejarlo todo, buscaremos la forma de conseguir la información sin exponerte...

—¡No! —se anticipó Tian—. Aún me queda trabajo por hacer, están pasando algunas cosas preocupantes en La Colmena.

—¿Más preocupantes de lo normal? —preguntó Caleb escéptico.

—Me temo que sí. Dakata ha sido convocada a los combates a muerte.

—¿Cómo es posible? Aún no ha completado su desarrollo. No ha cumplido los dieciocho. ¿Para qué la puede querer Raynard tan pronto?

—No lo sé, pero me preocupa. Puede formar parte de algún tipo de plan para atrapar a Constantine. Sabes que lo ha estado intentando de varias

formas desde que perdió al chico.

—¿Quieres decir que está buscando que él vaya a por ella? —preguntó Caleb sin esconder la inquietud que aquella idea le provocaba, ya que conocía al chico lo suficiente para saber que lo haría.

—No se me ocurre qué otra razón podría tener. La cuestión es que es la primera vez que se rompe el protocolo de entrenamiento, y justamente lo hace con ella.

—¿Cuándo será ese combate? —le preguntó Caleb retirándose la capucha y pasándose la mano por el espeso y oscuro cabello.

—El primero ya se ha producido. Fue ayer, salió victoriosa, pero no sé cómo resultará su segundo combate. Su entrenamiento no ha concluido, sus habilidades no se han desarrollado por completo. Está en verdadero peligro.

—Lo entiendo, y con ella todos nosotros. Fue la única condición que puso él para quedarse en la Guardia. Dakata debía permanecer a salvo. Todo estaba preparado para sacarla de allí al finalizar su desarrollo, antes de comenzar con los combates a muerte. Pero esto lo acelera todo y no es un buen momento. Están pasando algunas cosas en la Guardia, personas importantes deben ser protegidas para mantener el equilibrio —le informó Caleb.

—Para Constantine no hay nadie más importante que Dakata. Y cuando sepa que está en peligro querrá ir a por ella. Huele a trampa que apesta —le dijo Tian frotándose las sienes vigorosamente.

—Lo sé, coincidido contigo. Comunicaré lo que me has contado al resto de representantes en la Guardia y tomaremos una decisión. —Caleb resopló, consciente de que no iba a ser una situación sencilla de resolver—. Mientras, quiero que te cuides y que pienses en serio en abandonar La Colmena cuando finalicemos con este asunto.

Caleb vio a su amigo recoger una pequeña foto de su regazo y perder la

vista en ella, como si de repente el resto hubiese desaparecido para él. Lo tenía realmente preocupado. Su deterioro físico era notable, además del mental. Esos absentismos no eran nada buenos para una persona que debía permanecer en todo momento alerta en La Colmena. Su vida dependía de ello.

—Tian, es una orden —le dijo el licántropo seriamente.

Tian asintió con la cabeza un par de veces antes de añadir:

—Prometo que lo pensaré —le dijo sin mucho convencimiento.

Unos minutos más tarde, Caleb abandonaba el vehículo de su amigo y se dirigía a su Ford F 150 raptor negra, al otro lado de la calle, en dirección a la base de la Guardia.

Dakata y Dara estaban sentadas en una de las largas mesas de metal que formaban el comedor. Tomaban su desayuno habitual: un tazón grande de gachas hechas con leche y una base de cereales de maíz. No estaban muy sabrosas, pero sí aportaban toda la energía que necesitaban para comenzar su día de estudio y entrenamiento. Se habían sentado junto a la ventana, como cada día, algo apartadas del resto de los componentes de La Colmena.

Una única imagen se divisaba en todo el ventanal. Inmensa, estática, como una pintura monocromática, verde y más verde. En distintos tonos, en distintas texturas, todo verde. La Colmena estaba ubicada en medio de un gran bosque. La espesura de aquella frondosa vegetación ocultaba por completo la estructura de la edificación, haciéndola invisible a los humanos y protegiéndolos de ellos. Sabía que era lo mejor para su seguridad, pero a veces se preguntaba qué había al otro lado de aquella masa verde.

—¿Crees que podríamos invitar a Joss a nuestra mesa para comer con nosotras? —oyó que le preguntaba Dara sacándola de sus pensamientos.

—¿Por qué quieres que lo hagamos? —le preguntó y metió otra

cucharada de gachas en su boca.

Comenzó a masticarla dándole vueltas en la boca. No había mucho que masticar, pero era difícil deglutir aquella masa espesa y algo viscosa.

—No lo sé, me parece que está un poco solo, como nosotras. Podríamos pedirle que nos acompañara. Él puede quedarse conmigo cuando tú estés en la arena —añadió en tono ligero, como si no quisiera dar importancia a este último comentario.

Dakata había pillado el mensaje a la primera. Dara hacía dibujitos con la cuchara sobre sus gachas, tenía la mirada un poco ausente; estaba claramente preocupada y con miedo a quedarse sola. No soportaba verla así. Miró al chico sentado a dos mesas de la suya. Estaba solo, apenas tendría unos quince años, pero su complexión era grande. El cabello castaño le caía con un flequillo algo salvaje sobre unos ojos azul verdoso. Nunca lo había visto meterse en líos, y en los entrenamientos había demostrado una predisposición especial por el combate cuerpo a cuerpo. Decidió que podía ser una buena compañía para Dara.

—Pues, ¿sabes? Creo que has tenido una gran idea. Joss parece un chico simpático, le preguntaré si quiere compartir mesa con nosotras. Tal vez podríamos ser sus amigas.

En ese momento la sirena de finalización del desayuno comenzó a sonar y un pitido agudo indicó la comunicación de un mensaje por megafonía.

—Todos los miembros del cuadrante B, excepto el de la celda ciento veintitrés, deben acudir a la consulta del Dr. Wú para vacunación. —Otro pitido agudo anunció el fin del mensaje.

La celda ciento veintitrés era la de Dara, a ella nunca la llamaban para vacunarse.

—Pues tendremos que esperar a la hora de la comida para proponérselo —le dijo a la niña, levantándose y recogiendo ambos cuencos para dejarlos

en los carritos de la vajilla sucia.

—Bien, lo haremos después. Te espero en la celda —le contestó la pequeña, aparentemente más animada.

A Dakata le parecía muy extraño que Dara no fuese vacunada, pero para ella era mayor el alivio de no tener que ser pinchada que la curiosidad de saber por qué no lo hacían.

Esperaba pacientemente en la fila perfectamente alineada frente a la puerta de la consulta del Dr. Wú. Solo visitaban aquella consulta para ser vacunados cada semana y para las revisiones mensuales. Los miembros de su raza no enfermaban, pero aun así eran revisados para asegurarse de que estuviesen bien. Tampoco precisaban de curas gracias a la capacidad regeneradora, pero sí necesitaban aquella misteriosa vacuna.

La fila se mantenía en un absoluto mutismo. Nadie hablaba, no conversaban, debían estar el silencio. En un rato, no sabía exactamente cuánto tiempo, llegó su turno. Entró en la consulta y como siempre se colocó sentada en la camilla que el doctor Wú tenía en medio de la sala.

—Buenos días, Dakata —le dijo el Doctor.

Dakata levantó la vista sorprendida. El Dr. Wú nunca había hablado con ella. Estaba de espaldas, preparando su inyección. Contenía un líquido de un azul tan claro y eléctrico como el de sus propios ojos. Mirando a un lado y a otro, se percató en ese momento de que no había nadie más en la consulta. Blaz El mutilador estaba siempre allí durante la vacunación. Sentado en una silla en la esquina, él tampoco hablaba, solo les observa con una mirada extraña, pero su presencia era palpable en el ambiente por la tensión que se respiraba, como si el aire estuviese electrificado y diese miedo respirar.

El Dr. Wú se giró y fue hacia la camilla donde ella estaba sentada, se colocó frente a ella y acercó una bandeja con los utensilios que necesitaba.

Ella ya estaba con el brazo estirado y preparado.

—¿Qué tal te sientes estos días? —le preguntó de repente el doctor.

Dakata se sorprendió por segunda vez en unos minutos y lo miró a los ojos con expresión perpleja.

—Por haber empezado en el circuito de los combates a muerte —añadió el doctor a modo de aclaración. Lo hizo en un susurro, y Dakata entendió que este temía que alguien escuchase su conversación.

El Dr. Tian Wú siempre había sido amable con ella. Aun así, era el único humano que conocía, y esa naturaleza suya le hacía ser precavida y distante. Los humanos buscaban la destrucción de su raza, por eso vivían confinados en aquellas instalaciones. En muchas ocasiones se había preguntado por qué entonces el Mando tenía a uno de ellos cuidando de la salud de los miembros de La Colmena. El Dr. Wú debía ser una excepción en su raza.

Lo miró a los ojos, algo que había evitado en todas las ocasiones que había estado allí. La mirada del doctor le mostraba solo auténtica preocupación, por lo que se animó a hablar.

—Está siendo un poco desconcertante, no lo esperaba tan pronto —le dijo mientras le ofrecía su brazo.

El Dr. tomó la jeringuilla y elevándola expulsó un poquito del líquido frente a ella. Luego tomó su brazo y la pinchó con cuidado. Sintió cómo el líquido helado penetraba en su carne; el dolor apenas duraba unos segundos, pero era intenso. Poco después sintió cómo se expandía por su cuerpo y, al llegar al corazón, este se desaceleró lentamente, se paró y volvió a su ritmo habitual.

—¿Qué es esto? —le preguntó mientras se recomponía de los efectos de la vacuna.

Nunca se habría atrevido a interrogar al doctor, pero el cambio de

actitud de él la había animado a hacerlo.

Él la miró con inquietud. Después echó un vistazo alrededor para comprobar que seguían solos.

—Los miembros de tu raza —comenzó a decir en voz muy baja—, tienen algunos problemas al llegar la pubertad. Esta vacuna os ayuda a controlarlos.

Dakata dudó un momento, mordiéndose el labio inferior. No sabía si formular la siguiente pregunta. Quizás estaba rebasando todos los límites, pero en aquel lugar había demasiadas preguntas sin respuesta y a lo mejor no tenía otra oportunidad como aquella para obtener algunas.

— ¿Y qué problemas son esos? —dijo finalmente.

El Dr. levantó la cabeza y la miró a los ojos unos segundos. Después desvió la mirada a la entrada de la consulta y la volvió a bajar rápidamente separándose de ella. Dakata miró en la dirección en la que lo hacía el Dr. y vio entrar a Blaz el Mutilador. Instintivamente se irguió y bajó de la camilla.

—Eso es todo —le dijo el Dr. Wú en tono seco—. Ya puede marcharse —añadió sin mirarla.

Dakata no se lo pensó dos veces y se precipitó hacia la salida a toda prisa. Al hacerlo, Blaz la agarró del brazo. Ella contuvo la respiración y bajó la mirada. Blaz se acercó a ella hasta rozarla con su aliento y la piel se le erizó de forma hiriente. Estaba aterrada, había oído historias sobre lo que hacía ese ser con los cuerpos de los que fallecían en la arena. Quería salir de allí corriendo, pero cualquier movimiento podría acabar con su vida en cuestión de segundos.

—Tengo entendido que pronto te tendremos de nuevo en la arena —dijo en tono escalofriante—. Estoy impaciente de que llegue el momento. — Terminó acercándose aún más a ella y deleitándose en olerla lentamente.

Dakata no lo pudo soportar más y se soltó de su agarre con un

movimiento rápido, pero antes de marcharse le dijo:

—Espero poder defraudarle —contestó en voz baja y se marchó por el pasillo en dirección a su celda.

Blaz se quedó unos segundos mirando a la chica que se había atrevido a contestarle. Era la primera vez que uno de ellos osaba hacerlo, y no era una más de entre las semillas negras. Aquella belleza lo excitaba de una manera especial. Su cabello oscuro y largo, sus ojos del azul más claro que había visto jamás, los labios carnosos y la piel fina y pálida como los pétalos de una extraña flor. Olía de una forma exquisita, un aroma dulce y cálido que acababa de dejar una estela en la dirección de su marcha. Sabía que el Mando tenía un interés especial en hacerla luchar, por eso no podía atacarla en aquel mismo momento, pero estando en el circuito de los combates a muerte pronto llegaría hasta su camilla.

Era cuestión de tiempo, poco tiempo.

GLOSARIO DE RAZAS

Hada

Un hada es una criatura fantástica y etérea. En la mitología griega y romana las llaman Hados, pero generalmente se presentan en forma de mujer hermosa, y según la tradición son protectoras de la naturaleza. Los humanos pueden provocar el contacto con ellas desarrollando la visión etérea según las leyendas. La mayoría de ellas se representan con alas.

Elfo

Los elfos son humanoides de apariencia frágil y delicada, orejas puntiagudas, piel pálida y ojos almendrados. Viven cientos de años, incluso se piensa que son inmortales. A pesar de ser menos corpulentos que los humanos, tienen mayor agilidad y destreza en sus movimientos. Un elfo se mueve con gracia y delicadeza y, de un modo tan sutil y silencioso, que a veces es imperceptible su presencia. Este hecho les permite seguir con sigilo a un enemigo al que quieren espiar, o realizar un ataque por sorpresa. Un elfo puede resultar prácticamente invisible en un bosque.

Elementales

Los elementales son fuerzas de la naturaleza que dominan a los elementos. El plano material primario está compuesto por cuatro elementos; el fuego, la tierra, el aire y el agua.

Ninfa

En la mitología griega, una ninfa es una deidad menor femenina típicamente

asociada a un lugar natural concreto, como puede ser un manantial, un arroyo, un monte o una arboleda. Se les aplicaba el título de olímpicas, y se decía que eran convocadas a las reuniones de los dioses en el Olimpo y que eran hijas de Zeus. Diferentes de los dioses, las ninfas suelen considerarse espíritus divinos que animan la naturaleza. Se creía que moraban en la tierra: en árboles, en las cimas de montañas, en ríos, arroyos, cañadas y grutas.

Ondina

Las ondinas son una variedad de ninfas, propias de lagos y aguas dulces. Su formación transcurre en las mismas condiciones que las de cualquier ninfa pero, normalmente, son fuerzas elementales del agua las que dan vida al cuerpo femenino. Las ondinas tienen el cuerpo azulado o verde, los dedos de las manos y pies ligeramente palmeados, las orejas puntiagudas y los cabellos muy largos y azules, amarillos o verdes. Pueden respirar tanto en el agua como en el aire.

Drow

Los drow son criaturas malvadas subterráneas descendientes de los elfos. Al inclinarse por las fuerzas del mal, fueron expulsados por los elfos del bosque hacia las cuevas del subsuelo. Un drow es muy parecido a un elfo, sobre todo en las manos alargadas y las orejas puntiagudas. Sin embargo, el drow tiene la piel oscura y el cabello muy claro, normalmente blanco. Son bastante delgados y no muy altos. Suelen vestir de negro y usar unas capas élficas especiales que los hacen prácticamente invisibles en su entorno.

Gorgonas

Una gorgona es una mujer guerrera con alas y mirada petrificante. Se piensa que las gorgonas eran parte de una raza de mujeres guerreras, aunque solo se

conocen tres; Medusa, Esteno y Euríale. Estas hermanas, hijas de las deidades marinas Ceto y Forcis, formaban una de las tríadas más poderosas y antiguas de la mitología conocida. Contaban con poderes mentales, físicos y tenían el don de la curación.

Banshee

Las banshees son las hadas irlandesas de la muerte, procedentes de las leyendas y la mitología celta. Su nombre significa «mujer hada» y «mujer de las colinas», ya que en ocasiones aparece caminando errante por las colinas, donde incluso permanece varios días sin rumbo fijo. Su cara es pálida y tiene los ojos enrojecidos, casi ensangrentados, por el dolor y el llanto. Según la leyenda, suele vestir de verde o azul y lleva una capa gris.

Orco

Un orco es una especie degenerada de los elfos, malvada y oscura. Son humanoides de largos brazos y piernas arqueadas, figura encorvada, con piel entre grisácea y verde, hocico y dientes caninos muy desarrollados. Miden entre 1.6 y 1.8 metros y suelen vivir unos cuarenta años. Son seres de las montañas que viven de la caza y de los saqueos.

Arpía

Una arpía es un desagradable y horrible ser, en parte mujer y en parte buitre. La parte inferior de su cuerpo y las alas son de buitre, y el torso y la cara de mujer, en concreto de una bruja. Su pelo es grueso, duro y enmarañado, como un estropajo, y tiene los dientes podridos. No suelen llevar ropas y siempre están envueltas en un fétido olor. Son seres tan sucios que infectan a otros seres al atacarles con sus garras. Su lenguaje se basa en una especie de gritos y cacareos muy desagradables. Sin embargo, las arpías pueden entonar con

bastante gracia un canto mágico capaz de hechizar a quien lo escuche, sobre todo a humanos y semihumanos. Esta canción la usan cuando se ven atrapadas o cuando quieren atraer a viajeros ocasionales hasta su guarida.

Drider

Un drider es un engendro proveniente de un drow que ha sido repudiado por su diosa. En la sociedad drow existe una gran veneración a la diosa araña, Lolth. Cuando un drow llega a un cierto grado de desarrollo, ya sea como guerrero, mago, etc., es sometido a una prueba especial encomendada por Lolth. Aquellos que no superan la prueba reciben una maldición de la diosa y son desterrados de su comunidad. La maldición los transforma en seres que mantienen la parte superior de drow, pero la parte inferior de su cuerpo es la de una araña gigante, normalmente de ocho patas.

Doxys

Diminuto ser inventado para este libro. De aspecto frágil y consistencia semitransparente. Tienen los ojos rasgados y mirada huidiza. Tan pequeño como una uña y con una mordedura venenosa que duele durante días.

SOBRE LA AUTORA

Es autora de ficción romántica desde hace casi veinte años. Nacida en 1976 en Cartagena, Murcia. Ha repartido su vida entre su ciudad natal, Madrid, y un breve periodo en Angola. En la actualidad se dedica a su familia y la escritura a tiempo completo.

Apasionada de la literatura romántica en todos sus subgéneros, abarca con sus novelas varios de ellos; desde la novela contemporánea, a la paranormal, o distópica. Lectora inagotable desde niña, pronto decidió dejar salir a los personajes que habitaban en su fértil imaginación.

En mayo del 2014 consiguió cumplir su sueño de publicar con la editorial Harlequin Harper Collins, su serie *Amor en cadena*, que consta de ocho títulos. Además de ésta, tiene la que denomina su “serie oscura” dedicada a la romántica paranormal y de la que ya se pueden disfrutar, *La Portadora*, *DAKATA*, y *Las hermanas De’Marsi y sus extraordinarias formas de amar*.

En septiembre del 2015 publicó *Se ofrece musa a tiempo parcial*, galardonada en 2016 como mejor comedia romántica, en los Premios Infinito. En 2015 recibió el Premio Púrpura a la mejor autora romántica autopublicada. En 2016 publicó *Besos de mariposa*, continuación de *Se ofrece musa a tiempo parcial*, y los títulos de la Serie Bocaditos: *Hecho con amor* y *Eres la nata de mi chocolate*. En 2017 se adentró en el suspense romántico con su serie que consta de cuatro novelas: *Lo que busco en tu piel*, *Lo que encuentro en tu boca*, *Lo que quiero de ti*, *Lo que tomo de ti*.

En 2018 hizo su primera incursión en el New Adult con *Los días grises* y *su mirada azul*. Y fue galardonada con el primer puesto en el Premio

Literario NORA. Otorgado por compañeros de letras y lectores.

Lorraine sueña con seguir creando historias y viajar por todo el mundo, recogiendo personajes que llevarse en el bolsillo.

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

SERIE AMOR EN CADENA:

Perdición Texana - HQÑ

Ríndete mi amor - HQÑ

Unidos por un ángel - HQÑ

Una boda sin fresas - HQÑ

Mi pequeña tentación - HQÑ

Gotas de chocolate y menta - HQÑ

Con la suerte en los tacones - HQÑ

Dulce como el azúcar - HQÑ

OTROS LIBROS:

Se ofrece musa a tiempo parcial - Romántica's Cocó

Besos de mariposa - Romántica's Cocó

Los días grises y tu mirada azul

Todos los latidos rotos de mi corazón

SERIE PARANORMAL:

DAKATA - Romántica's Cocó

La Portadora - Romántica's Cocó

El destino de Noah- Romántica's Cocó

Las hermanas DeMarsi, y sus extraordinarias formas de amar

COLECCIÓN BOCADITOS:

Hecho con amor - Romántica's Cocó

Eres la nata de mi chocolate - Romántica's Cocó

Sexy Summer Love – Romántica's Cocó

SERIE SUSPENSE ROMÁNTICO:

Lo que busco en tu piel - Romántica's Cocó

Lo que encuentro en tu boca - Romántica's Cocó

Lo que quiero de ti - Romántica's Cocó

Lo que tomo de ti - Romántica's Cocó

NEW ADULT

Los días grises y tu mirada azul - Romántica's Cocó

Todos ellos disponibles en digital y papel.